

Chantal

EMMA MADDEN



SEGUNDO LIBRO DE LA SERIE PARÍS

CHANTAL

Segundo libro de la Serie París

EMMA MADDEN

Entró en el invernadero intentando ignorar el teléfono que no paraba de sonar, y se concentró en sus frutas sin pensar en nada, una media hora muy productiva hasta que no pudo más, cogió el aparato y contestó a Harry, su ex, que llevaba dos días acosándola.

—¿Qué quieres, Harry?!, si tienes algo que decirme hazlo a través de mi abogada, ya lo sabes.

—Es personal. Ha muerto mi padre.

—Vaya...

Se enderezó para prestarle atención y recordó a su exsuegro, ese hombre británico tan agradable, de los pocos de la familia Archer que desde el principio había sido amable con ella, y se sintió un poco culpable.

—Lo siento mucho ¿Qué ha pasado?

—Un infarto de miocardio, el funeral será la semana que viene, te aviso por si quieres venir a Manchester.

—Te lo agradezco, pero no puedo, sin embargo, manda mis condolencias a toda tu familia, por favor. De verdad que lo siento mucho, ¿tú cómo estás?

—Me gustaría que vinieras, Chan, necesito que vengas a acompañarme.

—Lo siento de veras por ti y por tu familia, Harry, pero no voy a ir, no puedo y tampoco es necesario, llevamos tres años divorciados.

—¿Ni siquiera en un momento así vas a bajar la guardia, Chantal?, ¿cuándo te has convertido en una hija de p...?

No siguió escuchándolo, le colgó de inmediato, apagó el teléfono y volvió a su huerto respirando hondo.

De verdad le daba mucha pena la muerte del señor Archer, que debía tener poco más de setenta años, pero no pensaba caer en las garras de Harry otra vez, nunca más, porque ese tío era capaz de utilizar cualquier cosa con tal de manipularla.

Cerró los ojos procurando no debilitar su posición y no claudicar después de tres años de esfuerzos por quitarse a ese individuo de encima, y se puso a limpiar malas hierbas pensando en Étienne y Sol, que le habían contado esa mañana que iban a ser padres. Una noticia maravillosa para todo el mundo, especialmente para su amigo, que siempre había soñado con tener una docena de niños correteando por su casa.

Étienne, con el que se había criado y al que consideraba un hermano, era hijo único, al menos dentro del matrimonio de sus padres, y admiraba profundamente a las familias con muchos hermanos, en eso era muy convencional, y, aunque se había pasado toda la vida ejerciendo de seductor de una noche y de rompecorazones oficial, al fin había encontrado una mujer con la que sentar la cabeza y tener hijos, y eso no la podía alegrar más porque ambos se lo merecían, tanto él como Sol, porque ambos eran increíbles, y estaba segura de que iban a ser unos padres extraordinarios.

Sin querer calculó que Sol iba a ser madre a los treinta y tres años, una edad muy avanzada para el criterio de su abuela, pero una edad estupenda para los tiempos que corrían, y suspiró un poco contrariada, porque eran los años que ella había previsto para ser madre, por eso se había casado justo antes de cumplir los treinta. Lamentablemente, con la joyita de marido que había elegido, el proyecto de tener familia numerosa había quedado aparcado desde el principio, se

había hecho inviable y en el fondo se alegraba, porque haber dado a sus hijos un padre con Harry Archer habría sido una verdadera faena.

—¡Chanty!

La voz de Jean-Jacques la sacó de golpe de sus elucubraciones y salió del invernadero para saludarlo.

Él entraba por el jardín muy abrigado y acompañado por un hombre de su misma estatura, muy atractivo, con el pelo y los ojos oscuros, que le sonrió incluso antes de que los presentaran, provocando que ella casi se cayera al suelo de la impresión.

—Te he traído a Luca, hoy tenía la tarde libre y hemos venido a echar un vistazo. ¿Puedes dedicarle unos minutos?

—Claro. Hola, Luca, encantada de conocerte al fin.

Se dieron la mano y él se la estrujó de una forma muy contundente, cosa que agradeció, porque odiaba a las personas que te rozaban los dedos y te dejaban a medias.

—Lo mismo digo, encantado de conocerte, Chantal. Madre mía, tienes un señor invernadero —Dijo acercándose para mirarlo de cerca y ella asintió.

—Lo construyó mi abuelo, yo solo lo mantengo lo mejor que puedo.

—Y ¿qué cultivas?

—Cerezas, fresas, frambuesas, moras... también algunas flores. Es grande y puedo tener un poco de todo.

—Es muy sólido, precioso, me encanta.

—Gracias.

—Y ¿qué es lo que quieres reformar concretamente?

—La cocina y si me queda presupuesto el comedor e incluso la escalera. La casa es vieja, como podrás ver tú mismo, y necesita un buen lavado de cara.

—Perfecto, voy a echar un vistazo.

Pronunció con un leve acento que ella no identificó, y caminó de vuelta a la casa. Chantal miró a Jean-Jacques, que le había recomendado muchísimo a ese hombre, un contratista muy profesional que había hecho la última reforma a su restaurante-vivienda-almacén de Montmartre, y le sonrió.

—Vaya, es guapísimo.

—Eso dicen las chicas del restaurante.

—¿No era que estaba muy liado y...?

—Lo está, está muy liado, pero hemos tenido suerte y ha hecho un hueco para venir a ver la casa —Se acercó, la abrazó por los hombros y le besó la cabeza— ¿Qué tal, pequeñaja?, ¿va todo bien?

—Me ha llamado Harry, ha fallecido su padre.

—Lo siento, pero no sé para qué te llama a ti.

—Yo tampoco... y... Étienne va a ser padre —detuvo el paso y buscó sus ojos—, esperan un bebé para el verano y están muy felices.

—Con Sol, supongo.

—¿Quién sino? —observó cómo se echaba a reír y ella frunció el ceño— ¿De qué te ríes?

—De que el cabrón hasta para eso ha tenido suerte.

—Jean-Jacques...

—Siempre cae de pie, Chanty, hasta para superar el universo de tías superficiales y absurdas con las que ha salido toda la vida, y lograr que una mujer como Sol se enamore de él y le quiera

dar hijos. Si eso no es suerte, no sé lo que es.

—Son tal para cual, están muy enamorados y es una noticia maravillosa. Ellos están felices, así que no me seas tan cínico y alégrate un poco.

—Y me alegro, trasládales mi enhorabuena.

—¿Ni en un momento así de trascendental vas a llamar a tu mejor amigo?

—Hace cuatro años que no hablo con mi mejor amigo.

—Igual ahora tienes un buen motivo para acercarte... ¡Jean-Jacques!

Lo siguió al ver que le daba la espalda para entrar en la casa y lo sujetó por el brazo, pero él la esquivó muy serio y le clavó los ojos oscuros.

—Chantal, te quiero, eres mi mejor amiga, mi hermana, pero, por favor, no te metas en esto, te lo he dicho muchas veces, no intentes mediar. Tú sabes lo que hay. No voy a llamar a Étienne Clermont-Torrenne, ni ahora ni nunca, y no quiero discutir contigo por su culpa. ¿Lo tenemos claro?

—Sí.

—Muy bien, muchas gracias. ¿Entramos para hablar con Luca?, no creo que disponga de mucho tiempo para que le expliques lo que quieres hacer.

1

—Quiere otras dos tartas.

—No puede poner tres tartas, es una boda, solo hace falta una.

—A mí no me mires, Chantal, yo solo te transmito lo que me ha dicho llorando por teléfono.

—*Merde!*

Exclamó enfadadísima, porque había clientes que realmente era para matarlos, se limpió las manos y salió de la cocina para entrar en su despacho, cogió el teléfono y llamó a Marlene, esa actriz tan famosa que se casaba a los cuarenta años por tercera vez y que les estaba complicando la vida desde el principio, incluso antes de firmar el contrato para hacerse cargo de los postres y la repostería de su boda.

—Hola, Marlene, soy Chantal Durand.

—Hola, cielo, acabo de hablar con tu ayudante y...

—Lo sé, por eso te llamo. ¿Cómo es que ahora quieres dos tartas nupciales más? La boda es mañana.

—Solo son dos tartas.

—¿Solo son dos tartas?, ¿no te imaginas el trabajo que da una tarta y más aún siendo de boda?

—Bueno, yo...

—Sin contar con que la tradición manda UNA tarta, no dos o tres.

—Bueno, eso es asunto mío.

—Claro, si hubieses avisado antes y no a veinticuatro horas de tu banquete sería asunto tuyo, pero ahora es asunto mío y solo puedo decir que no, no puedo multiplicar mi plantilla para hacer dos tartas más.

—Tenemos un contrato.

—Minuciosamente detallado y ahí aparece una sola tarta de boda.

—Chantal...

—Es lo que hay, Marlene, esto es un catering, una cocina con sus limitaciones, y a veinticuatro horas de tu boda no puedo hacer milagros, lo siento mucho.

—Joder, es que se verían muy bonitas a cada extremo de la mesa principal y luego una en medio...

—Haberlo pensado antes.

—Ya me has amargado el día, Chantal.

—Lo siento mucho, tengo que dejarte. Adiós.

Le colgó y no pensó ni diez segundos más en ella, miró la oficina, que estaba un poco desordenada, la ignoró y regresó a su taller-cocina para seguir trabajando porque, afortunadamente, Marlene no era su única cliente, tenían muchos encargos y muy poco tiempo para perderlo con las chorradas de la gente, mucho menos si esa gente era tan poco respetuosa con el trabajo de los demás.

Echó un vistazo general a su equipo, seis chicas y dos chicos de cocina, más Joan, la administrativa, y Marie, su mano derecha, vio que estaban todos concentrados en sus respectivas tareas, y decidió hacer lo mismo, es decir, centrarse en la suya, precisamente para rematar la tarta de boda de Marlene, que les había quedado preciosa.

En realidad, las tartas de boda le estaban salvando la vida desde hacía tres años, justo después de que Harry arruinara su restaurante, y de paso toda su existencia, cuando había hipotecado su casa, pedido créditos a bancos e incluso dinero a un prestamista para tapar sus negocios ruinosos, sus vicios y su doble vida, porque encima le había empezado a ser infiel nada más casarse.

Jamás se podría perdonar el haber tardado tanto tiempo en darse cuenta de lo que estaba pasando a su alrededor. Ella era consciente de que sus padres, su hermana, Jean-Jacques y Étienne algo sabían, porque muchas veces habían intentado abrirle los ojos con respecto a las “maniobras” de Harry a sus espaldas, pero no había hecho caso a nadie, se había empeñado en proteger y defender a su marido, se había peleado con todo el mundo por él, y al final, la cruda realidad le había estallado en la cara.

Solo cuando el banco la había llamado para advertirle que iban a subastar su piso, cuya hipoteca creía haber estado pagando religiosamente durante más de tres años, había despertado, había parado el mundo y se había dedicado a comprobar personalmente sus cuentas, sus tarjetas y todo eso que Harry había manejado a su antojo, y había descubierto que estaban arruinados, que tenían infinidad de deudas y que estaban en la calle, porque ya no había forma humana de rescatar su casa, y entonces, solo entonces, había enfrentado a su marido, que lo había negado todo, claro, escurriendo el bulto para terminar culpándola a ella y a su restaurante de semejante ruina.

Era curioso, porque incluso tres años después del divorcio, Harry Archer seguía negando la mayor, seguía negando que sus malas inversiones en bolsa, sus negocios absurdos patrocinando galas de boxeo, torneos de póker clandestino o apuestas deportivas, los habían empujado al abismo; seguía diciendo que no había sido culpa suya e incluso delante de Étienne, que por ella, para no verla en la cárcel, había asumido la integridad de sus deudas, se atrevía a asegurar que su bistró en el distrito IX, junto a la Ópera de París, los había arruinado y llevado a la indigencia.

Así de cabrón era, ni siquiera había querido apechugar con sus errores y no le había importado nada cargarla a ella con toda la responsabilidad. Ese era el amor que le tenía, y que seguía reclamando porque era un imbécil muy persistente, y apenas lo podía soportar.

Apenas podía soportar pensar en él, menos hablar de aquella época oscura y aterradora en la que había tenido que enfrentarse a empresas de cobros, llamadas de los bancos, acreedores... hasta acabar rindiéndose, volviendo primero a casa de sus padres, luego pasando por aceptar el dinero de Étienne y por último cerrando su precioso bistró, mientras iniciaba un proceso de divorcio igual de espantoso porque Harry no había tenido ni la decencia de apartarse de su vida como un caballero.

Y la pura verdad es que encima, a pesar de todo, se tenía que considerar una afortunada, porque al menos había tenido a su familia, a Jean-Jacques y a un amigo rico como Étienne dispuesto a salvarla, y no la habían dejado sola. Gracias a todos ellos había empezado de cero haciendo pasteles y tartas en la cocina de su madre para vender puerta a puerta en restaurantes y cafeterías, incluso en colegios u oficinas, y poco a poco, trabajando los fines de semana en el restaurante de Jean-Jacques, había juntado dinero suficiente para contratar una ayudante y comprar artilugios de cocina más sofisticados, y cuando el mismo Étienne, del que no quería recibir más ayuda económica, la había presionado para que se mudara a la casa que le había comprado a su abuela en Belleville, casa donde ambos habían pasado muchos años de su infancia, se había independizado del todo, había empezado oficialmente su catering allí y cuatro meses después, con mucha ilusión, había podido alquilar un taller grande y con muchas comodidades en el centro de Belleville, desde donde se estaban dando a conocer a todo París

gracias a su repostería y a sus ya célebres tartas de boda.

Por supuesto, los contactos de sus amigos y su familia habían ayudado a allanarle el camino, los encargos de Jean- Jacques o de otros chefs conocidos le habían dado el primer espaldarazo, pero lo cierto es que se lo habían currado mucho, todo su equipo, empezando por Marie, que era un as en las redes sociales y los había convertido en primera opción para muchos clientes VIPS, y de ella misma, no pensaba quitarse el mérito, porque llevaba dejándose la piel en su negocio tres años enteros y sin parar ni siquiera los fines de semana.

“Tantos estudios, tanto Le Cordon Bleu y tanto máster en la Academia de Artes Culinarias Suiza para acabar regentando una pastelería de toda la vida”, decía su abuela Milú cuando se enfadaba con ella por no buscar trabajo en un restaurante de categoría, y tal vez tuviera razón, pero a ella le daba igual, porque lo importante era cocinar, crear piezas preciosas y deliciosas como la tarta de boda que tenía delante, y en el fondo daba igual dónde lo hiciera.

—Hola, guapa.

—¡Hola! —Levantó la cabeza para saludar a Sol, a la que no había oído entrar en la cocina, y ella le sonrió dejando encima de la mesa varias cajas rectangulares de cartón—. Vaya sorpresa.

—Te traigo los Eclairs, ocho docenas.

—¡¿En serio?!

—Claro.

—Te quiero, Sonsoles, no sabes lo mucho que te quiero ahora mismo.

Se acercó para darle un abrazo y luego la apartó para observarla de arriba abajo y admirar lo guapa que iba con sus vaqueros ceñidos y un jersey rosa muy finito.

—Estás radiante, pero ¿cuándo empezaremos a verte embarazada?

—Mi madre dice que a partir de los cinco meses más o menos, ya veremos —Se acarició el vientre liso y Chantal sonrió.

—¿No traes abrigo?, ¿cómo has venido?

—Lo he dejado en el coche, me ha traído Víctor, ¿conoces a Víctor?

—¿El chófer de Geneviève?

—Sí, el mismo, me da un poco de palo que me lleve en el coche, pero ella pasó por el restaurante, se enteró de que venía para Belleville e insistió un montón en que me trajera y Étienne... en fin, ya sabes cómo son...

—Bueno, tu suegra es una mujer muy generosa.

—Me parece estupendo que sea generosa, pero lo que no me parece tan estupendo es que lo sea con el tiempo de los demás... y no es mi suegra.

—Víctor está trabajando, seguro que le da igual llevarte dónde haga falta.

—Ya, pero, no sé, es raro, yo ya había pedido un Uber. En fin... ¿qué tal lleváis el trabajo?

—Pillados como siempre, pero bien y con tus Eclairs me ahorras un montón de faena. ¿Quieres tomar algo?

—No, cielo, gracias, me encantaría quedarme, pero tengo que volver al restaurante en seguida.

—Vale, a ver si nos vemos el lunes y mil gracias otra vez —Le dio dos besos y ella miró su teléfono móvil y respiró hondo antes de contestarlo.

—Hola, mi amor, sí, ya he llegado, estoy bien y me vuelvo ahora mismo... sí... te quiero...

—colgó a Étienne y la miró a los ojos—. Bueno, Chantal, me voy, si necesitas algo más avísame, ¿vale?

—Vale, mil gracias, amiga y otra cosa...

—¿Qué? —Se detuvo en la puerta y la miró muy atenta.

—Geneviève es tu suegra, aunque aún no te hayas casado con su hijito del alma es la abuela de tu bebé y eso no lo puedes cambiar, déjate mimar.

—Hablas igual que Étienne, adiós.

Se fue sonriendo y moviendo la cabeza, y Chantal se acercó a la mesa para abrir las cajas y admirar sus preciosos Eclairs, que siempre le quedaban perfectos, cogió uno para probarlo, pero antes de metérselo en la boca Marie entró y la interrumpió con un cilindro de plástico en la mano.

—¡Chantal!... vaya... ¿son los Eclairs de Sol?... guárdame uno, porfa.

—Toma, ¿qué es eso? —Le pasó uno y ella le entregó el cilindro.

—Te lo ha traído un tío italiano muy atractivo.

—¿Italiano muy atractivo?, ¿quién?

—Un tal Luca, ha dicho que son los planos y el presupuesto para la reforma de tu casa.

—Ah... ¿es italiano?

—Se ve a la legua y tiene un acento monísimo.

—Claro... es verdad ¿Ya se ha ido?, ¿no ha pedido hablar conmigo?

—No, ha tocado el timbre, me los ha dado y se ha ido corriendo. Ha dicho que lo llames en cuanto tengas una respuesta sobre esto, porque solo tienes cuarenta y ocho horas para decidirte.

—¿Cuarenta y ocho horas?, ¿en serio? —Soltó una risa y su amiga se encogió de hombro.

—Ha dicho eso y parecía que hablaba en serio.

—Ok, gracias —miró el cilindro y lo abandonó en una silla—. Volvamos al trabajo, que aún queda mucho por hacer.

2

—¿Luca Santoro?

—Sí, soy yo...

—Hola, señor Santoro, soy Brigitte Dubois, la nueva jefa de estudios, pase por favor.

Le soltó esa mujer tan seca con una venia y él asintió poniéndose de pie para seguirla a su despacho, una oficina muy austera al final de un pasillo, desde donde lo habían llamado hacía exactamente quince minutos.

—Pase, por favor.

—¿Chiara está bien? —Preguntó por su hija y ella movió la cabeza.

—Está bien, ¿dónde está su esposa?

—De viaje.

—Vaya, lo siento, me gustaría haber hablado con los dos.

—La mantendré informada, no se preocupe. ¿Cuál es el problema?, ¿qué pasa con Chiara?

—Pasa que la hemos pillado fumando y repartiendo cigarrillos en el recreo.

—¿Disculpe?

—Dice que los cigarrillos se los roba a usted o a su mujer, así que...

—¿Chiara fumando?, no puede ser, ella...

—Puede ser, señor Santoro, o sino no me habría molestado en llamarlo un lunes a estas horas.

Abrió un cajón de su mesa y sacó una bolsa de plástico, de esas para guardar bocadillos, repleta de cigarrillos sueltos y un par de mecheros, se los enseñó y él reconoció en seguida varios de los suyos, respiró hondo y se apoyó en el respaldo de la silla.

—Madre mía.

—¿Hay problemas en casa?

—¿Cómo dice?

—Chiara está distraída, ha cambiado su grupo habitual de amistades y ahora esto, todo hace indicar que podría estar pasando por una mala racha o...

—Tiene doce años, simplemente está creciendo.

—A lo mejor, pero ella nunca había cometido faltas de disciplina tan serias, podría tratarse de una llamada de atención.

—¿Dónde está ahora?, me gustaría verla —Cambió de tema porque no pensaba hablar con una desconocida de sus asuntos familiares y ella bufó.

—Está en el despacho del director, hemos decidido suspenderla una semana entera, semana que esperamos emplee para centrarse un poco. A la próxima falta grave la expulsaremos definitivamente del colegio.

—Me parece bien.

Ella guardó silencio y lo escrutó con los ojos entornados, como intentando descifrar por qué un padre que pagaba una fortuna al mes por ese colegio tan elitista, al que costaba horrores entrar, se rendía tan pronto ante un castigo de suspensión y una amenaza de expulsión. Él le leyó la mente, pero no quiso despejar sus dudas, al contrario, permaneció impertérrito a la espera de que volviera a hablar.

—Bueno, señor Santoro, iré a buscar a su hija, espere aquí, por favor.

Asintió en silencio y se puso de pie pensando en llamar a Anouk para contarle las novedades,

pero antes de poder marcar su número, la puerta se abrió y apareció Chiara con cara de circunstancia.

—Hola, papá.

—¿Estás bien?

—Sí, ¿nos vamos a casa?, dicen que me suspenden, a pesar de que tengo dos exámenes el viernes.

—Haberlo pensado antes de traer cigarrillos al colegio —bufó la jefa de estudios cruzándose de brazos—, espero que reflexiones sobre lo que has hecho, Chiara, y sobre los peligros del tabaco, porque esa es otra: ¿no sabes lo nocivo que es fumar?, ¿a tu edad aún no lo has aprendido?

—Lo sé perfectamente, señora Dubois, solo estábamos jugando, nadie fumó.

—¿Nadie fumó?, si salía humo de los baños, por el amor de Dios.

—Eso es mentira.

—¿Quieres que hagamos un careo con tus compañeros y con el señor Rochefort que os pilló in fraganti?

—Por supuesto, tráigalos a todos.

—No, ya es suficiente, nosotros nos vamos. Muchas gracias, señora Dubois, buenos días.

Luca sujetó a la niña por los hombros, porque la conocía muy bien y sabía que podía eternizarse en una discusión interminable con esa mujer, y ella frunció el ceño, enfadada, pero lo siguió por el pasillo sin molestarse en replicar hasta que salieron del recinto, llegaron al aparcamiento y entonces tiró la mochila con rabia dentro del coche.

—No estábamos fumando, nadie se atrevió a fumar —Masculló en italiano y él la miró de reojo.

—Me da igual, has traído cigarrillos al colegio, los he visto, son de los míos, con lo cual, suma a tu falta que me has robado.

—¡Papá!

—Sube al coche.

—Queríamos experimentar, ¿tú nunca lo hiciste a mi edad?

—Cuando yo tenía tu edad no teníamos ni idea de lo nocivo que era fumar.

—Ya, pero ahora lo sabes y sigues fumando.

—No voy a discutirlo contigo, hija, sube al coche y te llevo a casa.

—Pero...

—Basta, ¿ok?, no me cabrees más, que me han sacado de una obra para venir a buscarte y no estoy de humor.

—¿Por qué no ha venido mamá?

—No respondió al teléfono.

—¿Pero se lo has dicho?

—Por supuesto que se lo he dicho, le avisé que nos estaban llamando para venir a recogerte y que ya venía yo, ahora tú la llamas y se lo cuentas todo detalladamente.

—Le va a dar un parraque.

—Es lo que hay. Vamos, sube, que tengo prisa.

Quince minutos después la había dejado en casa, aplazando para más tarde una charla muy seria con ella sobre lo que había pasado, y sobre lo que pretendía hacer para enmendarlo, y había volado camino de Belleville, donde lo estaban esperando para supervisar la primera fase de la obra de Chantal Durand, la amiga de Jean-Jaques Garnier, ese chef “tres estrellas Michelin” con

el que últimamente no paraba de trabajar.

Se habían conocido gracias a un amigo en común y el tío no dejaba de encargarle obras porque su propiedad, en pleno barrio de Montmartre, donde tenía su restaurante y su vivienda particular, no cesaba de darle problemas y de necesitar reformas.

Hacía un año y medio le había hecho un primer trabajo, una bodega y una despensa enorme en el sótano abandonado de su edificio, y satisfecho con el resultado había puesto en sus manos una renovación lenta, pero segura, del inmueble que tenía más de cien años y que era una joya arquitectónica carísima en la que tenía invertidos todos sus ahorros, le había contado, además de una hipoteca a veinte años asfixiante.

Lo cierto es que comprar semejante propiedad en Montmartre había sido una apuesta arriesgadísima para alguien como Jean-Jacques Garnier, un chef de treinta y tantos años que no tenía demasiados ahorros, ni respaldo económico alguno, le había explicado una noche con unas copas de vino delante, pero en pocos años estaba saliendo del agobio gracias, afortunadamente, a que su restaurante y su joven bodega de Giverny le estaban reportando pingües beneficios.

No le estaba yendo nada mal y eso le estaba permitiendo invertir en reformas parciales de las tres plantas de su casa, un trabajo en el que a él le estaba encantando participar porque Garnier le caía genial, y porque muy pocas veces se podía resistir a un proyecto semejante, donde además de la obra pura y dura podía contribuir con diseño y creatividad, algo que no se le daba nada mal.

Gracias al edificio de su cliente chef se estaba embolsando un buen dinero, estaba haciendo algo interesante y que le suponía muchos retos, y además había ganado un amigo, porque desde el minuto habían congeniado a las mil maravillas y ya lo podía considerar un colega. Un muy buen colega porque el que incluso había aplazado dos obras para hacerse cargo de la reforma de Chantal Durant, una amiga suya de la infancia que necesitaba urgentemente arreglar varias deficiencias de su gran casa enclavada en Belleville.

—Técnicamente no es su casa —le había contado Jean- Jacques cuando le había pedido el favor de hacerse cargo de la reforma—, era de su abuela y para que ella se pudiera instalar en la costa a disfrutar de su jubilación, la compró un amigo en común que, cuando Chanty se quedó en la calle tras su divorcio, se la cedió para que viviera allí e iniciara su catering. En resumen: pertenece a otro tío, pero estoy seguro de que no se la va a pedir en la vida, así que ya es hora de que empiece a reformarla antes de que se le caiga encima.

—Vale, a mí los detalles me dan igual, yo...

—Tiene algunos ahorros y quiere invertirlos, pero si se sale del presupuesto me lo dices y yo lo cubro, ¿de acuerdo?, aunque a ella no se lo digas.

—¿Por qué?

—Porque no quiere la ayuda de nadie, es muy orgullosa y se niega a aceptar cualquier atisbo de generosidad ajena, algo muy injusto porque ella, y toda su familia, son capaces de quitarse el pan de la boca para dárselo a los demás. Es la persona más generosa que conozco, y la conozco casi desde que nació.

—¿O sea que no es tu novia ni...?

—No, no, es como mi hermana, tío, así que tratamela bien.

Y eso había hecho, la había tratado muy bien, se había dado prisa, le había dado prioridad y habían iniciado la obra hacía una semana, empezando, aunque a ella casi le había dado un infarto, por tirar toda la cocina para poder rehacerla de cero.

—Hola, jefe...

Al entrar en la casa lo recibió su albañil, un oficial de primera de nacionalidad rumana con el

que llevaba trabajando más diez años, y le hizo una venia para que le contara las novedades.

—Hola, Vasili, ¿cómo vamos?

—Han traído el suelo cerámico, la señorita dio el visto bueno definitivo antes de irse, así que hemos empezado a ponerlo. ¿Qué piensas hacer con la escalera de la cocina?, es muy bonita como para...

—Sí, la mantendremos, pero no cambiaremos la madera, solo la reforzaremos, la lijaremos y pintaremos, creo que ella preferirá invertir su dinero en la escalera principal, ya tengo algunas propuestas.

—Vale...

Asintió, pasando a la cocina para ver los avances y admirar la preciosa escalera interior, que años luz atrás había sido concebida para la movilidad del servicio doméstico, y se quedó unos segundos pensando en que se veían poquísimas de esas en la actualidad y que, efectivamente, sería un pecado quitarla.

Sacó el móvil para hacerle unas fotos y el por rabillo del ojo vio aparecer a Chantal Durant en el patio trasero. Iba con prisas, como siempre, porque siempre parecía estar ocupada y ensimismada en sus cosas, y sin querer pensó en lo que le había contado Jean-Jacques sobre su divorcio y su exmarido, que al parecer se había portado como un verdadero hijo de puta con ella.

Por un segundo se preguntó cómo alguien se podía portar tan mal con una chica tan querida por los suyos, tan generosa y buena persona, y la siguió con los ojos reconociendo que además era espectacular, muy guapa, rubia y de ojos claros, muy joven, menudita, con una sonrisa preciosa y el aspecto de necesitar que la abrazaran y quisieran muchísimo.

La espió descaradamente, viendo cómo se encerraba en su invernadero, y sintió el impulso de ir hasta allí para saludarla y hablar con ella, pero se contuvo, porque tampoco quería invadir su espacio, ya bastante se lo estaban invadiendo con los artilugios de la obra, los materiales y los trabajadores, y volvió a lo suyo olvidándola de inmediato, porque encima Anouk empezó a llamarlo insistentemente al teléfono y sabía que no tenía más remedio que contestar.

3

—¿No se piensa casar?

—¿Eh?

Levantó la vista para prestar atención a su madre y a Giselle, su hermana, y las dos esperaron a que respondiera, aunque ella no tenía ni idea de lo que estaban hablando. Parpadeó intentando situarse y fue su madre la que la ayudó a retomar la charla post cena que estaban manteniendo y a la que había dejado de prestar atención hacía bastantes minutos.

—Étienne, ¿no se piensa casar?, ¿qué dice su madre al respecto?

—Geneviève está encantada con la idea de ser abuela, y con Sol, que ya sabéis que es una chica estupenda.

—Pero ¿hay boda o no hay boda?

—Me consta que Étienne le ha pedido matrimonio un par de veces, pero que Sol quiere esperar y no sé... cosa de ellos, no pienso meterme ni tomar partido por ninguno de los dos.

—Vaya por Dios, con lo bonito que sería ver una boda de los Clermont-Tonnerre, hace mucho que no se casa nadie famoso o importante, y seguro que sería un acontecimiento en París

—Masculló su madre y Giselle bufó.

—Igual por eso mismo Sol no se quiere casar, para evitar la expectación, ¿no, Chanty?

—Creo que parte de eso hay, aunque dudo mucho que se casaran en París o haciéndolo público, me pega más una ceremonia discreta en Las Bahamas o en cualquier rinconcito del mundo.

—Ni hablar, Geneviève no lo permitirá, ¿su único hijo casándose discretamente?, no me pega nada. Ella querrá llevarlo al altar en Notre Dame o el Sacré Cœur por lo menos, es una Clermont-Tonnerre y nació De la Roche, esa gente lo hace todo a lo grande.

—Dudo mucho que pueda obligar a Étienne, que ya tiene treinta y ocho años, a hacer nada, menos a casarse como la realeza.

—En eso tienes razón —Su hermana asintió suspirando y moviendo la cabeza—. Qué guapo es, madre mía... Sol es una chica muy afortunada.

—Yo sigo viendo más guapo a Jean-Jacques.

Opinó su madre y Chantal miró la hora pensando en marcharse a casa, porque, aunque la tenía patas arriba por culpa de la obra que ya llevaba dos semanas en marcha, le apetecía dormir en su cama, con su tele y sus libros, tranquila y en silencio.

Se levantó para recoger la mesa y miró hacia el salón donde su padre dormía a pata suelta frente al televisor. Sonrió, porque luego negaba rotundamente que él se durmiera viendo una película, y se llevó los platos para meterlos en el lavavajillas, se inclinó para ejecutar la maniobra y fue entonces cuando se dio cuenta de que Giselle la había seguido a la cocina.

—Chanty...

—Dime.

—Tengo que pedirte un gran favor.

—¿Qué pasa?

—¿Podría mudarme a tu casa? No puedo seguir trabajando en la librería y haciendo las prácticas en el hospital, no me da la vida para todo, por lo tanto, no puedo seguir pagando un apartamento cerca de la facultad y no quiero volver a vivir aquí.

—Aquí tienes la comida hecha, la ropa planchada y todo recogido, yo me vendría a vivir aquí.

—Necesito independencia.

—¿Lo has hablado con papá y mamá?

—Con papá y dice que lo entiende.

—Háblalo con mamá y si no le da un ataque, puedes venirte a casa, aunque ahora estoy con obras y...

—¡Gracias! —Saltó para abrazarla y Chantal suspiró.

—En mi casa no puedo atenderte, no tengo tiempo, así que tendrás de ocuparte de todas tus cosas e incluso de las mías si fuera necesario.

—¿Qué cosas?

—Limpiar, poner la lavadora, etc...

—Por supuesto, te prometo que no seré una carga.

—Más te vale, porque si no, a la primera que hagas el vago, te vienes aquí, ¿de acuerdo?

—Te doy mi palabra de honor.

—Muy bien, háblalo con mamá y ya me dices algo.

—Genial, muchas gracias, hermanita.

Volvió a abrazarla y Chantal devolvió el abrazo sonriendo, porque en realidad le hacía mucha ilusión vivir con alguien, especialmente si se trataba de Giselle, su hermana pequeña, con la que se llevaba diez años y a la que había cuidado toda la vida.

La apartó para ponerle el pelo detrás de la oreja y Giselle la observó muy contenta, pero con los ojos un poco apagados, Chantal frunció el ceño involuntariamente y preguntó:

—¿Qué más?, ¿ha pasado algo?

—Bueno...

—¿Qué?

—Harry me ha llamado por teléfono.

—¿Qué?!

—Dice que solo quiere saber de ti, saber qué haces y si estás bien y...

—Será cabrón... ¿y por qué le coges el móvil?

—No sé, me pilló desprevenida, estaba en el hospital y respondí por inercia. Lo siento mucho, Chanty, en realidad no le dije nada, le expliqué que yo no iba a estar contándole cómo estabas tú y que mejor no me llamara y entonces...

—¿Qué?

—Se echó a llorar.

—Madre mía, sabes que es puro teatro ¿no?

—Lo sé, pero, no sé, me dio pena, sin embargo, no le solté prenda, te lo juro, le dije que estabas bien y que me dejara en paz o íbamos a tener un problema.

—Por favor, no vuelvas a coger ninguna de sus llamadas, ¿vale?, si vuelve a llamarte me lo dices y ya me ocupo yo, ¿de acuerdo?

—De acuerdo, no te preocupes.

—¿Cuándo te llamó?

—Hace un par de semanas y luego la semana pasada, pero la semana pasada ya no respondí.

—Muy bien, no quiero que hables con él...

—¿Qué no hable con quién?

Su madre entró en la cocina haciéndolas saltar y las dos la observaron con cara de inocente, porque las dos sabían perfectamente que lo último que podían hacer era contarle algo relacionado

con Harry Archer, su exyerno, al que Claire Durand odiaba con toda su alma y al que se la tenía jurada.

—Nada, le estaba hablando a Chantal de un pesado de mi clase de farmacología que me llama demasiado por teléfono —Soltó Giselle con toda naturalidad y su madre entornó los ojos.

—¿Un profesor o un compañero?

—Un compañero, por supuesto, un tío con el que fui al cine y luego le di puerta. No te preocupes, lo tengo controlado.

—Si tú lo dices.

—Bueno, yo me voy... —Chantal abrazó a su madre y ella protestó.

—¿No te ibas a quedar a dormir?

—No, tengo muchas cosas que hacer y me he traído el coche. Giselle, ¿te llevo a alguna parte?

—No, gracias, hoy me quedo aquí.

La guiñó un ojo indicándole a su madre, lo que la hizo suponer que se iba a quedar para hablarle de su cambio de domicilio a Belleville, no insistió más, se despidió de las dos, no despertó a su padre y salió camino de su casa poniendo la calefacción a tope en el coche y encendiendo la radio para oír el programa nocturno de actualidad que le gustaba tanto.

Abandonó el barrio de sus padres en un par de minutos y en cuanto enfiló hacia Belleville le dio la sensación de que la estaban siguiendo, pero igual eran paranoias suyas, concluyó, porque desde que se había divorciado de un tío tan inestable como Harry veía fantasmas por todas partes, así que desechó la idea rápido y decidió conducir tranquilamente sin pensar en nada, menos en él, que ya le había robado demasiada energía.

La verdad es que lo último que necesitaba en ese momento era pensar en Harry Archer, que se seguía comportando como un capullo lamentable, y lo maldijo por atreverse a llamar a su hermana, pero casi en seguida cambió el chip y se concentró en la radio hasta que llegó a su casa donde la luz de la cocina estaba encendida.

Aparcó y entró sigilosamente en la casa, pasó al salón e inmediatamente escuchó una radio encendida donde se podía oír el mismo programa que venía escuchando ella en la carretera, y por un segundo se le erizaron los vellos de la nuca, pero no se amilanó y entró en su cocina con paso firme y muy decidida.

—¡Joder qué susto!, ¿qué haces tú aquí?

Soltó con alivio al ver a Luca, su contratista, sentado junto a la nueva isla de la cocina tomando notas, y él se giró hacia ella de un salto.

—Vaya, lo siento, me dijeron que esta noche no estarías en casa.

—No iba a estar, decidí volver a última hora. ¿Qué tal?

—Lo siento muchísimo, no pensaba asustarte, me voy en seguida.

—No pasa nada, es culpa mía por decirle a Vasili que me iba a dormir a casa de mis padres —Se sacó el abrigo admirando lo bonito que estaba quedando todo y luego lo miró a los ojos, esos ojos oscuros tan risueños—. Está quedando precioso.

—¿Te gusta?, a mí también.

Se puso de pie dejando a la vista su pinta estupenda, porque estaba estupendo, pensó observando con disimulo sus vaqueros, sus botas y su jersey de cuello alto y negro que le sentaba de maravilla.

—¿Qué haces trabajando a estas horas?

—No tengo demasiado tiempo para pasarme por aquí y hoy me sobraba una hora para tomar

algunas medidas.

—Ya queda muy poco ¿no?

—De la cocina sí, pero estaba midiendo la despensa, creo que podríamos aprovechar para reformarla y hacerla más funcional. Sería una lástima renovar la cocina y dejar ese espacio como estaba.

—Ya, la verdad es que da hasta miedo entrar.

—Son cuatro metros cuadrados, podríamos sacarle más provecho, iluminarla bien y hacer una pequeña ventanita en la pared que da al patio trasero.

—Es una idea genial, pero no puedo pasarme del presupuesto.

—Entra en el presupuesto, no te preocupes.

Le sonrió con sus ojazos profundos, y sin querer dio un paso atrás, porque sin venir a cuento, de pronto, se sintió muy impresionada por ese tiarrón alto, fuerte y tan varonil que la miraba con tanta seguridad.

Hacía mucho tiempo que no se sentía así delante de un tío, aceptó a regañadientes, pero en seguida lo achacó a lo aburrida que era su vida últimamente, y lo amable que era él, que, efectivamente, tal como había apuntado Marie, tenía un leve acento italiano que sonaba de maravilla.

—¿Eres italiano, Luca?

—Sí, de Milán.

—A mí me encanta Italia, cuando estaba estudiando pasé un verano en Florencia trabajando en una heladería.

—¿En serio?

—Sí, aprendí un montón.

—*Quindi parli italiano?*

—*Sì!*

—Estupendo. Mira, la despensa quedaría así...

Continuó hablando en francés y se le acercó con su libreta de notas, le enseñó el croquis que tenía de la nueva despensa y ella percibió el olor de su colonia y casi su calor, porque se le puso muy cerca.

—Si me das tu visto bueno, mañana la vaciamos y en nada estará lista. Me gustaría que la hicieran antes de terminar de alicatar la cocina y darle un último repaso, ¿qué te parece, Chantal?

—Me parece perfecto, gracias.

—¿Dónde podemos poner todo lo que hay dentro y no sea susceptible de tirar?

—En la habitación que hay junto a la escalera, la antigua salita de mi abuela, así podré revisarlo. Estoy segura de que se dejó cacharros y cosas de cocina que me vendrán de perlas.

—¿Dónde vive tu abuela ahora?

—Donde nació, en Brest, en la Bretaña.

—Bonito sitio.

—Lo es, sí, es muy bonito.

—Estupendo. Me alegra mucho haberte visto, así podremos empezar a trabajar en seguida — volvió sobre sus pasos y cogió su chaqueta—. Ahora te dejo tranquila, y siento mucho haberte asustado.

—No pasa nada, al contrario, gracias por tu trabajo.

—Es un placer. Tengo que irme, mi hija tiene una fiesta de pijamas en casa, me ha pedido que le lleve *macarons*, se me olvidó comprarlos y ahora tengo que ver dónde puedo encontrarlos a

estas horas.

—¿Tienes una hija?, ¿de qué edad?

—Doce años y me va a matar si...

—No te va a matar, ven conmigo.

Le hizo un gesto para que la siguiera a su invernadero, donde había instalado la nevera hasta que acabaran la reforma, la abrió y sacó una caja con *macarons* y otra con *cupcakes* hechos esa misma mañana en su taller.

—Es tu noche de suerte, Luca, porque los he traído esta tarde y no sabía qué hacer con ellos.

—¿En serio? —Observó con los ojos muy abiertos el precioso contenido de las cajas y ella asintió.

—Por supuesto, son tuyos.

—No, pero... ¿cuánto te debo?

—Nada, por Dios, me hace mucha ilusión que se los llesves a tu hija.

—Yo... vaya... eres muy amable, Chantal, pero no puedo...

—Claro que puedes —cerró las cajas y se las puso en las manos—, suena un poco mal, pero son sobrantes, los iba a regalar igualmente y mejor si los disfrutaban unas niñas de doce años. Ya me dirás si les gustaron.

—Les encantarán, mil gracias.

—De nada.

—Bueno, pues, me voy y gracias otra vez.

—No hay de qué, disfrutadlos. Adiós.

Lo siguió con los ojos, viendo cómo se volvía antes de abandonar la casa para despedirse otra vez, y ella le sonrió y le dijo adiós con la mano, muy contenta de que alguien fuera a aprovechar los *macarons* y los *cupcakes* que habían devuelto intactos del *baby shower* de una amiga de Marie.

Le encantaba pensar que los iban a disfrutar unas crías de doce años en una fiesta de pijamas, y por un segundo, sin proponérselo, se imaginó a ese tío tan atractivo ejerciendo de padre de una preadolescente, y de marido de una mujer seguramente muy guapa, tal vez italiana como él, y aquello le contrajo el estómago un poquito, porque ni se había planteado que estuviera comprometido, mucho menos que tuviera una familia, y saberlo así de repente, le había provocado una sensación absurda y totalmente fuera de lugar de frustración y tristeza.

4

—La malcrías, no podemos seguir así, ¿has oído hablar del Síndrome del Emperador, Luca?

—No exageres, por el amor de Dios, solo tiene doce años...

—Y hace lo que quiere contigo, pero conmigo ya no, voy a ser la poli mala a partir de ahora y me da igual que me odie. Se está transformando en un ser insufrible.

—No hables así de nuestra hija, Anouk.

—Es la verdad, y no voy a correr el riesgo de que la echen del colegio, eso sí que no lo pienso consentir, ¿está claro?

—Yo...

—Tú ni mu, porque, aún sabiendo que estaba castigada y suspendida, permitiste que celebrara la jodida fiesta del pijama.

—Estás dando categoría de drama a un simple...

—Si me paso la vida viajando y ella hace lo que quiere contigo, no puedo más que montar un drama, porque antes o después se nos irá de las manos.

—*Santa Madonna!*

—Tengo que dejarte. Adiós.

Le colgó dejándolo con la palabra en la boca, como siempre, y él suspiró y abandonó el puñetero teléfono para volver a ponerse los guantes de boxeo.

El único tiempo exclusivamente suyo eran sus dos horas diarias de gimnasio, principalmente dedicadas a la práctica del boxeo, y odiaba que lo interrumpieran, por eso solía apagar el móvil, sin embargo, esa mañana Anouk lo había pillado in fraganti y no había podido pasar por alto su llamada; primero porque estaba de viaje en Canadá, y segundo, porque necesitaban ponerse de acuerdo con respecto a Chiara.

“Ponerse de acuerdo”, que en la práctica significaba que siempre se acababa haciendo lo que ella decidiera, que para eso la había parido, repetía continuamente, y no iba a ser él el que le llevara lo contraria. Total, tenía razón, Chiara a veces era ingobernable, se aprovechaba de él de forma descarada, porque estaba loco por su hija desde que había nacido, y su madre, no lo pensaba negar, era la única capaz de meterla en cintura.

Además, él era italiano y en Italia la “*mamma*” era sagrada. El matriarcado se respetaba hasta las últimas consecuencias y en su propia casa lo seguía respetando. Anouk era la madre, y, aunque la mayor parte del tiempo era una madre ausente y bastante indiferente, su voz siempre iba a estar por encima de la suya, sobre todo si era por el bien de Chiara, que era una pequeña adorable, pero con un carácter tremendo y un coeficiente intelectual superior a la media, lo que la convertía a veces en una niña bastante peculiar.

Por un segundo se detuvo y pensó en su madre, que había criado a cinco hijos varones con pulso firme y prácticamente sin la ayuda de su marido, que se había pasado toda la vida trabajando muchísimo, y sonrió, porque doña Lucía Santoro no había sabido nada del Síndrome del Emperador o de fiestas de pijama o de suspensiones en el colegio, no obstante, había sido (y seguía siendo) una madre maravillosa y una abuela amorosa, capaz de repartir disciplina y cariño a partes iguales, haciendo ver que criar hijos era mucho más sencillo y natural de lo que realmente era.

Ojalá su madre estuviera más cerca, se lamentó, pero no lo estaba, no podía cambiar eso y

tendría que seguir arreglándoselas solito, no había más vuelta de hoja.

—*Ciao, come stai mamma?*

Llamó a su madre al salir del gimnasio, empujado por la nostalgia, y ella se enredó en contarle sus asuntos domésticos, que solían incluir discusiones con Sofía, la mujer de Franco, su primogénito, y luego pasó a contarle las andanzas de su padre y sus hermanos, hasta que le preguntó por él, por Anouk y por Chiara, y él aprovechó la coyuntura para desahogarse un poco, aunque no demasiado para no preocuparla.

—Lo que le hace falta a esa niña son hermanos, te dije que una hija única, con un padre como tú de blando, Luca...

—¿Blando yo?, si soy un sargento al lado de los padres de sus amigas.

—Claro, porque esa gente de clase alta, encima franceses, son idiotas.

—¡Mamá!

—Es la pura verdad, hijo, Chiara no debería ir a ese colegio y tener esas amistades. Necesita vivir acorde a sus posibilidades, las que le puede dar un padre obrero.

—Anouk también trabaja, ¿recuerdas?

—Y así os va...

—Ok, no voy a discutir ahora contigo, solo quería saludarte, y estoy llegando a la casa de un cliente.

—Esa escuela es para ricos, Luca, y ella no tiene más referencias, estáis prácticamente solos allí. Si no piensas en darle hermanos, vuelve a Italia y críala con tu familia, ya verás lo pronto que se le va la tontería.

—Ninguna tontería, solo está intentando sublevarse un poco y echarme un pulso, es lo normal, ya es casi una adolescente.

—Vale, tú verás.

—Eso es, voy a dejarte... —suspiró llegando al restaurante de Jean-Jacques y se detuvo en la puerta— ¿Qué tienes hoy para comer, *mamma*?

—Milanesas y ensaladas, viene tu hermano Marco y me lo ha pedido expresamente.

—Qué afortunado. En fin, te dejo, mañana hablamos. Un beso.

Le colgó y entró en el restaurante pensando en las milanesas de su madre, un plato típico de la zona de Lombardía que a ella le quedaban de cine, y se le hizo la boca agua, buscó a Jean-Jacques con los ojos y en cuanto lo tuvo delante le preguntó por ellas.

—Una pregunta, Jean-Jacques: ¿tienes milanesas en la carta?

—No, ¿por qué?, ¿nostalgia del terruño?

—Un poco sí.

—Si quieres le pido a Gianni que te prepare algunas.

—Muchas gracias, pero no, solo ha sido un antojo repentino. ¿Para qué necesitabas que viniera? —Miró a su alrededor y su amigo sacó el móvil para enseñarle unas fotos.

—He encontrado un piso, no pienso mudarme ahora mismo, pero me gustaría que le echaras un ojo para ver si se puede reformar, no está en muy buenas condiciones.

—Muy bien, ¿dónde está? —Escrutó las imágenes, pero no sacó nada en claro.

—Aquí abajo, en la calle Christiani, el edificio es del siglo XIX, lo han reformado de arriba abajo, pero no me fío.

—He aparcado justo al lado, podría haberte esperado ahí.

—Lo sé, tío, lo siento, pero es que también necesito que veas algo aquí. Acompáñame.

Le hizo un gesto para que lo siguiera escaleras arriba, hasta que llegaron a la tercera planta, donde tenía su vivienda particular y donde los recibió un evidente olor a humedad. Luca frunció el ceño y antes de que Jean-Jacques abriera la boca ya había localizado el desastre en una esquina del techo de su salón.

—Eso es que se han desplazado algunas tejas, será por la nevada de anoche.

—Eso he pensado yo, pero...

—No te preocupes, lo arreglamos ahora mismo.

Se sacó el anorak, se arremangó el jersey y se fue hasta la ventana que daba acceso directo al techo, acceso que había instalado él mismo durante la primera reforma. Abrió las ventanas y salió al frío para localizar las tejas desplazadas que, milagrosamente, no estaban muy lejos de su alcance, así pues, a pesar de lo incómodo que resultaba moverse por el filo de un tejado nevado, llegó hasta ellas sin mucha dificultad, las colocó en su sitio, las fijó y volvió dentro de la casa en menos que canta un gallo.

—Las he recolocado, pero es un parche. Creo que no seguirá nevando hoy, así que llamaré a Alain para que venga a colocar unas nuevas antes de que se haga de noche.

—¿En serio, Luca? —Jean-Jacques lo observó con los ojos muy abiertos y él sonrió.

—Claro que es en serio, vendrá en cuanto pueda y luego, cuando se seque la mancha, te la pintaremos, no hay problema.

—Tío, has salido a un tejado nevado sin ninguna sujeción, ¿estás chalado?, llevo diez minutos sin respirar.

—No pasa nada, estaban a mano.

—¡¿Qué estaban a mano?!, estás loco, chaval, eres un kamikaze. Anda, venga, te invito a tomar algo, no serán unas milanesas, pero algo se me ocurrirá.

—Tienes razón, no vuelvas a permitirselo a nadie.

—Eso desde luego, no me dio tiempo a pararte, aunque muchas gracias.

—De nada.

—¿Qué tal con Chantal? —Preguntó, bajando otra vez al restaurante, y él respiró hondo.

—Bien, la cocina ha quedado espectacular, le hemos reformado la escalera interna y la antigua despensa, un espacio cojonudo. Creo que en una semana podremos dejarla en paz y ella podrá volver a su vida normal.

—¿No quería reformar también la escalera principal?

—Estoy estudiándolo, pero...

—Ya sabes que yo cubro lo que sea.

—¿Y el dueño de la propiedad no podría pagarlo?, al fin y al cabo, el inmueble es suyo.

—Podría pagar eso y un millón de escaleras más, el tío está forrado, pero no quiero que Chanty le pida nada... tampoco creo que ella quisiera hacerlo.

—¿No es un amigo de toda la vida?

—Sí, pero uno tiene su orgullo —masculló dándole la espalda, Luca percibió perfectamente que el asunto era delicado y decidió no ahondar más— ¿Qué tal con ella?, ¿habéis tenido tiempo de confraternizar un poco?

—Es majísima y muy colaboradora, no se mete en nada y todo le parece bien, es una chica encantadora.

—Es más que encantadora, es la mejor.

—Eso parece.

—Es así, Luca, créeme, si no fuera como una hermana para mí ya me habría casado con ella

—bromeó y lo miró de soslayo—. En serio, es la mejor persona que conozco.

—Desde luego conmigo se ha portado genial, el domingo pasado incluso me regaló unos *macarons* y unos *cupcakes* para una fiesta de Chiara.

—Me ha contado que su hermana pequeña se muda con ella a finales de mes y me tranquiliza muchísimo, porque no me gusta nada que esté tan lejos y viviendo sola.

—¿Y eso?

—Me preocupa su exmarido, que es un cretino con mucho peligro.

—¿Cómo que con mucho peligro?

—No creo que vaya a ir a molestarla, no tendrá huevos, pero es capaz de seguirla y espiarla... no sé... es inglés, ¿sabes?, está un poco pirado y no ha aceptado nunca que ella le diera una merecidísima patada en el culo.

—Pero...

—Ayer me llamó una amiga para decirme que lo había visto haciendo la compra en un supermercado de Ménilmontant, aunque en teoría está viviendo en Manchester.

—¿Se lo has contado a Chantal?

—No, no voy a amargarle la vida, tampoco podemos hacer nada, vivimos en un país libre y ese capullo puede entrar y salir de París cuando le dé la gana —Se giró y le clavó los ojos oscuros—. En todo caso, como se me ponga a tiro, o se acerque a ella, le voy a partir las piernas, ya está avisado.

—Chef, han llamado los proveedores españoles de aceite de oliva, vienen esta tarde.

Los interrumpió su asistente y Jean-Jacques asintió, agradeció el recado y luego lo miró a él poniéndole un enorme capuchino delante.

—Arréglale la escalera, Luca, ya veremos cómo la pagamos, lo importante es que Chanty esté bien y contenta, lleva unos años muy jodidos y quiero que al menos ahora disfrute de su casa.

—Muy bien, se lo propondré cuando la vea.

—Gracias.

—También podemos encargar una alarma, no tiene ningún sistema de seguridad y dadas las circunstancias, pues...

—¿Podrías ocuparte tú?

—Por supuesto, no te preocupes, conozco una empresa estupenda, son amigos míos desde hace años y seguro que me encuentran una buena opción para ella.

—Genial, Luca —se acercó y le dio un golpecito en el hombro—. Sabía que lo mejor que le podía pasar a Chantal era conocerte.

5

Entró en su flamante cocina y vio una nota que le había dejado Luca Santoro en la encimera, y junto a ella una margarita, se la guardó en el bolsillo y se volvió hacia Sol, que era la primera vez que veía la obra casi terminada.

—¡Madre mía, ha quedado preciosa!

—Bueno, aún falta limpiar y volver a poner las cosas en su sitio, pero ya está casi a punto. Me encanta el aroma a nuevo.

—Sí, a mí también.

Sol dejó las bolsas con comida que le había traído sobre la isla central y luego giró admirándolo todo. Toda la obra maestra de Luca y su equipo, que habían trabajado increíblemente bien, a una velocidad vertiginosa e incordiando lo menos posible. Un verdadero lujo, uno que no solo le estaba regalado una cocina y una despensa nuevas, sino también un nuevo amigo, porque ambos habían acercado posiciones y aquello era estupendo.

Después de aquella noche en la que le había regalado unos dulces para la fiesta de pijamas de su hija, que ahora sabía que se llamaba Chiara, él le había llevado un ramo de rosas como muestra de agradecimiento, y ella se había hasta sonrojado, y lo había invitado a tomar un café y habían empezado a charlar como si se conocieran de toda la vida y le había acabado confesando que sus flores favoritas eran las margaritas. “Las más humildes flores para regalar”, había dicho él, y desde entonces, de vez en cuando, cuando se comunicaba con ella a través de notas escritas, las acompañaba con una margarita, gesto que la tenía completamente conmocionada.

—Desde luego tu contratista es de primera, Chantal, la obra está prácticamente perfecta, los acabados son geniales, me encanta. Te voy a pedir su número a ver si me puede echar una mano con nuestra cocina, que me sigue pareciendo impersonal y fría.

—Claro, sé por Jean-Jacques que tiene lista de espera, pero puedes apuntarte e ir viendo qué se puede hacer.

—Bueno, igual a Jean-Jacques no le parece bien que venga a trabajar a casa de Étienne.

—Es tu casa también y tú le caes genial, no creo que haya problemas, además, es el negocio de Luca, no querrá interponerse e impedir que gane dinero.

—¿La ha visto tu abuela?

—Le he mandado fotos y un video, está deseando venir a probarla.

—Ya te digo, hasta yo quisiera meterle mano.

—Cuando la tenga a punto te vienes una tarde y hacemos algo juntas, ¿te parece?

—Me parece genial.

—Ahora vamos a cenar y me cuentas qué ha pasado con el supuesto hermano de Étienne, sigo en la inopia y ayer me dijo que daba para escribir un libro, pero no me quiso adelantar nada.

Cogieron los recipientes con comida del Saint-Malo, el restaurante de lujo de Étienne, y se los llevaron al salón, los acomodaron sobre la mesita de centro y Chantal sacó unos platos para cenar ahí, junto a la calefacción, y no en el enorme y desangelado comedor.

—Voy a tomarme una copita de vino, ¿tú quieres una, Sol?

—No, gracias, la ginecóloga me ha dicho que podía tomarme alguna de vez en cuando, pero no me apetece nada. Agua está bien.

—Vale, entonces: ¿qué ha pasado con el chaval americano?

—Pues que después de más de un año de idas y venidas, al fin consiguieron que se hiciera las pruebas de ADN y resulta que han dado negativo, no es hijo de Roger.

—¡No!

—Te lo juro, lo supieron ayer y gracias a que en los Estados Unidos no se andan con chiquitas y para continuar con el proceso judicial lo obligaron a ir a un laboratorio para hacerse las pruebas, que, si no, él seguiría proclamando a los cuatro vientos que era un Clermont-Tonnerre. Roger dice que le va a meter un puro que te cagas por difamación y por acoso, además de las demandas por intromisión al derecho al honor y la intimidad que ya le ha interpuesto, pero Étienne, y yo también, creemos que no vale la pena.

—¿Cómo que no vale la pena?, ese tipo vino a la tele francesa a poner a parir al pobre Roger, incluso lo acusó de posible abuso sexual contra su madre, algún precio tendrá que pagar por semejante despropósito.

—Visto así, sí, pero solo es un pobre chaval mal asesorado por un novio torpe y demasiado ambicioso.

—Lo será, pero tuvo los arrestos suficientes para venir aquí, demandar a su supuesto padre, intentar llegar a un acuerdo económico bajo cuerda con él y al no conseguirlo empezar a difamarlo en todas partes. Es un poco sinvergüenza, no lo puedes negar.

—No, no lo puedo negar. A mí lo que realmente me duele es que metiera a Étienne en todo el embrollo y tratara de manipularlo, eso fue muy injusto.

—Y todo por la pasta, Sol, la gente está muy mal. ¿Te imaginas que hubiesen llegado a un acuerdo y Roger le hubiese pagado los millones que le pedía?

—Bueno... mejor no pensarlo, aunque creo que tampoco le hubiese hecho demasiado daño —La miró de reojo y Chantal sonrió.

—¿Ya lo sabe Geneviève?

—Sí.

—¿Y qué ha dicho?

—Dice que es un alivio aclarar las cosas, pero que nada va a cambiar el hecho de que su marido le puso los cuernos con la niñera de su hijo, y que, si se hubiese comportado como un hombre cabal, ahora no tendría este tipo de problemas.

—Y tiene razón, menudo golfo Roger Clermont-Tonnerre, mi abuela siempre ha dicho que era el hombre más guapo de Francia y que se las traía de calle, y que el error había sido de Geneviève al elegirlo a él como marido, pudiendo haberse casado con cualquiera mucho más sensato.

—Ya, pero el amor es el amor y la química es la química, a veces no se pueden poner puertas al campo...

—Que te lo digan a ti —Le guiñó un ojo y Sol se echó a reír moviendo la cabeza.

—Exacto.

—La cuestión es que nunca se sabe cuándo vas a acertar, así que no se puede juzgar a nadie, mírame a mí, que me casé con el capullo mayor del reino y no me di cuenta hasta que fue demasiado tarde.

—Gracias a Dios no fue demasiado tarde porque ya es historia. ¿Qué? —Le clavó sus inmensos ojos oscuros y Chantal suspiró— ¿Ha reaparecido Harry?

—No sé si alguna vez se ha ido —se pasó la mano por la cara—, una amiga de mi madre dice que lo ha visto en Belleville.

—¿En serio?, ¿cuándo?

—Hace unos días, pero por aquí no ha aparecido, así que igual lo confundió con otra persona.
—Joder...

—Luca, el contratista, me ha conseguido un presupuesto muy bueno para instalar una alarma, no es que le tenga miedo a Harry o esté asustada, pero me ha convencido de que es lo normal hoy por hoy, sobre todo viviendo en una vivienda unifamiliar, así que me la instalan mañana.

—Me alegro, bien por Luca. Étienne dice que te ha pedido muchas veces que instalaras una.

—Sí, pero ya sabes lo protectores que son Jean-Jacques y Étienne conmigo, creen que sigo teniendo ocho años y no me parecía razonable.

—¿Y ahora te parece más razonable porque te lo ha sugerido Luca?

—Es parte desinteresada, lo que lo convierte en más objetivo.

—¿Tú crees? —Entornó los ojos y ella le tiró una servilleta.

—¿Qué insinúas?

—¿Yo?, nada, pero te brillan los ojos cuando hablas de él.

—Puede ser, pero está casado.

—Eso no lo hace invisible.

—No, pero lo convierte en intocable.

—Por supuesto, aunque intocable y todo parece que está como un queso.

—Sí y encima es adorable y detallista, la verdad es que me encanta. Tiene una sonrisa tan luminosa... —rememoró sus ojazos oscuros y profundos, y su risa fácil y radiante, y sintió un escalofrío por todo el cuerpo—. Lástima que esté completamente fuera de mi alcance.

—Lo importante es que te has fijado en un tío y eso es un paso adelante, una gran noticia tras años de sequía.

—No sirve de nada si no está disponible. Tu móvil.

Le indicó su teléfono, que estaba vibrando sobre la mesa, y ella respondió saludando a Étienne, que ya iba camino de Belleville para recogerla. La escuchó hablarle con tanto cariño y miró su propio móvil, que empezó a iluminarse con una llamada entrante de Jean-Jacques.

—Hola JJ, ¿qué tal estás?

—Bien, ¿qué haces?

—Estoy cenando con Sol, ahora viene Étienne a recogerla.

—¿Y Giselle?

—Se muda la semana que viene, ¿por qué?

—¿Por qué?... no sé, solo pregunto.

—¿Estás bien?, ¿necesitas algo?

—Acabo de estar con ese actor tan famoso del que te hablé y me ha pedido celebrar su boda en mi restaurante. Él y su novio son clientes habituales y no me ha parecido mala idea, quería contar contigo para la repostería y...

—¿En serio?, genial, por supuesto, cuenta conmigo.

—Voy llegando a París, estoy cerca de tu casa, me puedo desviar y lo hablamos esta noche, ¿quieres?, les corre algo de prisa ir cerrándolo todo.

—Claro, Sol y Étienne se marchan...

Guardó silencio al sentir un golpe seco en la puerta de atrás y se puso de pie sin soltar el teléfono, miró a Sol y ella hizo lo mismo sin colgar a Étienne.

—¿Qué pasa, Chanty...?

—Un segundo, Jean-Jacques. Sol, espera aquí, voy a ver...

—Chantal, mi amor, no te asustes, solo quiero hablar contigo.

De la oscuridad de la cocina surgió Harry con las manos en alto y a ella casi le da un infarto. Dio un paso atrás y frunció el ceño.

—¿Cómo coño te atreves a entrar en mi casa?!

—La puerta de la cocina estaba abierta. Hola, Sol —miró a su amiga y ella se cruzó de brazos—. Hace mucho que no te veía, me han dicho que estás con Étienne, menudo braguetazo.

—No te dirijas a ella, ¿qué te crees?, ¿que te vamos a invitar a cenar? ¡Fuera de aquí! —colgó la llamada a Jean-Jacques y le enseñó el teléfono—. Si no sales por esa puerta ahora mismo voy a llamar a la policía.

—Oye, solo quiero hablar, hace mucho que no hablamos tranquilamente, los dos estamos contaminados con opiniones ajenas, con prejuicios y rencores absurdos. Solo necesitamos estar a solas y...

—¡Fuera!

—Ya veo que tienes pasta suficiente para reformar la cocina de tu abuela —fue su respuesta y las dos se miraron con la boca abierta—. Igual ahora estás preparada para reconducir lo nuestro.

—Vete ya, por favor, no seas patético —Le soltó Sol en inglés y él la miró con cara de furia.

—Nadie te ha dado vela en este entierro, bonita.

—Se acabó, voy a llamar a la poli.

Chantal fue consciente de que estaba temblando como una hoja, pero no se amilanó. Miró a Sol, le hizo un gesto para que no interviniera y empezó a marcar el número de emergencias.

—Suelta el puto móvil, ¡suéltalo!

Gritó Harry cogiendo una lámpara y estampándola contra la pared y ella, sin querer, soltó el teléfono y retrocedió buscando una vía de escape, sobre todo para su amiga, que estaba embarazada de cinco meses y no era plan que se viera inmersa en semejante espectáculo. Giró la cabeza hacia la puerta principal y llamó a Sol con la mano, ella hizo amago de acercarse y Harry, furioso, cogió otra lámpara y se la tiró a los pies.

—¡No te muevas!, y tú tampoco, Chantal, las dos quietas. De aquí no sale ni Dios hasta que yo lo diga.

—Tú estás muy mal, chaval.

—Si estoy mal es por tu culpa y la de tus amigos, que me habéis despreciado y humillado, pero se acabó, ¿sabes?, ya estoy harto y he venido a recuperar lo que es mío.

—¿Qué está pasando aquí?

De pronto la voz grave y contundente de Luca Santoro se oyó muy clara dentro del salón, Chantal saltó y lo buscó con los ojos, lo mismo Harry, que se quedó un segundo sin entender nada de lo que estaba pasando.

—¿Estáis bien?

—Estamos bien, salvo por la presencia de este idiota en mi casa —Respiró hondo y miró a Harry—. Lárgate ya, suficiente por hoy si no quieres acabar durmiendo en un calabozo.

—¿Quién es este capullo?, ¿te estás tirando a este tío, so puta?

—¿Perdona?

Se le acercó de dos zancadas para cruzarle la cara de un bofetón, pero no llegó a tiempo porque Luca, en dos segundos, lo había inmovilizado por la espalda doblándole el brazo como en las películas para arrastrarlo a la calle de un empujón. Harry Archer gimió e intentó zafarse, cosa inútil y patética, y se quedó en el jardín blasfemando en francés y en inglés hasta que el mismo Luca lo señaló con el dedo.

—Por lo que sé, has invadido una propiedad privada para acosar a tu exmujer que no quiere

ni verte, así que mejor cállate, desaparece de mi vista o voy a entregarte a la policía. ¿Está claro?

—¡Gilipollas!, ¡Chantal, escúchame!

—Estoy llamando a la policía.

Fue su respuesta con el teléfono en la mano y Harry escupió al suelo, se dio la vuelta y salió corriendo.

Chantal notó la mano de Sol en la cintura y se sintió bastante mejor, pero no cejó en su intento de llamar a la policía para denunciarlo, porque no pretendía pasar por alto algo tan grave. Miró a Luca a los ojos y le dio las gracias, él hizo una venia y le sonrió como muchísima serenidad, como se había manejado desde que había aparecido en el salón, sin aspavientos y sin elevar el tono, algo que le agradecería toda la vida.

—Muchísimas gracias —susurró Sol—, se nos estaba escapando un poquito de las manos.

—Me alegro de haber venido para hablar con ella...

La señaló con el dedo, Chantal le sonrió, pero no pudo decir nada porque el sonido de dos coches los interrumpió, ambos aparcaron casi a la vez frente a la casa y de ellos se bajaron Étienne y Jean-Jacques visiblemente agitados, se miraron un segundo a los ojos y luego se ignoraron para entrar corriendo en el jardín.

—¿Estáis bien?

—Perfectamente.

—¿Dónde está el hijo de puta de Harry, Chantal? —inquirió Jean-Jacques indignado—. No lo protejas, lo he oído perfectamente al teléfono.

—Llegó Luca y desapareció.

6

Entró en la oficina y Marlene, la secretaria, levantó los ojos del ordenador y le pasó una carpeta sin dejar de comer chicle, una costumbre que a él solía molestar bastante, sin embargo, esa mañana le dio igual, porque había pasado una noche estupenda, se sentía asombrosamente bien, y nada, ni nadie, podría estropearlo.

—Son los presupuestos de Versalles, Omar cree que aceptarán la propuesta, solo hace falta que la firmes —Le dijo casi sin mirarlo, aunque, de repente, le prestó más atención— ¿Va todo bien?

—Sí, ¿por qué?

—No sé, te veo diferente.

—Estoy igual que siempre. Les echaré un vistazo —Cogió la carpetita y giró hacia su despacho canturreando.

—Te he mandado tus llamadas pendientes y la agenda al correo electrónico, a ver si puedes responder a alguno de los clientes, porfa.

—Muy bien. Gracias.

Le guiñó un ojo y se metió en su oficina cerrando la puerta, tiró la carpeta encima de la mesa y miró por la ventana la lluvia cayendo sobre París. Una imagen perfecta, pensó, acercándose para admirar la Plaza de la República al otro lado del cristal. Se veía muy bonita y a pesar del mal tiempo bullía de turistas; normal, porque ninguno quería perderse la oportunidad de admirar la Estatua de Marianne, el famoso monumento dedicado a la república francesa.

Respiró hondo y regresó a su mesa para revisar los pendientes, de los que tenía muchos, afortunadamente, y también pensó en la escalera principal de Chantal, que esperaba poder reparar entera para convertirla en el centro absoluto de su primera planta, algo imprescindible y necesario, porque era una verdadera joya, estaba perfectamente construida y le daba muchísima lástima que nadie se hubiese ocupado de ella durante décadas.

Chantal, masculló y su mente voló a la noche anterior, cuando se había presentado en su casa con la excusa de hablar con ella sobre la posible reforma de la planta principal, y se había encontrado con un espectáculo lamentable: su exmarido, que era un pobre capullo, dentro de la casa, acosándola a ella y a su amiga Sol en el salón.

Ya había roto una lámpara cuando él había llegado a la vivienda accediendo por la cocina, y a los dos segundos de estar allí había oído cómo rompía otra y las amenazaba a gritos. Por supuesto, ni por un segundo había dudado en entrar, inmovilizarlo y sacarlo a la calle; lo hubiese hecho por cualquier persona, sin embargo, ese gesto lo había convertido en una especie de héroe, y no solo para Chantal y Sol, sino también para Jean-Jacques y Étienne, que se habían personado en Belleville al oír lo que estaba pasando a través del teléfono.

La casualidad había propiciado que ambos escucharan la aparición estelar de Harry Archer, porque cada uno estaba hablando con una de las chicas por teléfono en ese preciso momento, y habían volado por la carretera para interceptarlo: Jean-Jacques con la intención de romperle las piernas y Étienne con la de darle una paliza que según él le debía desde hacía años. Así pues, su intervención no solo había impedido que ese tipejo hiciera daño a Sol o a Chantal, sino que también había impedido que uno de los dos se hubiese complicado la vida agrediendo a un tío que no valía la pena ni para eso: ni para darle una somanta de palos.

A él hasta lástima le había dado usar la fuerza física para aplacarlo, porque jugaba con ventaja y porque Archer no había mostrado ni la más mínima intención de defenderse, pero en el fondo se sentía satisfecho porque había “salvado” a Chantal, que era una chica estupenda, y a su amiga Sol, que era otro encanto de mujer y que encima estaba embarazada, se había enterado después... como también se había enterado de que el famoso “amigo de toda la vida”, el dueño de la casa de Belleville, ese al que Jean-Jacques no quería pedir ayuda de ningún tipo, era nada menos que Étienne Clermont-Torrenne, un chef muy conocido, miembro de una de las familias más aristocráticas de Francia y todo un personaje en la alta sociedad parisina.

Él llevaba viviendo en Francia el tiempo suficiente como para haberlo reconocido en cuánto se le había puesto delante, y se había llevado una gran sorpresa, porque Jean-Jacques nunca le había mencionado quién era. Un tipo muy agradable, muy educado y sumamente cortés, pero principalmente un tío cercano, simpático, nada endiosado a pesar de su éxito y su apellido. Un posible colega de esos a los que invitar a ver un buen partido del Inter de Milán, algo que no sabía si Jean-Jacques aprobaría, porque, obviamente, no se podían soportar.

Solo habían compartido unos quince minutos juntos en la misma habitación, charlando con las chicas y esperando a la policía, y no habían sido capaces ni de dirigirse la palabra. Jean-Jacques no era capaz ni de mirarlo a la cara, así que entre los dos habían generado un ambiente muy tenso que solo se había disuelto con la aparición de la policía, que les había tomado declaración a todos antes de dejar que Sol se marchara con su novio de vuelta al centro de París.

A partir de ese momento su amigo Garnier había vuelto a ser el de siempre, se había relajado y le había preparado algo de comer mientras Chantal recogía los restos de su cena y el estropicio de lámparas provocado por su ex, y habían acabado charlando los tres hasta muy tarde, pasadas las dos de la mañana, cuando ella los había “largado” de su casa, aunque Jean-Jacques se había negado a dejarla sola y se había quedado a dormir con ella, dejando que él volviera a La República, su barrio, cansado, pero más a gusto de lo que había estado en años, y no solo por haber podido poner a un imbécil como Harry Archer en su sitio, si no, sobre todo, por haber podido compartir tiempo con Chantal, hablando de otros temas que no fueran exclusivamente los relacionados con su reforma, algo que últimamente intentaba provocar de todas las formas posibles.

—*Pronto!* —Respondió al móvil en italiano y en seguida la voz que oyó al otro lado del teléfono lo hizo prestar atención.

—Hola, ¿Luca?, soy Étienne, Étienne Clermont-Torrenne. ¿Te pillo en mal momento?

—¡Hola, Étienne!, ¿qué tal?, me pillas bien. ¿En qué puedo ayudarte?, ¿cómo está Sol?

—Sol estupendamente, gracias a Dios. Te llamo porque quería agradecerte, otra vez, tu intervención de ayer, podría haberse transformado en un disgusto muy grave y...

—De nada, no te preocupes, lo hubiese hecho cualquiera.

—Afortunadamente eras tú el que estabas allí y Sonsoles dice que actuaste muy rápido y con mucha calma. Las dos son perfectamente capaces de resolver una crisis como esa, pero reconoce que anoche, por un momento, pensó que no iban a poder controlar a Archer, porque seguramente iba puesto hasta las cejas, y estoy de acuerdo, de otro modo no se habría atrevido a aparecer en Belleville de esa manera.

—No sé si iba colocado, Chantal dice que probablemente, pero...

—Sea como fuere, gracias otra vez, y te llamo porque nos gustaría invitarte a cenar al Saint-Malo una noche de estas, cuando quieras y trae a quién quieras, solo basta con que me des un toque, me avises y te haremos un hueco. Sol y yo estaríamos encantados de poder atenderte a ti y

a tu familia, o a tus amigos.

—Vaya, muchas gracias, llevo mucho tiempo queriendo ir al Saint-Malo, pero nunca hay mesa.

—A partir de ahora siempre habrá una para ti.

—No es necesario, Étienne, pero te lo agradezco.

—También tenemos que charlar de trabajo, Sol lleva semanas hablando de tu reforma en la casa de Chanty y le gustaría contar contigo para mejorar nuestra cocina. Si te digo la verdad, fue ella la que se mudó a vivir conmigo y mi casa no la termina de convencer, igual ha llegado el momento de poner la cocina a su gusto...

—A su gusto y al tuyo, supongo —Lo interrumpió y él se echó a reír.

—Claro, pero en eso seguro que estaremos plenamente de acuerdo. No habrá discusiones.

—Genial, sin embargo, tendré que haceros esperar un poco, ahora mismo tengo muchos proyectos en marcha, seguiré trabajando en la casa de Chantal y... a propósito —De repente se acordó de lo que necesitaba para acometer bien la reforma de su amiga y decidió tirarse a la piscina—. Jean-Jacques y Chantal me comentaron que la propiedad de Belleville es tuya.

—Sobre el papel sí, ¿por qué?

—Porque me gustaría reformar la planta baja y la escalera principal, ya lo hicimos con la escalera de la cocina y ha quedado estupenda, además de segura. El presupuesto se disparará un poco, Jean-Jacques dice que lo haga, que no le diga nada a Chantal y que lo cubre él, pero ya que el inmueble es tuyo, pues...

—Por supuesto, haz lo que sea necesario y me mandas la factura a mí.

—Le diré a Chantal que...

—Dile la verdad —lo interrumpió—, si hay algo que odia es que seamos paternalistas con ella, no se siente muy cómoda pidiendo ayuda y yo respeto su postura. Basta con que le digas que me comentaste el proyecto y yo, como propietario, he estado de acuerdo, he decidido encargártelo y pagarlo. Fin de la historia.

—Me parece perfecto, no estaba demasiado de acuerdo con eso de tener que ocultarle el importe del trabajo.

—Y haces bien. A ella, siempre con la verdad por delante.

—Lo tendré en cuenta.

—Muy bien, tú acaba con su reforma, pero cuando tengas un hueco, por favor, ocúpate de nuestra cocina, quiero que Sol esté lo más a gusto posible ahora que con la llegada del bebé pasaremos más tiempo en casa.

—Te pondré el primero en la lista, aunque si puedo me pasaré esta semana a ver lo que queréis hacer para estudiarlo y mandaros un presupuesto.

—Pasa cuando quieras, pero el presupuesto ya está aceptado. No te preocupes por eso. En fin, tengo que dejarte, ya hablaremos en otro momento y, otra vez, mil gracias por lo de ayer. Un abrazo.

Le colgó, pensando en ese hueco que necesitaría para poder reformar su cocina, que suponía sería bastante grande, y apuntó en la agenda del móvil llamarlo en cuanto aclarara los pendientes y pudiera concertar una visita a su casa. Lo primero era ver las dimensiones, las necesidades y las aspiraciones de Sol, o más bien de los dos, con respecto a su nueva cocina, y luego podría hacer cálculos y buscar unas fechas plausibles.

Abrió el ordenador para revisar las obras en marcha y las más urgentes, y de repente oyó que tocaban la puerta, supuso que se trataría de Marlene, y le dijo que entrara sin apartar los ojos de

su agenda de trabajo, hasta que el silencio que siguió al sonido de la puerta abriéndose, lo hizo levantar la cabeza y prestar atención.

—Hola, buenos días, siento molestar, pero...

—¿Chantal?

Preguntó como un idiota y se puso de pie de un salto al descubrirla delante de su escritorio con el abrigo mojado y la boina puesta. Ella le sonrió y dejó una canasta primorosa que traía encima de la mesa.

—¡Qué sorpresa!, tú nunca molestas. ¿Qué te trae por aquí?

—Vasili me dijo que los lunes solías pasarte por tu oficina, me dio la dirección y... bueno... os he traído unos cruasanes para desayunar. También unos *macarons* para tu hija.

—Vaya, mil gracias, pero no tenías que...

—Vine a ver a una clienta aquí al lado, me traje la furgoneta, así que he aprovechado para traeros un detalle, no es nada.

—¿Cómo que no es nada?, es una maravilla, muchas gracias.

—No es nada comparado con lo que hiciste ayer por nosotras.

—*Santa Madonna mia!*, Étienne acaba de llamarme para decirme lo mismo. No fue nada, en serio, al contrario, es un placer poder echar una mano cuando hace falta.

—Créeme, no es la primera vez que me veo en una situación semejante y muy pocas veces alguien se ha atrevido a intervenir, así que déjame darte las gracias a mi manera. Muchas gracias, Luca.

—No hay de qué.

—Muy bien —miró la oficina con curiosidad y luego le sonrió—. En fin, yo...

—¿Quieres un café?

—No, gracias, otro día.

—¿Otro día?... pues...

Pensó en la invitación de Étienne para ir a cenar al Saint-Malo y se preguntó si ella aceptaría acompañarlo, sin querer sonrió ante esa posibilidad, pero antes de pronunciar una sola sílaba la voz de Anouk congeló el aire de toda la habitación.

—¡Luca! —Entró como un vendaval en la oficina, pero se detuvo al descubrir a Chantal—. Vaya, lo siento, no sabía que estabas con una clienta, Miriam no me ha dicho nada.

—No pasa nada, yo ya me iba.

—No tienes que irte por mí, ¿qué hay?, soy Anouk —Le ofreció la mano y luego lo miró a él—. Solo venía a traerte el nuevo horario de Chiara, te lo has dejado en la nevera y necesito que tengas uno aquí, he cambiado el Lacrosse por ya sabes...

—Gracias —Miró el papel dónde venían agendadas las visitas a la nueva terapeuta familiar y luego la miró con el ceño fruncido—, lo copié en el móvil.

—Ha habido algunos cambios de última hora —suspiró y observó a Chantal de arriba abajo—. Nuestra hija preadolescente, ya sabes, siempre hay cambios.

—Me lo imagino. Lo dicho, yo ya me iba, encantada de conocerte, Anouk. Gracias, Luca, y ya nos veremos en otro momento.

—Sí, porque tengo novedades sobre la escalera de tu salón, finalmente... —Bordeó la mesa para seguirla y Anouk no se movió.

—Estupendo, ya lo hablaremos o mándame el presupuesto por email, o mejor que Vasili me lo explique y ya está.

—¿Cómo dices? —Se detuvo en el pasillo un poco desconcertado y ella se alejó hacia la

puerta principal sin mirarlo.

—Que no hace falta que lo hablemos, seguro que acepto el presupuesto que sea, creo que a estas alturas no puedo dejar la casa a medias, así que... bueno... adiós, tengo el coche en doble fila y en este barrio ya se sabe... hasta otra.

Lo miró un segundo y salió corriendo camino de las escaleras. Él se quedó quieto con las manos en las caderas, completamente fuera de juego, miró a Miriam de soslayo, ella parpadeó y luego clavó los ojos en su mesa.

—¿Desde cuándo tus pretendientas te traen bollitos a la oficina? —Susurró Anouk con muy mala leche, pegada a su espalda, él la ignoró y regresó a su despacho— ¿Puedo llevármelos?, me vendrían de perlas para celebrar el cumpleaños de Solange.

—No.

—¡Luca! —Le soltó muerta de la risa y él la miró ceñudo—. Estoy de broma, no te pongas así. ¿Es la misma chica que hizo los *macarons* para la fiesta de Chiara?, porque estaban buenísimos.

—Es una repostera profesional y muy conocida, por supuesto que estaban buenísimos.

—Vale, vale... no pretendía ponerlo en duda.

—¿Necesitas algo más?

—Yo no, pero igual tú necesitas aclararte un poco y no confundir a la gente.

—¿Perdona?

—Ya me has oído. Tengo que irme, adiós.

Giró y salió con sus andares felinos. Sin querer Luca le miró las piernas perfectas y esos taconazos que solía llevar, y sintió como una amargura extraña le llenaba todo el torrente sanguíneo. Respiró hondo, intentando calmarse, pero ya era tarde, ya le había arruinado el día y no sabía muy bien cómo podría superarlo.

7

—Llevaba semanas dejándome una margarita junto a las notas que nos intercambiábamos por la reforma, intervino delante de Harry y se portó como un caballero, no sé, se me fue un poco la pinza y al final qué chasco más tonto.

Miró a su madre y ella forzó una sonrisa, se acercó y le dio un beso en la cabeza antes de servirle una taza de té. Chantal percibió la muestra de cariño también como una muestra de lástima, y se sintió aún peor.

—Soy idiota, mamá, no me compadezcas, soy idiota por presentarme en el despacho de un hombre al que apenas conozco, con una excusa peregrina y una canasta llena de cruasanes solo para verlo.

—Bueno, era un gesto de agradecimiento, así que tampoco es para tanto.

—Lo sé, pero... tengo treinta y cinco años...

—¿Y?, solo has tenido un novio serio, no tienes práctica, ni la experiencia de tus amigas, eres casi una adolescente en cuestiones del corazón, sentiste el impulso de acercarte a ese chico y lo hiciste, no pasa nada.

—Sí que pasa, porque yo sabía que tenía una hija y, por lo tanto, que estaba casado, no lleva alianza, pero es obvio y... ¿cómo se me ocurre...?, en serio... soy idiota... y su mujer, que es una especie de diosa con uniforme de azafata de vuelo, mirándome con esos ojos... sabiendo perfectamente para qué estaba yo allí.

—¿Para qué estabas tú allí?

—Pues no lo sé, solo quería verlo, la noche anterior lo habíamos pasado tan bien charlando, me había sentido tan cerca de él que necesitaba verlo y demostrarle mi interés o mi afecto o... no sé... soy gilipollas.

Se tapó la cara con las dos manos y volvió a sentir esa vergüenza descomunal que había sentido hacía dos días, al verse allí, en la oficina de Luca Santoro, oficina a la que nadie la había invitado, con una canasta llena de bollos, mientras aparecía su preciosa mujer para ponerla en su sitio, porque la había puesto en su sitio, no de palabra, pero sí dejando claro que tenían una hija, planes, una vida, y que ella era una especie de hormiga invasora a la que nadie necesitaba cerca.

Al salir del edificio le había entrado una especie de ataque de ansiedad y había acabado conduciendo hasta Belleville entre lagrimones, porque se había sentido la más idiota del mundo al pensar que un hombre como Luca Santoro podía estar disponible.

Lo cierto es que nunca había tenido problemas para ligar, al contrario, siempre se había tenido que sacar a los tíos de encima, nunca había necesitado más de una mirada para llevárselos de calle, incluso se había ligado al chico más guapo de su pandilla cuando le había dado la gana. Ese chico, Harry, que por aquel entonces era un estudiante británico de intercambio, había perdido los papeles por ella, había vuelto a París para hacer la carrera, incluso contra la opinión de sus padres, y se había quedado con ella hasta que se habían casado... luego había venido el desastre, pero al principio habían sido muy felices, había cumplido un sueño conquistándolo a él, que era una especie de príncipe de cuento, y nunca había puesto en duda que si algún día quería volver a enamorarse, a enamorar a alguien, no le costaría ningún esfuerzo.

Lástima que aquello no era así de sencillo.

Después del divorcio había tenido mil quinientos pretendientes, había salido con alguno, pero

nadie le había atraído lo suficiente, nadie hasta que había visto aparecer en su casa a Luca Santoro con Jean-Jacques, y con el paso de los días habían empezado a hablar, a conocerse, y había descubierto que le gustaba, aunque se tratara de un padre de familia, seguramente casado y feliz, le gustaba muchísimo y se había obnubilado y había perdido los papeles. Algo que NUNCA se debía hacer, menos en “cuestiones del corazón” como decía su madre.

En su descargo solo podía alegar que él se había mostrado muy cercano, muy atento, y muy pendiente de ella, que le había regalado rosas y después, dejado margaritas (detalle que había acabado por conquistarla hasta la médula) por la casa, que había mostrado un interés especial por ella, o eso pensaba ella, y eso la había animado a pensar más en él y a tener ideas absurdas, tanto, que se le había ocurrido visitarlo en su despacho.

SERÁS IDIOTA, Chantal, se dijo para sus adentros, apoyó la espalda en la silla y miró a su madre, que la estaba observando muy atenta.

—No entiendo por qué te machacas tanto, hija, no te has metido en su cama, solo le has llevado unos cruasanes y, que yo sepa, no le has hablado de lo que sientes por él.

—Gracias a Dios que no le he dicho que me gusta, estaría bueno, si hubiese hecho eso, ahora estaría exiliándome en Australia.

—La gente adulta se conoce, se gusta, se rechaza, van y vienen, no es ningún drama, Chanty, no te ahogues en un vaso de agua. Toma distancia y piensa con la cabeza.

—El problema es que ella sí se olió algo raro, estoy segura, las mujeres somos muy intuitivas para esas cosas, especialmente si afectan a tu marido, y estoy segura de que se lo habrá comentado a él y... madre mía, qué vergüenza.

—No creo, pero supongamos que es así, ¿crees que te dirá algo?, ¿te preocupa que quiera rechazarte abiertamente?

—No me preocupa nada, porque no pienso volver a verlo.

—Está reformando tu casa.

—Él no, él va y dirige, no necesito cruzármelo, yo puedo tratar con Vasili, el encargado, y no volver a verlo en lo que me reste de vida, además, Étienne me ha dicho que él se hará cargo de la reforma de la planta principal porque es su propiedad, así que mejor, a partir de ahora que él se ocupe de las facturas y todos en paz.

—Menos mal que vas a aceptar la ayuda de Étienne.

—Solo porque me ha pasado esto, que, si no, nunca se lo hubiese permitido. Encima que compró la casa sin ninguna necesidad, solo para ayudar a la abuela, y que a mí me deja vivir allí gratis, no le iba a estar pidiendo dinero para unas obras que él no ha pedido ni va a disfrutar.

—Chanty, Chanty, eres más dura que una piedra.

—Es verdad, sería injusto.

—Étienne te quiere como a una hermana, y a tu abuela, más que a su propia abuela, todo lo hace por cariño y porque puede, no le supone ningún problema, al contrario, me consta que le hace muy feliz poder ayudar.

—Y a mí me consta que todo el mundo le pide dinero, no voy a ser yo, que precisamente soy como su hermana, la que se aproveche de su generosidad.

—¿Comemos o no?, hay hambre.

Su padre se asomó a la cocina y las dos lo miraron con cara de pregunta, él se les acercó y las observó muy atento.

—¿Estás bien, Chantal?, ¿te pasa algo?

—Nada, solo estoy cansada, estoy perfectamente.

—¿Segura?, ¿no será otra vez el idiota de tu exmarido?

—No, papá, no te preocupes, creo que esta vez lo hemos espantado para siempre, o al menos, por una larguísima temporada. Venga —se puso de pie y le dio un beso en la mejilla—, vamos a comer, yo también me muero de hambre.

—¿Habéis visto la tele?, en un programa de esos de cotilleos se ha hablado de la próxima paternidad de Étienne, han enseñado imágenes de Sol y todo.

—Madre mía, muy contenta no estará.

—Gajes del oficio, él es muy conocido, al final la noticia iba trascender.

—Sí, pero... un momento... hablando del rey de Roma. Me llama Étienne.

Se apartó de la mesa para responder la llamada de su amigo y él la saludó aparentemente muy tranquilo.

—Hola, Chanty, ¿Qué tal?

—Bien, mi padre me estaba hablando de la noticia.

—¿Qué noticia?

—Dice que han contado en la tele lo de tu paternidad.

—¿Ah sí?, ni idea, no veo la tele.

—Mejor, ¿qué tal?, esta tarde voy a tu casa para ver a Sol un rato.

—Sí, lo sé, yo también voy de camino, acabo de volver de Londres, pero antes quería comentarte algo.

—¿Qué?

—Estoy preparando una boda sorpresa.

—No entiendo, ¿cómo una boda sorpresa?, ¿para quién?

—Para nosotros, ¿para quién sino? Mi madre tiene todo dispuesto para hacer algo íntimo en Saint-Malo, en el castillo. Los amigos íntimos, la familia cercana, he llamado al padre de Sol para...

—Vale, genial, pero ¿por qué sorpresa?

—Porque Sol no lo sabe. Tenemos previsto ir dentro de quince días a la Bretaña para que conozca la zona y nuestra casa, *et voilà*. ¿Te ocuparás de la tarta de boda y la repostería?

—¿Estás de broma?

—No.

—¿No conoces a tu novia? —Soltó, pasándose la mano por el pelo, imaginando lo que haría Sonsoles Monzón si se encontraba con semejante “sorpresa”, y él bufó.

—Bueno, estoy improvisando, creo que sería un recuerdo precioso. Necesito que se case conmigo antes de que nazca el bebé, es importante para mí, para los dos como familia.

—Étienne, cariño, si presionas a tu chica de esa manera se dará la vuelta y huirá despavorida a Madrid.

—No, lo nuestro ya está muy asentado, no hará nada de eso.

—Mira, entiendo que “necesites” casarte con ella, que quieras formalizar lo vuestro, pero siempre hay tiempo para eso. Créeme, conozco a Sol, ella te adora, está enamorada de ti hasta la médula, va a tener a tu bebé, ¿qué más quieres?, no hace falta apresurar las cosas.

—Sí que hace falta, y no solo por una cuestión de romanticismo, también hay un componente legal y sucesorio que en mi situación importa. Lamentablemente, el jodido apellido, la jodida familia, ambas jodidas familias, la de mi padre y la de mi madre, y todo eso que ya sabes, importa. Los abogados insisten en que mi primogénito nazca dentro del matrimonio, porque, aunque le dé mis apellidos, es importante para futuras herencias, sucesiones, impugnaciones...

por una retahíla de asuntos familiares que no te voy a detallar ahora.

—Ok, pero ¿se los has detallado a ella?

—Dice que no quiere un matrimonio por penalty, que podemos esperar y que le da igual lo que digan los abogados, mis padres o el papa de Roma.

—Hablaré con ella, podemos hacerlo los tres calmadamente. Entiendo la postura de los dos, la suya es más subjetiva y la tuya muy objetiva, pero ambos tenéis razón. Vamos a hablarlo tranquilamente, ¿quieres?

—El tiempo pasa muy rápido, Chantal y en Saint-Malo sería perfecto.

—Sería perfecto, pero sería mejor si Sol participara desde el principio en todo esto. ¿No crees?

—Sé que se quiere casar conmigo, nuestro compromiso es más fuerte que unos papeles, estamos los dos en la misma sintonía, pero opone resistencia simplemente porque es muy cabezota.

—Estoy de acuerdo, pero no puedes obligarla con una boda sorpresa delante de su familia y sus amigos.

—Visto así, suena fatal.

—Háblalo otra vez con ella y yo también lo haré, hoy podemos hablarlo los tres durante la cena.

—Esta noche hemos invitado a cenar a Luca Santoro. A las seis va a casa para echar un vistazo a la cocina y le pedimos que se quedara a cenar, ha dicho que sí, así que estaremos los cuatro y...

—¿O sea que no estaréis solos para la cena? —Masculló intentando salir del aprieto de tener que encontrarse con Luca, y volvió despacio al comedor para sentarse a comer.

—No, pero seguro que se marcha pronto.

—Es que yo tenía otro compromiso previo y lo aplacé para no dejar a Sol sola en su noche libre, pero si tú estás de vuelta de Londres y Luca se va a quedar a cenar, yo prefiero, si no os importa, hacer lo que inicialmente tenía...

—¿En serio?, me gustaría verte, hace mucho que no nos vemos tranquilamente.

—Lo sé, cielo, puedo pasar mañana a comer con vosotros, ¿te parece?, ¿se lo explicas tú a Sol?

—De acuerdo, pero...

—Genial, mil gracias. Si eso, luego la llamo, ahora voy a comer, mis padres me están esperando.

—Vaya, siento haberte entretenido, mándales un beso. Te vemos mañana.

—Claro, hasta mañana. Mañana hablaremos los tres con calma sobre tus planes, de momento, estate quieto y no hagas nada. ¿Lo prometes?

—Ok.

—Vale, hasta mañana.

Le colgó, sintiéndose fatal por haberle mentado, porque era la primera vez en su vida que lo hacía, y se sentó frente a su madre para disfrutar de su *filet mignon* con patatitas asadas. Ella la observó con los ojos entornados unos segundos, Chantal le sonrió tranquilizadora y luego se dedicaron a comer y a charlar de cosas intrascendentes. De cualquier cosa que no incluyera a Luca Santoro.

8

—Es un colegio carísimo.

—Buscan talentos, se han fijado en nuestra hija, y creo que no podemos negarnos.

—¿No te importa que vaya a un internado a los doce años?

—Cuando vaya ya tendrá trece, la gente rica va desde los seis y no pasa nada. Chiara es muy madura y está muy ilusionada con la idea, no se la estropees, por favor.

Anouk cogió su maleta de azafata y lo miró de arriba abajo con cierto desdén, Luca, que llevaba un rato largo leyendo el folleto de ese internado en Canadá al que pretendía ir su hija, se levantó de la silla y se puso las manos en las caderas.

—Es un colegio prohibitivo, no nos lo podemos permitir y me parece absurdo llenarle la cabeza de pájaros. Chiara debe saber que nosotros no somos como los padres de sus amigos.

—Tú ganas más que muchos de ellos, no te hagas el menesteroso ahora. Ella es brillante y su colegio aconseja un centro de alto rendimiento, uno parecido a ese.

—Y ¿por qué este en Quebec?

—Porque es uno de los diez mejores colegios del mundo y porque yo vuelo casi todas las semanas allí.

—¿Por eso o porque Avery vive en la misma ciudad? —En cuánto se oyó decir aquello se arrepintió, pero ya era tarde, y Anouk se le acercó como una fiera.

—Gracias a Avery seguramente nos den una beca.

—Si nos dan una beca ya hablaremos, de momento, no me parece sensato pensar en un centro que nos costará al mes gran parte de nuestros ingresos.

—Creía que harías cualquier cosa por tu hija.

—Por supuesto, pero eso no incluye un internado para ricos al otro lado del mundo. La enseñanza en Francia es óptima y su colegio está por encima de la media. Seamos razonables, por el amor de Dios.

—Qué poca ambición y qué paleta eres a veces.

—Si no fuera por este paleta, estaríamos en la calle, porque con lo que tú ganas no nos llegaría ni para el colegio que tenemos, así que olvídate de Canadá.

—*Va te faire foutre!*

“Bésame el culo”, le soltó en francés, se giró y lo dejó solo en la cocina. Luca cogió su taza de café y se la bebió de un trago, pensando en hablar seriamente con Chiara sobre el tema, porque tendría que entender que, por mucho que la quisieran, a veces existían límites, y en cuanto al dinero, ellos los tenían y eran insalvables.

Miró la hora y la llamó para llevarla al colegio, en seguida apareció en la cocina con su mochila y su proyecto de ciencias, que era un molino capaz de abrir cualquier fruto seco. Se le acercó y la besó en la frente.

—*Andiamo, tesoro.*

—¿Estabas peleándote con mamá?

—Solo estábamos hablando.

—¿Del internado de Quebec?

—Sí, en realidad, no nos ponemos de acuerdo.

—¿Por qué?

—Primero, porque no me gusta la perspectiva de que te marches a vivir tan lejos a tu edad, no lo veo necesario; y segundo, porque es carísimo y tenemos que ser conscientes del dinero con el que contamos.

—Yo prefiero ir al colegio en Gales del que habla mi profe de sociales.

—¿Qué colegio en Gales? —Se subieron al coche, lo puso en marcha y le prestó atención.

—El Atlantic College, dice que es un centro de experimentación de las teorías educativas más avanzadas, que buscan talentos y que podría conseguir una beca muy fácilmente, de hecho, se dedican a localizar buenos alumnos por todo el mundo y los becan al cien por cien. El señor Delacroix se ha ofrecido para proponerles mi nombre.

—Me parece perfecto, ¿por qué nadie me ha dicho nada al respecto?

—Porque mamá está obsesionada con Quebec y me dijo que no te comentara nada del Reino Unido.

—Entiendo.

Se mordió la lengua, aunque por un momento quiso ahorcar a Anouk. Miró a su hija de soslayo, estiró la mano y le acarició el brazo.

—No te preocupes, tesoro, ya lo arreglaremos, no obstante, pídele al señor Delacroix una cita, dile de mi parte que me gustaría hablar con él.

La pequeña asintió, se dedicó a contarle otras cosas que le interesaban más, como la fiesta de cumpleaños de una de sus amigas, el concierto de la banda BTS en París, y un torneo de ajedrez al que la habían invitado, aunque no entraba en ninguna categoría oficial, y llegaron en un santiamén al colegio. Se despidió de ella y en seguida desconectó el modo padre para pasarse al modo trabajo, aunque antes se entretuvo en el gimnasio más de una hora para relajarse.

—*Buon giorno*, Luca!

Lo saludó un par de horas después Giselle, la hermana pequeña de Chantal Durand, en cuánto lo vio aparecer en el salón de la casa de Belleville. Ella, que era una estudiante de medicina tan guapa como su hermana y especialmente simpática, se lo quedó mirando y él le sonrió.

—*Buon giorno, signorina*.

—¿Qué tal mi acento?

—Estupendo.

—Genial, porque me han dado las prácticas en Roma.

—¿En serio?, enhorabuena.

—Gracias, ha sido una suerte, porque todo el mundo quiere ir a Italia o a España, y no solamente por interés académico, ya me entiendes.

—Entiendo y me alegro mucho por ti. ¿Está tu hermana?, hace mucho que no la veo y...

—Se va súper pronto al taller, tiene mucho trabajo. ¿Hace cuánto que no la ves?

—No sé, unos diez días o así y me gustaría consultarle algunas cosas.

—Te ha contestado a tu última nota, está en la cocina, también ha hablado con Vasili y me dijo que cualquier cosa que necesites le mandes un correo electrónico.

—*Fanculo* —masculló y la miró a los ojos—. Parece que esté evitándome.

—¿Chantal?, no creo, no le pega nada. ¿Por qué iba a estar haciendo eso?

—No sé, es una apreciación mía, no me hagas caso, lo normal es que lo clientes te persigan y... —decidió no ahondar más en el asunto y le sonrió indicándole la segunda planta—. Voy a subir por la cocina para ver cómo va quedando el remate de la escalera principal.

—Si quieres ver a Chanty tienes que ir a su taller, prácticamente vive allí —Le guiñó un ojo y

Luca frunció el ceño.

—No hace falta.

—Solo es una idea, en fin, me voy. *Arrivederci*, Luca.

—*Arrivederci*.

Se despidió, entró en la cocina, buscó la escalera y subió los peldaños de dos en dos pensando en Chantal y su alejamiento inexplicable y radical.

Él se había hecho a la idea de que eran amigos, o eso le había parecido, incluso ella lo había visitado en su oficina con cruasanes y la mejor de sus sonrisas, una aproximación que le había encantado, porque estaba deseando pasar más tiempo con ella, sin embargo, de la noche a la mañana había dejado de responder a sus llamadas, había empezado a contestar con monosílabos a sus mensajes y, lo más desconcertante, se había esfumado de la faz de la tierra. No la había vuelto a ver, y eso que trabajaba en su casa.

Al principio Vasili le había explicado que ella había dado aviso de su ausencia en la casa por motivos laborales, pero es que no había forma de cruzársela una mañana o una noche, no la pillaba y aquello era extrañísimo. Por muy ocupado que estuvieras tarde o temprano tenías que volver a tu casa, pero ella no volvía o lo hacía a horas intempestivas, por lo tanto, no podía verla y se estaba empezando a desesperar.

Hacía diez días exactamente que no se veían, no había renunciado a dejarle notas con una margarita, detalle que al principio ella agradecía con un mensaje o una llamadita de teléfono, que era el fin último de esa “cursilería”, llamar un poco su atención, pero de repente tampoco agradecía eso, y dolía, porque le gustaba, le gustaba muchísimo, no podía evitarlo y llevaba diez días sintiendo que le estaba dando de lado, que pasaba de él y eso... eso era una auténtica mierda.

—Perfecto, Vasili, ha quedado perfecto, remataremos esto y empezaremos con la chimenea y el salón, el dueño de la casa quiere que hagamos todo lo que sea necesario para optimizar toda la propiedad.

Le dijo dando el visto bueno a la escalera reluciente y Vasili guardó silencio, así que levantó los ojos y lo miró.

—¿Qué pasa?

—Nada, tú mandas, aunque la señorita ha dicho que no hace falta hacer nada más, que por ella con la escalera acabamos.

—Ella podrá decir misa, pero el propietario quiere que, ya que le hemos metido mano, reformemos toda la casa.

—El propietario debería contar con su inquilina, que es la que nos aguanta aquí con toda esta parafernalia.

—Tienes razón, pero nos pagan por...

—Yo solo te transmito lo que me ha dicho ella, jefe, a mí me da igual seguir aquí o cambiarnos a otra obra.

Le dio la espalda para seguir trabajando y Luca respiró hondo y un impulso sobrehumano lo empujó a despedirse a la carrera para coger el coche e ir a buscar a Chantal. No pensaba permitir que lo siguiera ignorando, y menos aún tratándose de la obra de su casa. Obra que Étienne Clermont-Torrenne ya había cubierto ingresándole un generoso cheque.

Ella podría querer que se fueran, de acuerdo, pero él seguía las órdenes del dueño de la propiedad, que encima era su amigo y quería lo mejor para ella, así que enfiló hasta el centro de Belleville, donde tenía su taller, con la intención de explicarle sus planes con respecto a toda la

casa, y para mirarla a los ojos, claro, porque hablar de la dichosa reforma era la excusa perfecta para ponerse delante de ella y tratar de descifrar qué coño le estaba pasando.

—Hola, Chantal.

La saludó al verla salir de la cocina limpiándose las manos y ella dio un paso atrás y frunció el ceño.

—Hola, Luca ¿Qué haces aquí?, ¿pasa algo?

—Necesito hablar contigo, solo será un minuto.

—Tengo mucho trabajo, lo que sea, por favor, por escrito o trátalo directamente con Étienne, que es quién ahora paga la reforma.

—Lo sé, sé que él paga la reforma, de hecho, ya la ha pagado y ha pagado por hacer una reforma integral de la vivienda, algo que, según Vasili, tú no quieres hacer.

—Solo quiero acabar con los operarios, el polvo, el ruido y las decisiones a tomar, pero si Étienne ya ha pagado por todo, adelante, ya veré donde me meto mientras tanto.

—No tardaremos demasiado, tampoco hace falta que os vayáis a otra parte.

—Eso ya lo discutiré con Giselle, pero gracias. ¿Algo más?

—Sí, ¿he hecho algo que te molestara? —Le soltó directamente y ella volvió a recular y se sonrojó.

—¿Perdona?

—Si hay algo que haya hecho mal o te haya molestado, o lo que sea, mis disculpas de antemano, pero, por favor, no sigas evitándome porque me resulta muy incómodo.

—¿Evitándote yo?

—Creí que éramos amigos. Llevo más de doce años viviendo en París y no tengo muchos amigos aquí, es difícil hacerlos en esta ciudad, y creía que habíamos conectado, pero de repente... no sé... me gustaría saber si he hecho algo que te ofendiera o molestara para poder arreglarlo.

—Estoy ocupada, tengo mucho trabajo, no pasa nada más.

—¿Segura?

—Por supuesto.

—Ok, entonces ¿me aceptarías una invitación para cenar o comer o tomar algo?

—En otro momento tal vez, ahora tengo una avalancha de trabajo y...

—Muy bien, entendido.

Comprendió de inmediato que no tenía ni la más mínima posibilidad con ella, le molestó, pero más jodido le parecía quedarse ahí como un idiota, así que sonrió y se dio la vuelta para abandonar su taller sin insistir ni incomodarla, puso la mano en el pomo de la puerta y ella, contra todo pronóstico, le habló.

—Por norma no salgo con hombres casados, Luca, ni a comer, ni a cenar, ni a tomar algo.

—¿Disculpa? —La miró de frente y comprobó que estaba hablando con calma, aunque no parecía muy cómoda.

—No puedo decirlo más claro, así que muchas gracias, pero no a la invitación, aunque sí a la reforma. Haced lo que queráis, mi hermana y yo podemos quedarnos en casa de nuestros padres hasta que acabéis.

—¿Cómo que no sales con amigos casados? —Parpadeó un poco confuso y ella se encogió de hombros.

—No, si me gustan.

—¿Qué?

El corazón le dio un vuelco y se puso las manos en las caderas. Chantal, que era preciosa, y se veía aún más preciosa con el pelo recogido y el uniforme de chef cubierto de harina y azúcar, asintió y le hizo un gesto con el pulgar indicándole que volvía al trabajo. Él avanzó para detenerla, pero antes de alcanzarla su ayudante, Marie, salió excitadísima a buscarla con el teléfono en la mano.

—¡Chantal!, cógelo, llaman del Elíseo.

—¿Elíseo?, ¿qué Elíseo?

—¿Cuál va a ser?, la presidencia de la República, vamos, cógelo.

—Ok, ya voy... Luca... —los buscó con los ojos y le dijo adiós con la mano—. Hasta luego, ya nos veremos.

—Te espero, no pienso moverme de aquí.

Si la primera dama de Francia, o su gabinete, llaman para encargarte un trabajo, aparcas todo y te concentras en darle el mejor servicio posible, aunque ese servicio sea inesperado e inminente, porque no te llaman con un margen normal, no, te llaman con veinticuatro horas de antelación y empiezas a volverte loca antes de empezar.

La primera dama, que era una mujer que le caía genial, aunque no la conocía en persona, había oído hablar de su taller de repostería gracias a una de sus hijas, que había probado sus postres en una boda, y cuando se había visto sin su chef habitual había decidido llamarla de urgencia para encargarle una merienda al estilo francés, con cruasanes, *éclairs*, *marrarons*, milhojas y por supuesto Tarta Tatin para doce personas. Un verdadero desafío que le hizo cosquillar la sangre, porque le encantaban los desafíos.

Pasado el shock inicial de hablar con ella y su secretaria, aceptar el encargo y calcular mentalmente todo lo que necesitaban para sacar adelante la faena, se había puesto manos a la obra con todo su equipo y con ayuda extra, gracias a Dios, porque Sol, nada más enterarse de las novedades había dejado los postres del Saint-Malo a cargo de su segunda de abordó para presentarse en Belleville y ponerse a sus órdenes.

Su amiga había aparecido en menos de una hora con su energía y profesionalidad habitual, imponiendo calma y serenidad a la locura desatada entre sus empleados, y se había quedado con ellos hasta muy tarde, lo mismo que Luca Santoro, que no había dudado en ponerse a su servicio desde el minuto uno, aunque había aparecido en el taller para hablar de otra cosa, y para provocar que ella abriera la boca más de la cuenta.

No se arrepentía en absoluto de haberle dicho, indirectamente, que le gustaba, por supuesto que no, no eran unos críos y lo mejor era ir de frente, con la verdad por delante, pero él, que era imprevisible y una persona a la que en realidad conocía poco, había reaccionado plantándose, quedándose en el taller de piñón fijo, decidido a hablar con ella sobre eso de los “amigos casados” y su negativa a salir con él.

“No pienso moverme de aquí”, había dicho firme, “ahora es imprescindible que hablemos y mientras espero a que estés libre, puedo ayudarte en lo que sea”, y así había sido.

Antes de llegar Sol, Marie ya le había pasado una lista con la materia prima que les faltaban y él, sin rechistar, había cogido su coche y había ido a buscar todo lo necesario, así, por las buenas, sin mediar palabra y con una disposición increíble, y cuando había vuelto con todos los encargos había seguido con algunos repartos, hasta que había regresado para comer con ellos y seguir echando un cable con un mandil puesto y la mejor de sus sonrisas. Porque ese hombre, nadie podía ignorarlo, tenía la sonrisa más resplandeciente y hermosa del universo.

—Espero que te gusten los Gnocchi, Chantal, porque me han salido un montón.

Luca entró en el comedor con una fuente de Gnocchi enorme y Chantal salió de sus ensoñaciones y le prestó atención. Él le guiñó un ojo y cogió un plato para servirle su “especialidad” sin dejar de sonreír.

—Mi *mamma* nos ponía a todos los hermanos, desde bien pequeños, a amasar, cortar y echar a cocer los Gnocchi. Siempre había uno que los sacaba del agua y los iba contando, esa era la tarea que más me gustaba.

—¿Contando?

—Sí, por pura diversión, pasados los doscientos ya no contaba nadie —Le clavó los ojos negros y ella sonrió—. Gracias por dejarme usar tu cocina para hacer la cena.

—Es lo menos que podía hacer después de la ayuda de ayer.

—Nada, no fue nada, olvídale. ¿Quieres queso rallado?

—Un poquito, gracias. Tienen una pinta estupenda, no creo que ni a Jean-Jacques le salgan tan perfectos.

—La experiencia, llevo toda la vida haciéndolos.

—¿Cuántos hermanos sois?

—Cinco chicos.

—¿Cinco?, vaya, ¿tú qué número eres?, ¿cómo se llaman?

—Somos Franco, yo, Marco, Mattia y Fabrizio.

—¿Ellos viven en Milán?

—En este momento sí, aunque todos hemos salido bastante viajeros. Mi madre suele decir que nunca tiene a los cinco a la vez en Milán.

—Hoy por hoy pasa mucho en todas las familias. Guau, están deliciosos —probó sus Gnocchi y suspiró—. Una delicia, muchas gracias por hacerlos.

—Ha sido un placer —La miró de soslayo y le guiñó un ojo—. Hubiese preferido invitarte a un buen restaurante, pero ya que no quieres salir conmigo, cocinar te está bien.

—Luca, mira, yo...

—No, no digas nada, lo entiendo y, de hecho, te honra que no quieras involucrarte con hombres casados, por eso, llegados a este punto, necesito hablarlo contigo.

—Ok, soy toda oídos.

Apoyó la espalda en el respaldo de la silla y lo observó con tranquilidad porque se lo debía, porque se había portado genial con ella desde que se habían conocido, no solo el día anterior, y porque le parecía un tipo estupendo, pero sabía que no tenía ninguna necesidad de escuchar sus historias maritales o sus intenciones hacia ella de simple y cristalina amistad. Todo eso le sobraba muchísimo, no quería escucharlo, pero se armó de paciencia y esperó a que soltara todo lo que necesitara soltar sin interrumpir ni opinar, ni decir nada al respecto.

—Creo que es obvio que me gustas muchísimo, Chantal.

—No, no es obvio, ni tampoco adecuado si... —Levantó una mano para hacerla callar y ella se quedó muda.

—Gracias. Tengo cuarenta y cuatro años, llevo con Anouk, la madre de mi hija, unos quince. La conocí en Milán, aunque ella es francesa y... en fin, a los dos años de salir juntos se quedó embarazada y decidimos casarnos. Unos meses después de la boda vinimos a París exclusivamente para el nacimiento de Chiara, porque ella quería dar a luz en su ciudad, cerca de sus padres, sin embargo, una vez nacida la niña rompió con su palabra, y de paso con todos nuestros planes de futuro, se negó en redondo a volver a Italia y empezaron los problemas. Yo allí tenía trabajo, teníamos una casa, nuestra vida, pero a ella de pronto ya no le gustaban ni Milán ni nuestra vida, se metieron sus padres por en medio, se desató el drama y me sentí bastante manipulado, así que me volví a Milán solo y tratamos de conciliar la vida familiar a distancia, algo imposible, claro. Me era imposible estar separado de Chiara y finalmente, tras muchas idas y venidas, dejé todo en Italia y me instalé en París con mi mujer y mi hija.

—Normal.

—Hace unos cinco años —continuó—, y tras mucho tiempo distanciados, Anouk tuvo una aventura con su jefe y decidimos separarnos. Él, que vive en Canadá, le rogó que se marchara a

vivir con él, ella accedió, yo pedí la custodia exclusiva de Chiara para llevarla conmigo a Milán y cuando estaba todo a punto Anouk rompió con el canadiense y me pidió una segunda oportunidad. Hizo propósito de enmienda, suplicó perdón y por la niña, que por entonces tenía seis años, hicimos el esfuerzo de volver a intentarlo.

—Hasta hoy.

—No, Chantal, en realidad, hace tres años vimos que hacíamos el idiota viviendo juntos, que ya no nos queríamos, apenas nos aguantábamos, ella volvió con su canadiense, al que nunca había dejado del todo, y pactamos que yo me quedaría en París por la estabilidad de Chiara, y eso es lo que estoy haciendo.

—Pero ¿ella se fue a Canadá?

—No definitivamente, su novio se está divorciando y negociando la custodia de sus hijos, está en medio de un proceso complicado de divorcio, y Anouk va y viene con frecuencia gracias a su trabajo en Air France.

—Y ¿por qué sigues París?, ¿por qué no te has marchado a Milán con Chiara?

—Por su colegio.

—¿Ahí no puedes encontrar un buen colegio?

—Tiene un coeficiente intelectual de 210, y su escuela de París es perfecta para ella, porque la conocen desde los tres años. Tiene profesores de apoyo, actividades extraescolares, de acuerdo a su nivel e intereses, soporte psicológico y un ambiente escolar y social inmejorable. Es muy feliz allí, está integrada, tiene cientos de amigas, y amigos, y para una niña en sus circunstancias es muy importante mantener esa estabilidad, aunque ahora...

—¿210?, vaya, enhorabuena, debe ser una pasada criar a una niña así.

—Aunque no tuviera ese coeficiente sería una pasada, porque ella es increíble, pero sí, a veces te sientes muy afortunado de poder ver su evolución, aunque otras, te das cuenta de que condiciona muchísimo nuestra existencia como familia, y resulta complicado.

—Me lo imagino —Le sonrió intentando asimilar todo lo que le estaba contando y él se la quedó mirando fijamente mucho rato— ¿Qué?

—Que creo que me he desviado un poco de lo que te quería decir, pero era necesario para que puedas entender mis circunstancias.

—Bueno, tampoco pasa nada, yo...

—Me gustas mucho, Chantal, desde el primer segundo que Jean-Jacques me habló de ti, y luego cuando te conocí, y ahora, después de llevar más de dos meses tratándonos y compartiendo algunas experiencias yo... estoy loco por ti y me gustaría saber si, después de conocer un poco más de mi vida, aceptarías salir conmigo.

Chantal respiró hondo, dejó el tenedor en el plato y lo miró a los ojos, esos ojos enormes, oscuros y de pestañas largas y espesas, y percibió cómo se sonrojaba y se le aceleraba el corazón, porque nunca nadie, desde el colegio, le había hablado así, y por un segundo quiso levantarse, saltar y pegarle un beso de película, porque llevaba semanas queriendo tocarlo y besarlo, imaginando cómo olería o a qué sabría, pero no se atrevió y se limitó a bajar la cabeza.

—Oye, ya sabes cómo somos los italianos, igual me he pasado un poco. Mi hija dice que soy muy intenso y no quisiera agobiarte, pero...

Estiró la mano y acarició la suya con sus dedos fuertes y un poco ásperos, Chantal levantó la vista, lo miró y le sonrió.

—¿No debería hablar yo ahora de mi vida para que tú conozcas mis circunstancias, Luca?

—Sé todo lo que necesito saber de ti, Chantal Durand.

—¿Ah sí?

—Sé que tu hermana y tus padres te adoran, que eres profesional y trabajadora, generosa y amable. Sé que tienes una abuela que vive en Brest, y unos amigos que te quieren, te cuidan y harían cualquier cosa por ti. También sé que tienes un ex un poco pelma y bastante cobarde... y que haces unos pasteles maravillosos, tanto, que hasta la primera dama de Francia ha querido probarlos.

—Madre mía.

Entrecruzó los dedos con los suyos, deleitándose en esa sonrisa preciosa que tenía, hizo amago de levantarse para besarlo, y fue entonces cuando la voz de Giselle la sobresaltó y la hizo recular y quedarse quieta en la silla.

—¡Gnocchi!, ¡¿has hecho Gnocchi?! Te quiero, Chanty, es justo lo que necesito tras doce horas de guardia —Su hermana, completamente ajena a la revolución interna que estaba experimentando, tiró la mochila al suelo y se sentó a la mesa cogiendo la fuente entera.

—No los he hecho yo, son obra de Luca, que es un chef de primera.

—Solo te faltaba eso, tío, cocinar bien. Muchas gracias —probó la pasta y se puso a aplaudir —. Joder, están deliciosos, me moría de hambre.

—Todo tuyos, ¿quieres una copa de vino?

—*Grazie mille*, Luca! Este chico es la leche, no lo pierdas de vista, hermana, porque no tiene precio.

—No lo pierdo de vista —Respondió y le guiñó un ojo— ¿Qué tal tu guardia?

—Bien, en Urgencias, un poco pesado, pero bien, por cierto —Los observó indistintamente con una sonrisa de lo más pícaro— ¿Qué hacéis los dos cenando aquí tan juntitos y a solas?

—Quería camelarme a tu hermana para conseguir que salga conmigo —Soltó Luca tan tranquilo y Giselle se echó a reír.

—Pues ya era hora, chaval.

10

Despertó, giró en la cama y se sintió curiosamente relajada, algo raro, porque no había mañana que no despertara tensa, con dolor de espalda o de lumbares, con la sensación de no haber descansado lo suficiente, y parpadeó para mirar la hora en el reloj de la mesilla de noche.

Vio que ya eran las ocho de la mañana, se preguntó qué día sería, recordó que era sábado y entonces le saltaron todas las alarmas, se sentó y miró a su lado buscando a Luca Santoro, su maravilloso amante italiano, que ya no estaba en la cama, algo que la desinfló de inmediato, porque después de una primera noche de pasión, lo mínimo era quedarse a dar los buenos días.

Se levantó, comprobando que seguía desnuda, y miró el teléfono de reajo, tampoco tenía un mensaje suyo, o una llamada, así que entró al cuarto de baño, abrió el chorro de agua caliente de la ducha y se metió debajo cerrando los ojos.

No pensaba cabrearse con él por no estar, total, apenas se conocían, había sido un “aquí te pillo, aquí te mato”, y encima él tenía obligaciones, como ver a su hija de doce años a la hora del desayuno. No valía la pena enfadarse, decidió, y recordó cómo se lo había llevado al dormitorio sin planearlo y sin aceptar un no por respuesta.

No pudo evitar sonreír y sentir cosquillas en el estómago al pensar en él, que la noche anterior le había preparado unos Gnocchi milaneses de primera antes de sentarse frente a ella para explicarle detalladamente sus “circunstancias” familiares, sobre todo maritales, que la habían hecho cambiar de plano su percepción sobre él. Su percepción y sobre todo su disposición para dejar de mirarlo como a un hombre casado, para pasar a verlo como un posible candidato a algo más. Algo más que no pretendía definir, porque no tenía ni edad ni necesidad de andar poniendo nombre a las relaciones que le regalaba la vida.

De ese modo, tras confesarle que estaba loco por ella y que quería invitarla a “salir”, y de decirle un montón de cosas bonitas que le habían llegado al alma, había bajado la guardia, le había cogido la mano y, cuando había hecho amago de marcharse tras la aparición de Giselle, lo había interceptado en la puerta principal, lo había mirado a los ojos, se había acercado, puesto de puntillas y lo había besado.

Así, directamente, sin un preliminar o una palabra, porque no había podido resistirse, y se le había pegado al cuerpo disfrutando de su aroma, su sabor y el calor de su boca y de su piel, algo que parecía llevar esperando una eternidad, y no había parado de besarlo, y de tocarlo, un poco ansiosa mientras él respondía con la misma ansiedad, y con muchas sonrisas, mirándola a los ojos con ternura, hasta que había optado por cogerlo de la mano para llevárselo al dormitorio.

Ya tendría oportunidad de preguntarle si había llegado a asustarlo un poco, porque se había vuelto bastante loca y no le había permitido hablar, ni negarse, simplemente lo había metido en su cuarto, lo había empujado sobre la cama y había empezado a desnudarlo como si se fuera a acabar el mundo, algo que a él parecía haber hecho mucha gracia al principio, hasta que ella misma se había sacado la ropa y entonces la cosa se había puesto más seria, y más intensa, y él había empezado a coger las riendas con autoridad y mano firme. Algo que la había acabado de volver del revés, porque le había encantado que le besara el abdomen y los pechos con tanta hambre, y la hubiera recorrido entera con la lengua antes de ponerla encima de las sábanas para penetrarla con furia, con la misma necesidad que ella experimentaba en ese momento, llevándola a un orgasmo descomunal a los pocos minutos de llenarla, de balancearse dentro de ella como si

se acabaran de alinear las estrellas.

Porque en resumen había sido eso: se habían alineado las estrellas al abrazarlo. Eso había pensado, y sentido nada más rozarlo, y esa sensación impagable pensaba atesorarla en su memoria el resto de su vida.

Salió de la ducha, volvió al dormitorio, se vistió y al inclinarse para hacer la cama descubrió que Luca se había olvidado el jersey, lo recogió del suelo, los abrazó y lo olió, porque olía de maravilla, y luego bajó corriendo las escaleras para hacerse un gran desayuno de celebración.

—¿Qué haces?

Descubrió a Giselle en pijama, tomándose un té frente a la nueva cristalera de la cocina que daba al patio trasero, y ella la miró y le hizo un gesto con la cabeza.

—Recreándome un poco con las vistas.

—¿No deberías estar durmiendo?

—Estoy tan cansada que he dormido fatal, voy a comer algo y volveré a la cama. ¿Has visto eso?

—¿El qué?

—A tu chico trabajando.

—¿Qué chico?, ¿cómo trabajando?

Se asomó a la ventana y en seguida vio a Luca en camiseta, aunque llovía a cántaros, ordenado unos sacos de cemento y otros materiales de la obra contra el cobertizo. Se puso muy contenta, porque era una alegría comprobar que no se había ido sin despedirse, y lo recorrió con los ojos sin poder dejar de mirarlo.

—Lo sé, está buenísimo, Chantal, vaya suerte que tienes.

—¿Qué? —Miró a su hermana frunciendo el ceño y ella movió la cabeza.

—Tu novio, que es un milagro de la naturaleza.

—No es mi novio.

—Es el primer hombre que dejas dormir en tu cama desde el divorcio, doy por hecho que es tu novio.

—Pues no, no lo es, solo es un amigo.

—No es lo que parecía anoche, princesa.

—¡Giselle!

—Ya está, creo que no se ha mojado todo.

Luca las interrumpió entrando en la cocina empapado y las miró a los ojos muy atento. Chantal se deleitó en lo guapo y sexy que era, en su sonrisa dulce y adorable, y se le contrajo el estómago de pura lujuria, pero de inmediato recuperó la cordura y se le acercó muy seria.

—¿Cómo se te ocurre salir sin abrigo? Llueve a mares y hace un frío que pela.

—Tampoco es para tanto, solo ha sido un segundo.

—¿Un segundo?

—Estoy bien, no pasa nada. Había que salvar el material que los chicos se dejaron fuera, ya hablaré con ellos el lunes.

—Mírate, vas a coger una pulmonía.

—Solo han sido unas gotas, Chantal...

Se echó a reír, se acercó y le dio un beso en la mejilla. Ella sintió como se disolvía de pies a cabeza y no le quedó más remedio que guardar silencio mientras él se acercaba a la encimera de la cocina para servirse un café.

—¿Sabéis quién techó el invernadero?, porque aún no lo hemos revisado y me da que habrá

que meterle mano.

—Lo hizo mi abuelo en los sesenta, ha durado como cincuenta años —Se fue al armario del pasillo, cogió dos toallas secas y regresó para ponérselas en la mano—. Sécate un poco, por favor.

—Gracias, tesoro.

—De nada —Carraspeó ante la palabra de cariño y miró a su hermana de reojo.

—El lunes le pediré a Alain que se pase para echarle un vistazo. ¿Te parece?

—Claro, muchas gracias.

—Chaval, lo que me parece a mí es que te pasarás muchos años arreglando esta casa —Opinó Giselle moviendo la cabeza—, supongo que es una excusa perfecta para quedarte con Chanty. En fin, me vuelvo a la cama. *Arrivederci, bambini.*

—*Arrivederci.*

Se despidió él con una sonrisa y luego la miró a ella a los ojos. Estiró la mano, la sujetó por la cintura, se la pegó al cuerpo y la besó en los labios.

—Buenos días.

—Buenos días. Creí que ya te habías ido para llegar a desayunar con Chiara.

—Está en casa de sus abuelos, tengo que recogerla dentro de un rato. ¿Estás bien? He usado tu ducha, espero que no te importe.

—Por supuesto que no.

—Anoche estuvo...

Se inclinó para hablarle en el oído, le besó el cuello y ella se volvió a deshacer de puro gusto, lo apartó para acariciarle la cara y besarlo, pero su teléfono los sobresaltó, él lo miró de reojo y le hizo un gesto de disculpa.

—Lo siento, tengo que contestar. *Ciao, amore, come stai?*

Respondió y se entretuvo un buen rato hablando en italiano, Chantal dio por hecho que hablaba con su hija, y decidió dejarlo tranquilo y apartarse para preparar unas crepes.

—Tengo que irme, pero luego hablamos, ¿te parece? —Se le acercó y le acarició la cintura—. Si hay suerte, esta noche Anouk se queda con Chiara y tú y yo podríamos salir a cenar.

—Estaré hasta tarde en el taller, tenemos dos bodas, así que llámame cuando quieras y ya decidimos.

—Ok, luego te llamo. *Sei bellissima*, Chantal.

Le dio un beso fugaz en los labios, cogió su anorak sin dejar de mirarla, se le acercó otra vez para darle otro beso, y luego salió regalándose una de sus sonrisas de anuncio. Chantal lo siguió con los ojos sin poder dejar de sonreír, más satisfecha de lo que había estado en años, y miró sus crepes pensando en que no le apetecía nada comer, que lo que en realidad le apetecía era secuestrarlo y pasar todo el día juntos en la cama, pero eso era imposible, así que se sirvió otro café y se sentó en la isla de la cocina para leer las noticias en el teléfono móvil, hasta que una llamada de Jean-Jacques la sacó de su sopor mañanero.

—Chanty.

—Hola, JJ, ¿qué tal?

—¿Ya estás en el trabajo?

—Me iba ahora, ¿por qué?

—¿Comemos juntos?, quería comentarte una cosa.

—No puedo comer, tenemos dos bodas, pero si quieres tomar algo antes de tu servicio de cenas me paso por Montmartre. ¿Va todo bien?

—No lo sé, anoche cené con mi madre y me contó algo que me dejó un poco fuera de juego, vaya, la verdad es que me ha descolocado totalmente y me he pasado toda la noche dándole vueltas. Me gustaría hablarlo con tu abuela si fuera posible.

—¿Con mi abuela?, ¿qué ha pasado?

Se puso de pie y subió las escaleras hacia su cuarto empezando a preocuparse. Jean-Jacques guardó unos segundos de silencio, pero al final habló con voz de ultratumba.

—Mi madre cree que el supuesto hijo americano de Roger Clermont-Torrenne es en realidad hijo de mi padre.

—¡¿Qué?!

—Coincidimos todos en Saint-Malo y en París con la niñera americana y mi madre jura que tenía una aventura con Jacques, y seguramente tu abuela, que controlaba a todo el mundo desde la cocina, lo sabe o se acuerda de algo, me gustaría comprobarlo.

—No puede ser...

—Las pruebas de paternidad han confirmado que no es un Clermont-Torrenne, ¿no?, y según mi madre, la chica se liaba con los dos, con el jefe y con el chofer del jefe, o sea con mi padre.

—Y ¿por qué no dijo nada cuando ese chico apareció en París montando el lío con la demanda de paternidad, dio entrevistas y puso al pobre Roger a caer de un burro?

—No lo sé, supongo que, porque también está cabreada con esa familia, no se lo he preguntado.

—Vaya por Dios, pues Étienne, Roger y Geneviève se hubiesen ahorrado un montón de problemas.

—Ahora eso carece de importancia. ¿Crees que puedo hablar con tu abuela sobre esto?, ¿no me mandará a freír espárragos?

—Probablemente, así que mejor se lo pregunto yo.

—Vale, cielo, ¿cuándo sepas algo me llamas?

—Por supuesto, pero que quede claro que no carece de importancia, ni antes ni ahora, que tu madre supiera esto y se lo callara. Lo siento, pero me parece fatal.

—No me sorprende, ya contaba con que te pareciera fatal.

—Muy bien, me tengo que marchar, pero en cuanto pueda llamo a mi abuela, hablo con ella y luego te digo algo.

—Gracias, Chanty.

—De nada, un beso.

Le colgó sin entender cómo Aimée, la madre de Jean-Jacques, podía haberse callado algo semejante siendo testigo, como toda Francia, del escarnio público al que había sido sometido el padre de Étienne por la dichosa demanda de paternidad, y salió de su casa cada vez más enfadada, porque ni Roger, ni Étienne ni Geneviève Clermont-Torrenne se merecían aquello. Nadie se merecía aquello, y llegó al trabajo decidida a llamar a su abuela para preguntar qué sabía al respecto, pero también decidida a llamar a Aimée, con la que nunca se había entendido demasiado bien, para preguntarle qué había pretendido ocultando una información tan importante.

Entró en la cocina del taller maldiciendo por lo bajo y poniéndose el mandil, saludó a sus compañeros y el teléfono le vibró en el bolsillo con la entrada de un mensaje. Lo abrió ilusionada al ver que era de Luca, pero de inmediato se le fue la alegría porque él, muy escueto, le explicaba que no podría verla hasta después del fin de semana.

“Lo siento. Anouk no está en París. Nos llamamos el lunes”

11

—¿De verdad vendrás a Saint-Malo?

Chantal lo observó con las manos en las caderas y el ceño fruncido y él, desde la cama, asintió y estiró la mano para intentar sujetarla y hacer que volviera a meterse debajo del edredón.

—Claro, ven aquí...

—No puedo, es tarde, tengo que volver al trabajo y creo que tú también.

—Ya estoy en uno de mis trabajos, puedo quedarme aquí hasta después de comer.

—Qué suerte tienes, yo no puedo y ahora con la boda, pues... ¿seguro que podrás ir?...

Volvió a preguntar con incredulidad, él se incorporó, la agarró por la muñeca y la tiró encima de la cama para besarla y mirarla a los ojos.

—Por supuesto. No conozco la Bretaña, creo que el castillo de Saint-Malo es precioso, Étienne y Sol me caen genial, y será un privilegio ser tu acompañante en la boda.

—Solo pregunto porque tengo que confirmárselo a la *wedding planner*, el aforo es limitadísimo y se está haciendo todo tan rápido que...

—Lo sé, no hay problema. He avisado con antelación de mis planes y todo está en orden.

—Y ¿qué ha dicho Anouk?

—Me debe muchos fines de semana, así que no ha dicho nada, y ese viernes en particular Chiara duerme en casa de su amiga Rossana, tienen una fiesta de pijamas, con lo cual estará prácticamente libre hasta el sábado a mediodía.

—¿Por qué no tenéis horarios y días de visita como todo el mundo?. Así sería más sencillo.

—Porque no queremos condicionar a Chiara y también porque con el trabajo de Anouk resulta complicado ser muy rígidos.

—Tengo una prima azafata y me consta que tiene los vuelos programados con meses de antelación.

—Chantal...

Respiró hondo intentando no ponerse tenso, porque odiaba dar explicaciones sobre sus acuerdos con Anouk o sobre sus decisiones con respecto a los tiempos y los horarios con su hija, y la miró con paciencia. Ella le sostuvo la mirada, lo apartó y se puso de pie para seguir vistiéndose.

—No quiero meterme en vuestras cosas, Luca, solo estoy preguntando. Sería más fácil para mí saber a qué puedo atenerme, así no te presionaría con compromisos absurdos.

—La boda de tus mejores amigos no es un compromiso absurdo y estaré honrado, y encantado, de poder acompañarte.

—Muy bien, tengo que irme. Hasta luego.

Se inclinó para darle un beso y luego salió corriendo hacia la escalera, esa preciosa escalera principal que les había quedado perfecta después de la reforma.

Se estiró mirando el techo de la habitación, que no era la principal de la casa, pero que era muy bonita y estupenda para escaparse a mitad de la mañana a disfrutar de un par de horas como amantes furtivos, sonrió, se levantó y se fue al cuarto de baño para ducharse, vestirse y continuar con su jornada de trabajo.

Llevaban exactamente cuatro semanas viéndose con asiduidad y lo cierto es que eran las mejores cuatro semanas de su vida, o al menos las mejores en muchísimo tiempo, porque no

recordaba haber estado tan pillado por una mujer. Ni siquiera lo suyo con Anouk lo había descolocado tanto, ni lo había hecho andar tan pendiente del teléfono, de la voz de Chantal, buscando horas para robar al día y poder correr a verla, a tocarla, porque el sexo con ella, desde la primera vez, era glorioso, intenso y muy sincero, y aquello no tenía precio.

Les había costado encontrar la sintonía, porque el no hablar claro desde el principio había retrasado lo inevitable, pero una vez aclarada su situación sentimental, su estado civil, y confesado que le gustaba, como había hecho ella primero con total naturalidad, todo se había colocado, se habían alineado las estrellas, decía Chantal, y ya no habían podido poner puertas al campo, porque no podían dejar de verse.

Ahora solo hacía falta seguir avanzando en su “relación” para poder algún día hacerla oficial delante de su familia, delante de Chiara especialmente, porque algún día necesitaría normalizar su vida, organizar su tiempo de manera más racional, porque necesitaría pasar más tiempo con Chantal y, sobre todo, porque quería empezar a quitar importancia al hecho de tener novia, o amiga especial o como quisiera llamarla, algo que intuía se convertiría en tema de conflicto con su hija, incluso con Anouk, porque las dos estaban acostumbradas a contar con él a tiempo completo y sin interferencias.

Ya había pasado por ahí, ya había salido más de dos veces con una chica y en casa se había montado la tercera guerra mundial. Anouk no tenía ningún derecho a reprocharle nada, pero empezaba con las dudas, las preguntas incómodas y las malas caras, y Chiara, influenciada por su madre, declaraba una guerra silenciosa y feroz, desatando sus dramas y sus demandas de atención desmesurada, impidiéndole vivir con tranquilidad, con la tranquilidad normal con la que debería vivir un tío divorciado de cuarenta y cuatro años.

En resumen, si algo había aprendido era que lo más sensato era dejar su vida sentimental al margen de su vida familiar, y eso pretendía hacer. Estaba loco por Chantal, no quería espantarla por culpa de las mujeres de su vida, y por eso tenía claro que no iba a exponerla a sus malos rollos, sus celos o sus malas caras, por eso seguían viéndose a horas intempestivas, preferentemente en horario laboral, casi a diario pero sin mucha libertad; por eso no se podía quedar a dormir con ella, y por eso intentaba protegerla y compensarla todo el tiempo, porque se merecía lo mejor, porque era la mujer más increíble, preciosa y sexy que había conocido en toda su vida, y no estaba dispuesto a perderla por culpa de los demás.

—Hola, Anouk.

Respondió al móvil saliendo de Belleville y ella, antes de saludar, empezó a quejarse de que llevaba horas llamándolo, y a preguntar por qué cojones tenía el teléfono apagado o fuera de cobertura. Él ignoró la reprimenda y las preguntas, y enfiló de vuelta a París.

—¿Qué quieres Anouk?

—¿Dónde estás?

—¿En la carretera?, ¿qué pasa?

—¿Es verdad que te estás tirando a una clienta?

—¿Disculpa?

—Pasé por la oficina y Miriam me dijo que habías anulado dos visitas, que solías hacerlo muy a menudo últimamente y que tiene algo que ver con una de tus clientas ¿Se trata de la rubia despampanante de los cruasanes?

—¿Necesitas algo, Anouk?, voy conduciendo.

Respondió, moviéndose en el asiento indignado, y pensó en estrangular a Miriam, que era la secretaria más cotilla del universo. Tragó saliva, respiró hondo y mantuvo la calma para no dar

pie a una discusión absurda.

—Mira, Luca, me da igual lo que hagas, pero sé discreto, no me hace gracia que tus empleados cotilleen y menos aún que sus chismes acaben llegando a oídos de tu hija. Recuerda que la mujer de Vasili es nuestra asistentita.

—Repito: ¿necesitas algo?

—Ha llamado un profesor de Chiara para quedar con nosotros, para hablar del internado en Gales, ¿qué coño de internado en Gales?

—El Atlantic College, un colegio de primera, que está en Europa y que podría becar a Chiara al cien por cien.

—¿No habíamos quedado en que Quebec...?

—No, Anouk, no quiero que se vaya tan lejos.

—Pues yo sí y ya lo tengo casi cerrado, solo falta tu firma.

—Y ¿con qué lo vas a pagar?

—Avery ha mandado varias recomendaciones, en cuanto hagamos la matrícula podremos pedir una beca.

—No voy a firmar nada hasta no hablar con los de Gales.

—No pienso consentir que perjudiques a Chiara, Luca, no voy a tolerar que...

—Mira, Anouk, si lo que quieres es largarte a vivir a Quebec hazlo, no utilices a tu hija para estar cerca de Avery.

—¡¿Qué?!

—No engañas a nadie, sé sincera con él, contigo misma, y múdate a Canadá, deja ya de hacer el ridículo y, sobre todo, deja de usar a mi hija para justificar tus historias sentimentales.

—Voy a hablar con mi abogada. Estamos en abril, solo queda un mes para hacer la matrícula. No podemos seguir perdiendo el tiempo y seguro que un juez me da la razón.

—Haz lo que quieras, de momento, yo iré a la cita con el señor Delacroix, no te preocupes.

Le colgó empezando a cabrearse en serio, llegó a la Isla de San Luis, donde esa mañana habían empezado la reforma de la cocina de Sol y Étienne, aparcó donde pudo y subió al piso echando chispas. Era increíble que esa mujer, que había desatado el desastre liándose con su jefe hacía ya cinco años (lío que a Avery Lefebvre le había costado el puesto y a ella su familia) siguiera buscando excusas para irse a vivir con él.

Lo preocupante del caso, pensó entrando en el espectacular piso de los Clermont-Torrenne, donde los obreros ya habían desmontado la mayoría de los muebles de cocina, era que, si Anouk necesitaba de Chiara para instalarse en Quebec de forma permanente, es que las cosas ya no le iban tan bien con su novio y aquello era inquietante, porque si ella no tenía a Avery bien atado el problema le podía volver a él de rebote y eso sí que no podría soportarlo.

—¡Luca!

Sol, que era una chica guapísima y muy simpática, salió a recibirlo y detrás de ella Étienne, que se acercó para darle la mano e indicarle la cocina con la cabeza.

—Han ido muy rápido, mil gracias, Luca.

—Bueno, es una reforma express, cuando volváis de la boda la tendréis terminada.

—¿En serio?

—Claro, ¿cuándo os marcháis a Saint-Malo?

—Mañana, ahora estábamos con las maletas.

—Sin vosotros en casa podrán trabajar más horas.

—Genial, estupendo. Yo me voy al restaurante, luego te veo, amor —Se acercó a su chica y

la besó en la boca acariciándole la tripa, luego lo miró a él y le palmoteó el hombro—. Chao, Luca, y muchas gracias otra vez.

—De nada. Adiós.

Lo siguió con los ojos y luego miró otra vez la cocina, donde todo iba al ritmo esperado. Observó el croquis del diseño que había dejado pegado en una pared, dio un paso hacia él, pero tuvo que detenerse para prestar atención a Sol, que no le quitaba los ojos de encima.

—Chantal me ha dado la buena noticia —susurró ella con una gran sonrisa—, me alegro mucho de que la acompañes a la boda.

—Yo también me alegro.

—También me encanta que estéis saliendo, llevaba mucho tiempo sola y todos estábamos deseando que encontrara a alguien especial. En serio, estamos felices por los dos.

—Bueno, yo...

Le sonrió, pero antes de poder decir nada, el teléfono le vibró en el bolsillo y al ver que se trataba de Chiara el corazón se le subió a la garganta, se disculpó con Sol y respondió de inmediato.

—*Ciao, tesoro, come stai?*

—Estoy bien, papá, lo que pasa es que han suspendido las tres últimas horas de clase, los dos profes con gripe, puedo irme ahora y la madre de Joel dice que me acerca ella y me deja en casa.

—En casa no hay nadie, dile que te acerque a mi oficina. Voy ahora mismo para allá.

—No quiero quedarme con Miriam.

—Si quieres que te traigan al barrio que te lleven a mi oficina. Con algo de suerte nos encontraremos en la puerta del edificio. ¿De acuerdo?

—De acuerdo.

—Vale, ahora te veo y dale las gracias a la madre de Joel.

Colgó, se despidió de Sol sin detenerse a charlar, y se fue corriendo al coche para llegar a La República antes que Chiara. Llamó a Miriam para pedirle que se quedara con ella en caso de que se retrasara y cruzó el centro de París pensando en llamar a Chantal, pero fue imposible, porque le empezaron a entrar mil llamadas de trabajo y cuando al fin aparcó en la puerta del edificio se encontró a su hija charlando con el portero.

—¿Qué haces aquí abajo, Chiara?

—A Pierre no le importa que me quede con él.

—Ya, pero...

—Ha llegado hace cinco minutos, Luca, y le hemos avisado a Miriam que te esperaba aquí abajo conmigo.

—Vale, muchas gracias. Vámonos a casa, ¿tienes hambre?

—¿Me invitas a comer a algún restaurante?

—No, haremos un poco de pasta.

—Papaaaaa.

—Nada de comer fuera ¿Qué ha pasado con tus profes?, nadie nos ha avisado de nada.

—No avisaron, pero nos dejaron llamaros por teléfono.

—Ok, pero ¿Qué pasó...?

—Hola...

La voz de Chantal los detuvo en seco, él dio un paso atrás muy sorprendido de verla allí, y ella les sonrió y se les acercó con una caja de su taller entre las manos.

—Tú debes ser Chiara, ¿cómo estás?, me llamo Chantal.

—¿La de los *macarons*? —Preguntó Chiara.

—Esa misma.

—Vaya sorpresa, ¿qué haces por aquí? —Él le sonrió de oreja a oreja, ella le guiñó un ojo y su hija dio un paso y lo cogió de la mano.

—Vine a ver a mi clienta de aquí al lado y pensé en pasar a dejarte estos *macarons* y estos *cupcakes* para Chiara, pero ya que os veo, se los doy a ella personalmente. Espero que te gusten.

Le extendió la cajita con los dulces y Chiara frunció el ceño y negó con la cabeza.

—No, gracias.

—¿Cómo dices? —La reprendió él sorprendidísimo por la respuesta y ella lo miró a los ojos.

—Ya no como azúcar, papá, hemos estudiado los carbohidratos y he aprendido que son un veneno. Nadie debería probar el azúcar, ni hacer, ni vender nada con azúcar. Yo no pienso metérmela nunca más en el cuerpo.

—¡¿Qué?!

—Muy bien, lo entiendo, se los regalaré a otra persona —Chantal, tranquilamente, abrazó su caja y le sonrió—. Es una opción muy saludable. En fin, tengo que irme, adiós.

—Adiós y gracias.

Masculló Chiara, lo sujetó muy fuerte de la mano y tiró de él hacia su casa. Luca, completamente descolocado, detuvo el paso, se giró para seguir con los ojos a Chantal, que inmediatamente desapareció entre la gente, y luego miró a su hija a la cara.

—¿Cómo es posible que seas tan maleducada?

—¿Maleducada?, solo digo la verdad. ¿Ahora no puedo decir lo que pienso? El azúcar es malísimo, mi profe dice que un día estará prohibido vender cosas así... ¿Por qué te enfadas tanto?

—Porque no te he criado para hablar de ese modo a las personas, menos a una persona como Chantal, que solo ha querido ser amable contigo.

—¿Tanto te importa la señorita Chantal?

—Silencio y camina, Chiara, no pienso discutirlo contigo.

12

El olor a mar la recibió de lleno antes de llegar a Saint-Malo e inmediatamente se sintió reconfortada y como en casa, no en vano, había pasado todos los veranos de su infancia allí, en el castillo de los Clermont-Torrenne, donde su abuela había ejercido como cocinera durante casi cincuenta años, y dónde había disfrutado de las mejores vacaciones del mundo jugando con Jean-Jacques y Étienne.

Étienne, único nieto, único hijo, único heredero de los Clermont-Torrenne, tenía la misma edad de Jean-Jacques, el hijo del chófer, y solo unos pocos años más que ella, la nieta de su adorada Milú, su cocinera, ama de llaves y mujer de confianza en París y en Saint-Malo, así que siempre los habían tratado de maravilla. Nunca habían hecho diferencias con ellos, al contrario, eran unos hijos más en la casa (también en la de París) y eso los había unido irremediablemente, los había hecho inseparables, aunque desde hacía unos años Étienne y Jean-Jacques ni siquiera se hablaban.

Lamentablemente, una discusión profesional había derivado en un rosario de reproches personales muy dolorosos que los había separado hacía más de cuatro años. Ella no había estado presente en esa pelea, pero sabía que se habían dicho cosas terribles, sobre todo por parte de Jean-Jacques, que había recriminado a Étienne sus privilegios, su origen, su familia y su dinero, algo que nunca, jamás, habían mencionado o tenido en cuenta, y Étienne, para defenderse, había acabado diciendo cosas que nunca se habían contado en voz alta. El resultado: la ruptura de una de las más fuertes y sinceras amistades que habían existido y, desgraciadamente, ella no había podido hacer nada para remediarlo.

Respiró hondo con ganas de echarse a llorar, porque era una pena enorme que Jean-Jacques no estuviera presente en la boda del que había sido su mejor amigo, su hermano, pero se contuvo, miró a su lado y sonrió a Marie, su mano derecha, que la había acompañado a la Bretaña para que no condujera sola las cuatro horas y media de viaje en la furgoneta de la empresa, cargada hasta los topes con la tarta de boda y la repostería que se iba a servir en el almuerzo y la posterior fiesta del evento, y también para ayudarla a descargar todo el género en el castillo, dejarlo a punto en las cocinas y luego, si no había un servicio de camareros decente, ayudarla a servir el postre y a cortar la tarta, aunque estaba segura de que no haría falta porque Geneviève, la madre del novio, había traído un servicio de catering espectacular desde París.

Como solía suceder, con dinero para gastar a manos llenas se podía conseguir casi todo, pensó, incluso organizar una boda en cuatro semanas, y de ese modo Sol, tras muchas idas y venidas, charlas con abogados, firmas de acuerdos prematrimoniales e historias legales de lo más truculentas que ella había preferido firmar, y a los siete meses de embarazo, al fin iba a subir al altar de la capilla familiar del castillo de Saint-Malo para dar el “sí quiero” al amor de su vida, un Étienne enamorado y feliz, más feliz de lo que ella recordaba haberlo visto en toda su vida.

Se alegró mucho por los dos y sin querer su mente voló hacia dónde solía volar últimamente, hacia Luca Santoro, su maravilloso amante italiano que iba a viajar a la Bretaña el día siguiente, sábado, a primera hora en avión desde París.

Ella había retrasado el viaje hasta el viernes a mediodía esperando que él pudiera organizar el trabajo y el “tema hija” al milímetro, pero finalmente no había podido ser, porque se le habían complicado mucho las cosas y la había dejado colgada. Un modus operandi bastante habitual en

Luca, que no era un malqueda ni un maleducado, pero que sí cargaba con una mochila pesada y rígida que le impedía la mayor parte del tiempo maniobrar y tomar decisiones con tranquilidad o compromiso.

Respiró hondo, con el propósito de no pensar mal de su entorno, pero fue imposible y recordó todos los impedimentos que tenía siempre para hacer cualquier cosa de forma individual, sobre todo desde hacía dos semanas, cuando un encuentro fortuito con él y su hija frente a la Plaza de la República lo había cambiado todo.

La niña había sido un poco borde con ella (él la había calificado de insufrible maleducada) y a partir de ese punto exacto su “relación”, más bien esos encuentros en horario laboral para tener sexo de primera en su casa, se habían espaciado y ella, que había dado por hecho que aquello era solo parte de una transición, una etapa de conocimiento antes de iniciar una relación normal entre adultos, había empezado a frustrarse, a pensar que no tenían ningún futuro porque él, obviamente, tenía unas prioridades que estaban muy por encima de su bienestar personal, de su vida sentimental, por lo tanto, muy por encima de ella y, aunque le encantaba y estaba loca por él, porque era guapísimo, sexy, adorable y un amante maravilloso, a veces pensaba que lo mejor era dejar de verlo, porque a veces sentía que se había convertido en un problema más para él, en una obligación más, y eso sí que no podría soportarlo.

Repasó inconscientemente la de veces que había llegado a Belleville tan feliz y antes de sacarse la camiseta ya había tenido que largarse corriendo para apagar algún fuego, la de veces que Anouk le había cambiado los planes a última hora o la de veces que no había podido quedarse a cenar porque a su hija le había pasado algo con su madre, y se le erizó el vello de la nuca, porque habían sido muchísimas, y lo peor de todo era que él era incapaz de entender que aquello no era normal. Que lo habitual era que las parejas se separaran y se organizaran, fijaran horarios y los cumplieran, no que siempre la carga recayera sobre él, que no sabía decir que no, incluso sabiendo que su ex tenía un novio al otro lado del mundo y que lo dejaba el ochenta por ciento del tiempo solo a cargo de su hija.

Desde luego, objetivamente, todo le indicaba que lo mejor era salir corriendo, que lo más sensato era olvidarse de Luca y continuar como contratista y clienta, que se les había dado muy bien desde el principio, y dejar de perder el tiempo porque tarde o temprano lo suyo iba a fracasar; sin embargo, subjetivamente hablando, no podía darle la espalda sin luchar y por eso había organizado ese fin de semana en Saint-Malo, gracias a la boda de Sol y Étienne, con la remota esperanza de estar cuarenta y ocho horas enteras solos y a su aire, sin llamadas, ni espantadas a media tarde, ni prisas, solo los dos, rodeados de amigos, en un ambiente festivo y un paisaje de ensueño creando, tal vez, algo más que unos simples encuentros sexuales en horario laboral.

—¡Chantal, cariño!

Roger Clermont-Torrenne, el padre de Étienne, salió a recibirlas a la entrada del castillo y ella se bajó de un salto de la furgoneta para darle un abrazo y presentarle a Marie.

—Qué alegría me da verte, Roger, hace mucho que no nos veíamos.

—Es cierto, tienes que ir a verme a Londres más a menudo. Estás preciosa, cielo, como siempre —La abrazó muy fuerte y luego saludó a su amiga—. Bienvenida, Marie, pasad dentro. Milú está poniendo orden en la cocina. No queremos que trabaje, pero dice que de su cocina, con ella presente en la casa, no la saca nadie.

—Madre mía, ahora me ocupo yo. ¿Qué tal todo?, ¿qué tal Victoria?

—Victoria se ha quedado en Londres, como el aforo era limitadísimo no me pudo acompañar.

Todo ha quedado reducido a cuarenta personas.

—Es verdad, lo siento.

—Lo bueno es que así nos evitamos el encuentro con Geneviève —La abrazó por los hombros y entraron a la casa observando como un grupo de operarios estaba sacando sillas al jardín trasero.

—Y ¿los novios?

—Ellos a lo suyo, Étienne dice que están de vacaciones y no les vemos el pelo. Ahora han ido al aeropuerto a recoger al padre de Sonsoles. ¿Sabes por qué no quieren saber el sexo del bebé?, me muero de curiosidad.

—Quieren disfrutar de la sorpresa.

—Madre mía, pero a mí me van a matar.

—Bueno, solo faltan dos meses. Paciencia.

—¿Vais a subir a vuestro cuarto ahora?

—Marie va a alojar en el pueblo, en un hotel, para ella también es un fin de semana de vacaciones. Solo me quedo yo aquí, bueno, y mañana viene mi acompañante.

—Me lo ha comentado Sol. Debe ser un tío muy especial para que lo traigas y nos lo presentes.

—Es muy majo, todo es muy reciente, pero...

—Seguro que es un diez y me alegro mucho por ti —Le besó el pelo—. ¿Tienes un minuto?, me gustaría hablar contigo a solas, cariño.

—Claro.

Le dio instrucciones a Marie para que fuera descargando la furgoneta, pidió ayuda a uno de los chicos del catering para que no lo hiciera sola, y luego siguió a Roger a la biblioteca, entraron y él cerró la puerta antes de mirarla a los ojos.

—No te quitaré mucho tiempo, sé que quieres ver a tu abuela y organizar tus cosas.

—No hay prisa, ¿pasa algo?

—Milú me ha contado que Jean-Jacques cree que el famoso Roger americano, el hijo de Brandy Harper, es hijo de su padre.

—Vaya, mi abuela no sabe guardar un secreto.

—Conmigo no. ¿Es verdad?, ¿en qué se basa para creer eso?

—¿No te lo ha contado mi abuela? —Él negó con la cabeza—. Según Aimée, la madre de Jean-Jacques, Jacques Garnier también tuvo un “*affiar*” con Brandy, aquí y en París, a la par que tú te veías con ella.

—*Mère de Dieu!*

—No sé si es verdad, es lo que dice ella y a Jean-Jacques casi le da algo, ya sabes lo mal que se lleva con su padre y encima esto, pues...

—Creo que Jean-Jacques se lleva mal con demasiada gente, debería hacérselo mirar... —Soltó, paseándose por la biblioteca y luego respiró hondo—. No es la primera vez que me llegan rumores de que se veía en secreto con las mismas chicas que salían conmigo. Era un rompecorazones y nunca perdió una oportunidad.

—Era un sinvergüenza, siempre lo ha sido, por eso su familia no lo traga.

—¿Lo sabe Étienne?

—No se lo he contado.

—No le diremos nada, se lo voy a pedir encarecidamente a Milú, no quiero estropearle la boda.

—Por supuesto.

—Y ¿por qué Aimée no me advirtió de nada al enterarse del follón que me estaba montando ese chaval?

—Ni idea, yo también lo pregunté, pero Jean-Jacques no tiene una respuesta clara. Él se enteró hace dos o tres semanas y se quedó tan sorprendido como nosotros.

—Es increíble. Increíble que Jacques Garnier, al que creía un amigo, se liara con mi chica, y que ella me la colara y al final hasta le pusiera mi nombre a su hijo. Todo es una puñetera locura.

—Los dos estabais casados, estabais actuando fatal, así que la chica no era de nadie y ella simplemente habrá decidido pasárselo bien con los dos.

—Tienes razón...

—¡Chantal!

Étienne entró en la biblioteca sin llamar y abrió los brazos para saludarla, ella se le acercó y lo abrazó antes de darle dos besos.

—¿Qué hacéis aquí?. Mi suegro está fuera y mi suegra no quiere saludarlo, muy bonito todo, venid a echarme un cable. ¿Qué tal el viaje desde París, Chanty?

—Bien, casi cinco horas porque vinimos tranquilas, pero muy bien. Ya están descargando la furgó.

—Genial, vamos, yo te ayudo con eso —La cogió por el cuello para sacarla al pasillo, pero antes se detuvo y miró a su padre con atención—. ¿Estás bien, papá?

—Perfectamente, *mon pote*. Venga, preséntame a mi consuegro.

—Sal al jardín de las rosas, están todos allí, yo voy a ayudar a Chantal con la tarta y los postres. Dile a Sol que me quedo en la cocina, por favor.

—Muy bien, ahora os veo.

—Puedo sola, sal a atender a tu familia, Étienne —Ella lo detuvo, pero él negó con la cabeza frunciendo el ceño.

—No, por Dios, déjame hacer algo útil. ¿Cómo es que no ha venido Luca con vosotras?

—Le surgió algo de última hora, una lástima, porque lo esperamos demasiado y salimos más tarde de lo que pretendíamos.

—Pero ¿viene mañana? ¿no?

—Sí, encontramos un billete para el primer vuelo, llegará con tiempo de sobra para la ceremonia. ¿Qué tal lo lleváis vosotros?

—Bien, le he dicho a Sol que por una vez dejemos el curro para los demás, aunque tampoco es que nos dejen intervenir demasiado entre la *wedding planner* y mi madre, así que lo llevamos bastante bien.

—Me alegro, ella tampoco está para muchos trotes, se lo he dicho... espera... me llaman por teléfono...

Lo dejó en la entrada, donde Marie ya tenía casi todo controlado con la ayuda de los camareros del catering, le dio la espalda y entró de nuevo en la casa para responder a Luca.

—¡Hola!

—¿Ya habéis llegado?

—Sí, hace veinte minutos, ya han descargado casi todo. ¿Tú qué tal estás?

—¿Qué tal el viaje?

—Muy bien, tranquilas, tardamos un poquito más, pero el plan no era correr, lo importante era llegar con todo intacto y creo que lo hemos conseguido.

—Me alegro mucho. Yo... mira, Chantal, odio decir esto, pero...

—No vas a venir —Susurró y se apoyó contra la pared percibiendo perfectamente como se le caía el alma a los pies.

—Sabes la gran ilusión que me hacía ir a esa boda y pasar el fin de semana contigo, pero me ha surgido una emergencia de última hora y todo se ha ido al traste.

—¿Qué ha pasado?, ¿estás bien?

—Yo estoy bien, es mi hija, ella...

—¿Es grave?, ¿está bien?

—Se ha peleado con su amiga Rossana, no ha querido ir a dormir a su casa y Anouk no puede quedarse con ella.

—¿Cómo? —Se enderezó sin poder creerse lo que estaba diciendo y él bufó— ¿Cómo que no puede quedarse con ella?, ¿no sabe desde hace semanas que tienes un compromiso importante fuera de París?

—Está en Berlín y vuelve mañana después de comer, había hablado con la madre de Rossana para recoger a Chiara por la tarde, pero ahora que las niñas han discutido, pues...

—¿Estás de broma?

—Por supuesto que no.

—¿Me estás diciendo que no vienes a Saint-Malo porque tu hija de doce años ha discutido con una amiga?

—Cuando se tiene hijos las cosas cambian en cuestión de segundos.

—Supongo, pero invitarte a ti a esta boda ha dejado fuera a otras personas, como a la madrastra de Étienne, que se ha tenido que quedar en Londres, o a mi madre, que tampoco ha podido venir porque ya éramos muchos, aunque conoce a Étienne desde que nació y adora a Sol.

—Mira, lo siento mucho, soy consciente de todo eso, pero no puedo hacer nada.

—Y ¿no puedes dejarla con sus abuelos hasta mañana por la tarde?, ¿con tu secretaria?, ¿una vecina?, ¿con otra amiguita?, no sé, ¿no puedes hacer que se reconcilie con Rossana?

—No quiere quedarse con nadie más, solo conmigo, está muy disgustada con su amiga y lo cierto es que yo prefiero quedarme con ella.

—Muy bien, lo entiendo. Adiós y gracias por avisar.

Le colgó y se dio cuenta de que se le habían llenado los ojos de lágrimas. Buscó uno de los baños de esa planta, entró, se encerró y se lavó la cara intentando calmarse. Inspiró y espiró mucho rato, hasta que se recompuso, se miró en el espejo y decidió que nadie le iba a arruinar la boda, ni siquiera Luca Santoro, y muchísimo menos su hija.

13

Dejó a Chiara en la puerta del colegio y la observó correr para abrazarse con su amiga Rossana, su “amiga del alma” la llamaba ella, con la que se había reconciliado solo unas horas después de que él tuviera que llamar a Chantal para explicarle que no podía ir a Saint-Malo como tenía previsto.

Por un segundo se le contrajo el pecho, porque era consciente de que su hija había provocado aquel drama con el único fin de obligarlo a quedarse en París, y se le cayó el alma a los pies, cerró los ojos y pensó en la terapeuta familiar, que le había puesto como tarea empezar a decir no, a su hija y a su ex, porque era evidente que las dos lo manipulaban a su antojo, y mientras no lograra controlar eso no lograría retomar las riendas de su vida.

Y estaba de acuerdo, pero a veces el no ceder a un chantaje emocional acababa perjudicando a terceros, principalmente a Chiara, y por esa única razón solía ceder. Aún y a pesar de ser consciente del proceso, solía optar por la alternativa menos perjudicial para su hija, como hacía dos semanas, cuando fallar a Chantal le había costado carísimo con ella, pero había terminado siendo muy beneficioso para la niña, porque, a cambio de no obligar a Anouk a volver a casa ese mismo viernes, ella había retirado la demanda ante el juez que pretendía obligarlo a firmar la matrícula del colegio de Canadá.

Lamentablemente, así funcionaban las cosas entre ellos: tú me das, yo te doy. Él había aprendido a vivir así, era inmaduro, injusto y a veces abusivo, pero era el único lenguaje que Anouk solía entender. Ella lo había instaurado en su matrimonio desde el principio y después durante su divorcio, y había tenido que adaptarse. Se estaba hartando, pero seguía jugando a su juego si con eso conseguía proteger a Chiara. Y en esta última ocasión lo había conseguido, había logrado canjear el dichoso fin de semana a cambio de dar opciones al colegio británico, Anouk había cedido, ya habían pasado una entrevista online y Chiara estaba dentro con una beca completa.

Coser y cantar, y lo cierto es que se sentía muy feliz y satisfecho por la batalla ganada, pero sobre todo agradecido por la gran oportunidad que significaría aquello para su hija.

Respiró hondo, porque a pesar de ese triunfo había perdido muchísimo en el camino, enfiló el coche hacia la carretera y decidió ir a buscar a Chantal.

Ella no había contestado a ninguna de sus llamadas durante una semana entera, el tiempo que se había quedado en Saint-Malo, o eso le había dicho a través de un mensaje de texto: que se había tomado una semana de vacaciones y que a su vuelta a París ya buscaría un hueco para llamarlo, pero tampoco lo había hecho. Ya habían pasado dos semanas desde la boda y seguía sin ponerse en contacto con él, y no podía soportarlo más, no podía porque la echaba mucho de menos, y porque necesitaba explicarse con ella.

Sin querer pensó en sus ojos azules, su precioso pelo rubio, su piel de terciopelo, su aspecto de ángel, su cuerpo perfecto y delicioso, y esa sonrisa que era capaz de iluminar el día más oscuro, y volvió a sentirse fatal, porque haberle fallado lo había partido en dos, y el sentimiento de culpa no se lo podía quitar de encima, ni siquiera sabiendo que si había patinado con ella había sido por fuerza mayor, por el bienestar de su hija, no por voluntad propia.

—Hola, Chantal.

Entró en el invernadero de su casa y se la encontró plantando unas semillas en una bandeja

enorme, ella levantó la cabeza ligeramente y le regaló una media sonrisa.

—Buenos días.

—Giselle me ha dicho que estabas aquí y...

—Ya me iba. ¿Necesitas algo?

—Bueno, es obvio que necesitamos hablar.

—¿De qué?

—¿De qué?, de lo que pasó hace dos semanas. Llevas catorce días sin hablar conmigo.

—Eso es agua pasada, Luca, no hay nada de qué hablar.

—Entonces ¿me das un beso?, te he echado mucho de menos.

Le sonrió, pero ella se incorporó, se limpió las manos en el delantal que llevaba puesto y lo observó muy seria, con los ojos firmes y la mandíbula tensa, así que supo de inmediato que aquello de “agua pasada” no era precisamente una buena señal.

—No me apetece nada hablar de lo que pasó hace dos semanas, creo que quedó clarísimo y, afortunadamente, tu ausencia propició que mi madre pudiera ir a la boda, así que me quedo con eso, lo demás ya me es igual. Disculpa, pero tengo que marcharme.

—¿De verdad estás enfadada conmigo?, si no pude ir fue por un motivo de peso, jamás te hubiese fallado por voluntad propia, yo jamás...

—Ya pasó, en serio, tengo que irme.

Pasó por su lado como un vendaval, él estiró la mano y la sujetó por la muñeca, gesto que provocó su mirada furibunda y un tirón bastante brusco para librarse de él.

—Lo siento, pero necesito que me escuches, Chantal, solo será un segundo. Por favor.

—Vale —se cruzó de brazos y respiró hondo—, pero solo tengo unos minutos.

—Muy bien, gracias. Yo... tengo una relación muy especial con mi hija, que es una niña excepcional y muy peculiar, creo que te lo había explicado. Es muy vulnerable a nivel emocional y necesita nuestro apoyo continuo y constante; ese fin de semana lo necesitó especialmente y tuve que quedarme con ella. Siento muchísimo si arruiné nuestros planes, si te fallé, pero no lo hice por capricho o por desidia, lo hice por mi familia, que es fundamental para mí.

—Vale.

—No tuve más alternativa que quedarme, no podía acudir a nadie, su madre estaba en Suiza y a cambio de no tener que regresar corriendo, pues...

—Es igual, no necesito más explicaciones.

—Me gustas muchísimo, estoy loco por ti, pero no te voy a engañar diciendo que tengo todo el tiempo del mundo para nosotros o que cosas así no van a volver a pasar en el futuro, no lo voy a decir porque no es verdad. Chiara es mi prioridad absoluta y ella siempre condicionará mi vida.

—Muy bien. Tengo que irme, me vienen a recoger...

—¿Ya está?

—¿Qué quieres que te diga?

—Sinceramente, que lo comprendes y que podemos volver a vernos.

—Te comprendo, Luca y, precisamente porque entiendo muy bien vuestra situación prefiero no verte más. Eso de ser amigos con derecho a roce ha estado genial, pero yo soy un poco rara, llámame egoísta, pero me ha ido fatal en el pasado y estoy buscando algo más. Me caes genial y me gustas un montón, es estupendo tenerte en mi vida, pero no estoy preparada para esto, a lo mejor en otro momento de mi vida sí, pero ahora no. Ahora no necesito sentirme como me sentí hace dos semanas, ahora necesito algo más sólido, más seguro, necesito volver a confiar en las personas, así que mejor dejémoslo aquí y tan amigos como antes. ¿De acuerdo?

—Todo es cuestión de tiempo, no seas tan radical por un mal día.

—Me acabas de decir que se podrá repetir y estoy segura de que así será, y la verdad, me parece perfecto como gestionas tu vida familiar y tu paternidad, pero yo no tengo porqué entrar en el juego. Creo que tengo derecho a retirarme.

—¿Pensabas decírmelo alguna vez o bastaba con dejarme de hablar?

—Pensaba decírtelo cuando te viera y eso acabo de hacer. Mil gracias por venir, pero tengo que irme. Adiós.

Le dio la espalda y caminó hacia la cocina sacándose el delantal, él se quedó unos segundos sin poder moverse, intentando asimilar el discurso, hasta que pudo recuperar el control de sus actos y decidió seguirla, porque para él las cosas no eran así de sencillas, no todo era blanco y negro, y no pretendía tirar la toalla sin luchar un poco más.

Llegó al salón y caminó derecho hacia la puerta principal, salió al jardín y antes de dar dos pasos localizó primero el cochazo, un deportivo italiano negro y reluciente, y junto a él a un tío alto y bien vestido que la estaba esperando con los brazos abiertos.

Por un segundo no entendió nada y se quedó quieto, pero al ver cómo ella se le acercaba y lo abrazaba muy fuerte antes de darle un beso, lo tuvo clarísimo y sin querer dio un paso atrás.

—Es André De La Roche, un primo de Étienne.

Susurró a su lado Giselle y él parpadeó contemplando cómo el tipejo ese le abría la puerta y luego se despedía de ellos con la mano antes de poner en marcha su motor en línea de Alfa Romeo.

—Fue su primer amor, se encontraron en la boda *et voilà*. Siento decirlo, Luca, pero la has cagado bien.

—¿Yo? Yo no he hecho nada y si ella se ha reencontrado con un exnovio, estupendo. Me alegro por los dos. Voy a ver a mis chicos y luego me largo.

Caminó hacia la segunda planta para hablar con Vasili e intentar recuperar la calma y el amor propio, pero Giselle lo detuvo y él se giró y la miró a los ojos.

—Es un tío millonario, guapo, simpático y está loco por ella desde los catorce años, pero tú nos gustas más, Luca. No me seas capullo, no me decepciones, no la decepciones a ella y lucha por los dos. *Per l'amor di Dio!* No vas a encontrar a otra igual.

—¿André De La Roche?, no me jodas, Chantal, por Dios.

Jean-Jacques, que la estaba esperando en la puerta de su nueva casa, se puso las manos en las caderas y bufó, luego respiró hondo y le clavó los ojos negros indignado. Ella no le hizo caso, pasó por su lado y entró en el edificio tan tranquila.

—Solo es un amigo, JJ, no te pongas así.

—¿Te estás acostando con André De La Roche y me pides que no me ponga así?, ¡¿cómo coño quieres que me ponga?!

—¿Quién ha dicho que me estoy acostando con él?, solo me ha traído en coche.

—Ya, ya.

—No me estoy “acostando” con él, nos reencontramos en la boda, nos lo pasamos bien y hemos seguido quedando en París ¿Cuál es el problema?

—El problema es que tienes un gusto pésimo para los tíos, *ma chère*, parece que no aprendes nunca. Ese idiota es un capullo, y encima le van más los tíos que las tías, ¿qué quieres?, ¿llorar otra vez cuando venga a tirarme los tejos a mí?

—¡Jean-Jacques!

—Es cierto, ya lo hizo y te dejó hecha polvo.

—Madre mía.

—¿Ya no es bisexual?

—No lo sé, no se lo he preguntado, no es asunto mío porque no salgo con él, solo nos hemos visto un par de veces. Y deja ya de montar el pollo, no eres mi padre.

—Soy más que tu padre. Me cago en la puta, lo que me faltaba, tener que ver a semejante gilipollas rondándote, no sé qué haremos contigo, Chanty.

—Tengo treinta y cinco años, no tienes que hacer nada conmigo, y como sigas hablando en ese tono me voy.

—¿Lo sabe Étienne?, porque si no recuerdo mal le advirtió en varios idiomas que le iba a cortar los huevos si lo pillaba otra vez cerca de ti.

—Dejemos a Étienne en paz, ¿te parece?

Lo fulminó con la mirada, porque ya había tenido una discusión semejante con Étienne, cuando se había enterado de su “reencuentro” de los más amistoso con su primo segundo André De La Roche, y le indicó la cocina.

—¿Me vas a dar de cenar o me marchó?

—Vale, pero que sepas que estoy muy cabreado.

—Ya me he dado cuenta.

—Es increíble.

Tiró la chaqueta en un sofá y le hizo un gesto para que lo acompañara a su flamante cocina. Chantal respiró hondo y miró de reojo el precioso piso que acababa de estrenar muy cerca de su restaurante.

—La verdad es que el piso ha quedado espectacular.

—Y ¿qué ha pasado con Luca?, ¿creí que os iba bien? —Preguntó sacando los platos preparados de una nevera térmica y ella se encogió de hombros.

—Luca tiene una vida que dista mucho de la mía, tiene sus propias mochilas y es complicado

conciliarlas con las mías. Fin de la historia.

—Es perfecto para ti.

—Qué sabrás tú.

—Sé que es un hombre hecho y derecho, una buena persona, un currante íntegro y de fiar, un tipo cabal, por eso lo llevé a tu casa, porque desde el principio supe que era perfecto para ti.

—¿Qué?

—Al poco de conocerlo me dije: este tío es el ideal para Chantal, y busqué el modo de presentártelo. Lo demás surgió solo.

—Madre mía.

—Te conozco mejor que nadie, lo conozco a él y...

—Me parece que conoces muy poco de la vida de Luca, cielo, porque no creo que él sea para mí, ni para nadie en este momento. No ha superado su separación, mantiene una codependencia brutal con su ex y con su hija. No es una persona libre. En muchos sentidos es perfecto, pero lamentablemente es inalcanzable, y por mucho que me guste no es para mí, más bien todo lo contrario.

—No me lo puedo creer.

—Pues créetelo.

—Bueno, las personas divorciadas y con hijos suelen ser complicadas, tienen que conciliar demasiadas cosas, pero eso no significa que no estén preparadas para tener nuevas relaciones o sean “inalcanzables”.

—Soy una mujer divorciada, conozco a otras muchas personas divorciadas, he salido con algunos hombres divorciados y con hijos, y nunca, jamás, había conocido un caso como el de Luca.

—¿Por qué?, me ha dicho muchas veces que tiene superadísima a su ex...

—No es verdad, siguen manteniendo una relación dependiente y extraña, y lo de su hija supera todo lo demás. Es superdotada, brillante y todo lo que quieras, pero alguien debería empezar a tratarla como a una niña, a poner límites y a enseñarle que no todo el universo gira a su alrededor.

—Joder, sí que es serio, nunca te había oído hablar así de nadie, menos de una cría.

—No son palabras mías, son las de mi prima Val, la sicóloga. Ella cree que lo mejor que se puede hacer con una niña como Chiara, con cualidades extraordinarias, es darle normalidad y disciplina, como a cualquier otro niño. Enseñarle empatía y respeto por los demás, no empoderarla cada día más, sobre todo de cara a sus padres. Es especialista en la materia y supongo que tiene razón, sin embargo, Jean-Jacques, gracias a Dios, no es asunto mío. Me duele un montón, porque me encanta Luca, es increíble y creo que podría haberme enamorado de él, pero he preferido pararlo ahora a seguir metiéndome en una historia que me cuesta sobrellevar y que al final de todas maneras va a acabar fatal.

—Pues vaya que lo siento, él tío está loco por ti.

—Y yo por él, pero no es para mí.

—Nunca se sabe, acababais de empezar.

—Sí, solo fueron seis semanas, pero a él ya le habían empezado a pasar factura.

—¿Cómo que a pasar factura?

—Para empezar tenía que esconderse, verse conmigo en horario laboral, andar corriendo para cumplir con todo, haciendo malabares para pasar un rato a solas. Quería cumplir conmigo sin fallar a su hija, ni a su mujer, y eso es imposible, en algún momento tienes que elegir y nunca me

iba a tocar a mí. Le deseo lo mejor, porque es un hombre maravilloso y un padre excelente, pero yo me retiro. Creo que tengo derecho a aspirar a una relación normal, con una persona dispuesta a vivirla conmigo.

—Entiendo.

—Además, le hago un favor, créeme, no tiene tiempo para esto y no pienso convertirme en una obligación más.

—Joder, lo siento mucho, cariño.

—Gracias, pero tampoco es para tanto, solo fueron seis semanas —suspiró— ¿Podemos cambiar de tema, por favor?

—Claro.

—¿Por qué querías que viniera?, ¿qué ha pasado tan grave para no poder contármelo por teléfono?

—Me he encontrado con Camile.

—¿Camile?, ¿qué Camile?, ¿Camile Lanusse?, ¿tú Camile?

—Sí, mi Camile.

—¿En serio?, ¿cuándo?, ¿dónde?

Le acarició el brazo porque sabía perfectamente lo que esa chica había significado para él, y Jean-Jacques forzó una sonrisa y le indicó la puerta con el pulgar.

—Ayer, aquí mismo, en el portal, resulta que vive en este edificio.

—No... pero ¿no estaba en los Estados Unidos?

—Al parecer acaba de volver, pero no sé mucho más, porque en cuanto me vio se puso a la defensiva y prácticamente salió huyendo.

—Lo siento... ¿tú cómo estás?

—En un principio me alegré muchísimo de verla, hace más de seis años que no la veía, pero ahora no sé, no sé si me siento muy cómodo teniéndola tan cerca. Me costó mucho quitármela de la cabeza, me pasé dos años buscándola, Chanty.

—Lo sé, cariño.

—Igual debería volver a la buhardilla del restaurante una temporada, no estoy preparado para encontrármela con su marido en el ascensor.

—¿Está casada?

—No lo sé, son elucubraciones mías.

—¿Sabes en qué piso vive? —Se levantó de la silla y él parpadeó desconcertado—. Voy a ir a verla, era mi amiga y creo que puedo ir a saludarla.

—No, no, no quiero que se sienta acosada por ninguno de nosotros.

—No voy a acosarla, solo voy a decir hola y de paso a enterarme qué hace, con quién y cuáles son sus planes en París.

—Chantal, por favor.

—Oye, esa tía, a la que yo consideraba casi de mi familia, se largó de Francia sin despedirse y en seis años ni una mísera nota. Quiero verla y saludarla, lo hago bajo mi responsabilidad. Venga, ¿en qué piso vive?

—El portero me dijo que en el 2B.

—Genial, espera aquí, ahora vuelvo.

Salió disparada de la casa, bajó los dos tramos de escalera pensando en contenerse y no asustar a Camile Lanusse, la única novia seria de Jean-Jacques, que lo había dejado de la noche a la mañana y sin avisar, se puso delante de su puerta y tocó el timbre varias veces, pero nadie le

abrió. Apoyó la oreja en la puerta a ver si oía algo e insistió llamando un rato más sin ningún resultado.

Regresó sobre sus pasos despacio, pensando en dejarle una nota por debajo de la puerta, llegó a la planta de Jean-Jacques, levantó la cabeza y se encontró con Luca Santoro saliendo del ascensor. Él retrocedió regalándole una de sus legendarias sonrisas, y ella se detuvo en seco.

—¿Qué haces aquí?

—Pasaba a dejarle un contrato a Jean-Jacques, ¿cómo estás, Chantal?

—¡Eh, tío!, ¿era hoy?

Jean-Jacques abrió la puerta y se los quedó mirando indistintamente, Chantal lo fulminó con la mirada, pero él no le hizo caso e invitó a su amigo a entrar en la casa. Ella lo siguió refunfuñando, fijándose en lo guapo que iba con vaqueros negros y una camiseta blanca, y entró en el salón pensando en si debía quedarse o salir corriendo.

—¿Qué?, ¿qué tal ha ido, Chanty?

—No está, nadie abre la puerta. Creo que le voy a dejar una nota de bienvenida.

—No, no hagas nada, mejor déjalo correr. Luca, ¿te apetece un vino?, ¿has cenado, chaval?

—¿Qué pasa?, ¿a quién quieres dejar una nota de bienvenida? —Preguntó Luca.

—A una ex de Jean-Jacques, era amiga mía y desapareció hace seis años. Ahora resulta que vive en este edificio.

—Ah... qué casualidad.

—Sí, pero no sé si buena. Venga, siéntate un rato, Chanty y yo ya acabamos de cenar.

Lo siguiente fue pasar a hablar de temas triviales, como el trabajo, las nuevas reformas en el restaurante de Jean-Jacques, sus avances con sus viñedos, que era su tema favorito, y acabaron charlando de fútbol y de viajes, y de todo, mientras ella no podía quitar ojo a Luca Santoro, que era un tío tan varonil que le removía la lívido de una forma arrasadora, y agradable, porque era muy placentero sentir eso por un hombre, aunque hubieses decidido dejar de verlo.

—Ok, chicos, me encanta hablar con vosotros, pero debería irme —Miró la hora y se levantó de la mesa—. Voy a pedir un Uber, seguid charlando sin mí.

—No, no, yo te llevo a Belleville —Susurró Jean-Jacques buscando las llaves del coche.

—De eso nada, ya la llevo yo, que tengo el coche aparcado en la puerta e igualmente tengo que moverme. Si no te importa, Chantal.

Luca se puso de pie, le clavó los ojazos negros, le sonrió conciliador y ella pensó que, si de verdad quería normalizar la situación con él, lo mejor era comportarse de forma normal, así que asintió y cogió su bolso antes de acercarse a Jean-Jacques para abrazarlo.

—Hasta mañana, cielo, vengo a mediodía a dejarte las tartas de la semana y así te veo.

—Como quieras, pero estoy bien, no te preocupes por mí.

—Vale, adiós.

Bajó corriendo las escaleras hasta el portal, Luca la siguió en silencio y cuando llegaron a la calle le indicó el 4X4 que había aparcado en una esquina milagrosamente vacía. Ella se acercó, se subió y esperó a que él hiciera lo mismo antes de buscar sus ojos.

—No hace falta que me lleves hasta Belleville, déjame en...

—Solo es media hora de viaje —La interrumpió— y a esta hora incluso menos, no me importa llevarte a casa.

—Bueno, gracias, pero es tarde y tú igual tendrás prisa por volver a casa.

—Hoy no, ha venido mi hermano Franco con su familia a Disneyland París y Chiara se ha ido a dormir con sus primos a un hotel del parque.

—Vale, si es así, mil gracias.

—A menos que quieras venir a La República a conocer mi piso.

—No son horas.

—Depende de para qué —Le sonrió y le guiñó un ojo, Chantal sintió cómo le bajaban las defensas y movió la cabeza muerta de la risa.

—Creo que no.

—¿Estás saliendo con ese tío del Alpha Romeo?

—¿Con quién?, ¿con André?. No, es un buen amigo, pero no salgo con él.

—Entonces podrás darme un beso.

—Luca...

Se le acercó y le atrapó los labios con la boca abierta. Ella percibió su aroma delicioso, el olor de su colonia y antes de poder reaccionar ya lo estaba sujetando por la camiseta para devolver los besos con una ansiedad insólita, casi desesperada, que la hizo sentir un amago de vergüenza, pero la ignoró y se le montó encima levantándose la falda mientras él la besaba y la mordía y le atrapaba los pechos con las dos manos.

—¿Un polvo en el coche?, *che* qué romántico —Bromeó quitándole el sujetador por debajo del vestido y ella lo miró a los ojos frunciendo el ceño.

—No sé qué coño estoy haciendo, así que mejor no abras la boca.

—Schhh... *bellísima*, no sabes cuánto te deseo y cuánto te echo de menos.

—Y yo a ti.

—*Sono pazzo di te...*

La elevó por las caderas y la penetró soltando un gemido, Chantal cerró los ojos sintiéndolo dentro, caliente y tan fuerte que no hizo falta ni moverse para empezar a experimentar un primer orgasmo alucinante, inmenso, que la hizo sonreír y abrazarlo más fuerte para llegar juntos a un clímax rápido y potente, típico de un buen polvo en el coche, y acabó riéndose sobre su boca jugosa y sonriente antes de mirarlo otra vez a los ojos.

—El sexo contigo es insuperable, Luca, pero no podemos tener nada más.

—Ya veremos.

—Luca...

—*Non mi arrenderò con te, ragazza.*

15

No pienso rendirme contigo, le había dicho después de hacer el amor como adolescentes en el coche, y ella, que era generosa y adorable, había asentido y le había dado una segunda oportunidad.

La abrazó muy fuerte, hundiendo la cara en su precioso pelo rubio, y ella ronroneó y no se movió, así que él sonrió, pensando que era el tipo más afortunado del planeta por estar otra vez en su cama y en su cuarto, deslizó la mano y le acarició con suavidad la cadera, el vientre liso y el ombligo antes de subirla hasta sus pechos abundantes y turgentes; esos pechos perfectos con los que soñaba cada vez que no la tenía cerca.

—Chantal...

Susurró pegado a su oído y ella volvió a ronronear y desplazó las caderas para recibirlo dentro, afortunadamente, porque estaba erecto desde que había despertado y ya no aguantaba más, aunque habían hecho el amor prácticamente toda la noche.

—*Bellissima...*

Gimió y la tomó por detrás, con energía y sin tregua, perdiendo muy pronto el control, hasta que la puso de frente para mirar su preciosa cara y besarla, besarla hasta que se le acabó el aire y entonces ella sonrió y se acurrucó contra el cuello.

—Madre mía, Luca... Luca... ¡Luca!

Se corrieron a la par, temblando de arriba abajo, y un par de segundos antes de romper la cama, y él le despejó el pelo de la cara, la miró a los ojos y le sonrió.

—*Penso che mi sto innamorando di te, amore.*

—¿Qué?

—Nada. Buenos días —Le sonrió y le besó la nariz—. Me voy antes de que lleguen los chicos a trabajar, y además tengo que visitar a muchos clientes.

—Lo sé, corre, yo me quedo un segundito más en la cama.

—Vale.

Se puso de pie de un salto y la miró embobado, desnuda y envuelta en una sábana, tan guapa, tan perfecta que hasta dolía mirarla.

—¿Sabes que eres la chica más sexy que he conocido en toda mi vida?

—Ya me has llevado al huerto, Luca, no necesitas camelarme.

—No te estoy camelando, es la pura verdad.

—Ok, tú también estás muy bueno.

Se inclinó para darle otro beso y luego se fue canturreando al cuarto de baño, tan feliz que se sentía hasta raro, porque era una novedad sentirse tan alegre y relajado, y se metió debajo de la ducha pensando en todo lo que tenía que hacer durante el día.

Estaban terminando el mes de junio, Chiara ya estaba disfrutando de sus vacaciones antes de incorporarse al Atlantic College en agosto; se había ido a un campamento de ajedrez en Padua, dónde él la había dejado personalmente hacía una semana, y después de eso directa al Lago Como para pasar quince días con sus abuelos paternos y con su tío Marco, que tenía una casa preciosa a orillas del lago, dónde en verano recalaba toda la familia de Milán, y también la de fuera de Milán.

Sonrió, pensando en su sofisticado y rico hermano Marco, un cirujano plástico formado en los

Estados Unidos que a pesar de sus neuras y su esnobismo creciente disfrutaba muchísimo de la familia, y especialmente de sus sobrinos, y decidió en llamarlo más tarde para contarle lo de Chantal y explicarle sus intenciones vacacionales, es decir, su decisión de no ir a Como hasta el último fin de semana de Chiara en Italia, porque quería seguir aprovechando esos quince días de soledad sin niña para pasar más tiempo con su chica en París, o dónde ella quisiera.

Ojalá pudieran encerrarse esos quince días en un destino paradisiaco lejos del mundanal ruido, pensó con pesar, pero lamentablemente no era posible por culpa del trabajo de ambos, y por culpa de sus vidas llenas de compromisos, sin embargo, pretendía disfrutarlos igualmente al máximo.

Salió de la ducha, se visitó y volvió al dormitorio para despedirse de Chantal, que dormía en la misma posición en la que la había dejado. Se inclinó, le besó la cabeza y al apartarse de la cama ella lo sujetó por la muñeca.

—Luca.

—¿Qué pasa, cariño?, sigue durmiendo.

—Tengo que ir a La República a ver a mi cliente, iré antes de la hora de comer, si sigues queriendo que conozca tu piso podría pasarme y...

—Genial, me parece perfecto, tengo pasta fresca y la salsa de mi madre que me traje de Milán. ¿Comemos a la una?

—Una y media.

—Muy bien, *amore*, ahora te mando las señas por mensaje. Luego nos vemos. *Ciao*.

Bajó silbando a la cocina, preparó un café, se lo puso en el termo, cogió unos cruasanes de la encimera y se subió al coche activando el altavoz del móvil.

Aún era muy temprano, pero a los clientes les encantaba hablar con él, fuera la hora que fuera, así que se dedicó a devolver llamadas, a responderlas y luego a charlar con sus chicos que estaban en la Isla de San Luis acabando la espectacular cocina de Sol y Étienne, probablemente el proyecto más ambicioso y perfecto que había hecho en toda su vida.

Llevaba trabajando en construcción y reformas desde los doce años, porque su padre, que era uno de los contratistas más conocidos de Milán, había ido llevando uno a uno a sus hijos a la obra, y a él siempre le había encantado el trabajo. De hecho, era el único de los cinco hermanos Santoro que había seguido el negocio familiar iniciado por su abuelo después de la Segunda Guerra Mundial. Lo hacía en París por motivos familiares, pero lo había continuado, mientras en Milán su padre seguía al pie del cañón supervisando la empresa que su hermano Franco, que era arquitecto, atendía de manera superficial. Un hecho que constituía una fuente constante de conflicto dentro de la familia.

Cerró un segundo los ojos al detenerse en un semáforo del centro de París, y recordó la tremenda discusión que había mantenido con su padre y con Franco hacía una semana en Milán. Una discusión que había acabado a gritos, por supuesto.

—No sé qué coño harás en París con tu hija interna en Gales, ahora puedes a ir a verla desde aquí y luego, en sus vacaciones, traértela a Milán —Lo había increpado su padre.

—No es tan sencillo, papá, tengo una empresa que funciona de maravilla, catorce empleados contratados y muchos proyectos en marcha.

—Puedes dejar a alguien al mando y tú llevarla desde aquí.

—Tengo una vida en París y Chiara a su madre, no...

—Anouk apenas se ocupa de ella, nunca lo ha hecho, y está con un pie en Canadá. Se lo ha dicho a tu madre, que en cuanto deje a la niña en el colegio se larga con viento fresco.

—Como siempre te tocará a ti ocuparte de Chiara, hermano —había dicho Franco—, salvo que ahora puedes hacerlo desde tu hogar aquí en Italia, es absurdo que sigas manteniendo una vida en París.

—Bueno, en todo caso, eso no es asunto de nadie salvo mío.

—Nunca has querido vivir allí y aquí todos te podemos echar una mano con Chiara.

—Ya no necesito de esa mano, pero muchas gracias, de momento, me quedo en París.

—Llevamos trece años esperándote, Luca. Eres mi hijo, él único que entiende y sabe hacer mi trabajo, él único al que le puede importar nuestra empresa. Tienes que volver ahora que ya nada te retiene en Francia.

—Piensa en tu familia, hermano.

—¿En mi familia o en ti, Franco?

—No sé a qué te refieres.

—Me refiero a que nunca has tenido huevos para decir que no te interesa la empresa, que estás hasta el gorro de la familia. Dilo de una vez, no necesitas presionarme a mí para que vuelva y me haga cargo de tu trabajo.

Y ahí se había desatado la tercera guerra mundial y a punto habían estado de llegar a las manos, porque Franco era el típico gallito de pelea reprimido en un traje hecho a medida, al que su mujer controlaba con un dedo, o eso decía su propia madre, que solía lamentarse amargamente de las dos nueras que le había regalado la vida.

Sonrió sin querer pensando en su madre, a la que seguro le iba a encantar una chica trabajadora, familiar y estable como Chantal, y llegó a la Isla de San Luis dispuesto a dar el último repaso a la cocina de los Clermont-Torrenne. Una cocina de ensueño que habían diseñado ellos mismos, que era funcional y preciosa, y en la que habían invertido una verdadera fortuna.

—¡Buenos días!

Entró con su propia llave y Sol lo salió a recibir con sus ocho meses de embarazo y una gran sonrisa. Se acercó para darle un par de besos y en seguida vio aparecer por el pasillo a Étienne, su flamante marido, que se había tomado una baja parcial para no separarse de ella hasta el nacimiento del bebé.

—¿Qué tal, tío?, ¿quieres un café?

—Vale, gracias, aunque no puedo quedarme mucho rato. ¿Cómo lo llevas, Sol?

—Un poco pesada, pero lo normal, mi madre cree que el parto se me adelantará. Ya veremos.

—Bueno, ya llegados a los ocho meses cualquier cosa puede pasar.

—Eso es ¿Qué tal tu hija en Padua?

—Fenomenal, muy feliz.

—Y ¿cómo lo llevas tú?

—Yo, bien, estoy acostumbrado a que pase tiempo fuera en verano y además así puedo dedicar más tiempo a Chantal.

—Eso es estupendo —Los dos se miraron y luego le sonrieron con ternura—. No sé si sobra que diga esto, Luca, pero Chanty es como mi hermana y me gustaría que supieras que no se me ocurre nadie mejor que tú para estar con ella.

—Gracias, Étienne.

—Yo digo lo mismo.

Puntualizó Sol llevándolo a la cocina donde dos personas de la limpieza estaban repasando todos los rincones. Aceptó un *expresso* revisando la obra ya terminada y respiró hondo muy satisfecho, porque aquello era insuperable. Sacó el teléfono móvil para hacer varias fotografías,

charló un poco más con el matrimonio y luego se fue corriendo para visitar a dos clientes más antes de volar hacia La República, donde pretendía disfrutar de un par de horas de lo más calientes y divertidas con Chantal.

Habían vuelto hacía dos semanas, en total llevaban más de dos meses juntos, se conocían desde hacía cinco y nunca la había podido llevar a su casa, así que aparcó en el barrio muy ilusionado, corrió hasta su edificio, subió al piso para revisar que todo estuviera en orden y antes de los diez minutos ella estaba tocando el timbre del portal.

—Bienvenida.

Le abrió la puerta y aceptó la cajita de dulces que le traía.

—No son pasteles, ni tarta, es mousse de limón. Espero que te guste.

—Me encanta, cielo, ven aquí —estiró la mano y la abrazó muy fuerte—, pase el tiempo que pase siempre te echo de menos.

—Yo también... vaya... tienes un piso muy grande. Es muy bonito.

—Gracias, cuando lo compré tenía cuatro habitaciones enormes, lo reformamos, dejé tres y ganamos mucho espacio. Ven a la cocina, te prepararé unos deliciosos espaguetis con la salsa de la *mia mamma*.

—Me encanta que te traigas la salsa de tu madre.

—Ya, la paso de contrabando, pero vale la pena. Voy a poner el agua a hervir. ¿Quieres una copita de vino?, tengo un Barolo estupendo.

—Un poquito, gracias ¿Has probado los vinos de Jean-Jacques?

—Sí, claro, son muy buenos. Tengo pendiente ir a conocer sus viñedos. Podríamos ir juntos a Giverny el próximo fin de semana. *Merda!*

—¿Qué pasa?

—No tengo queso.

—Es igual

—No, no, espera un segundo. Voy a bajar a la tienda de la esquina, tienen un Parmesano de primera. Vigíleme el agua, por favor.

—Claro.

Pasó por su lado, le dio un beso y bajó corriendo a la tienda de delicatessen que había a dos pasos de su casa. Compró el Parmesano, volvió a correr de vuelta al edificio, no cogió el ascensor y subió los peldaños de dos en dos hasta llegar al piso, abrió la puerta y de inmediato oyó la voz de Anouk increpando a Chantal. Una Anouk que en teoría tenía que estar en Suiza con su novio Avery.

—Mira, mira, la señorita cruasán ¿Qué haces en mi casa?

—He venido a comer con Luca. ¿Y tú?

—¿Yo?, yo vivo aquí, bonita.

—No lo sabía.

—Pues deberías saberlo. Sal ahora mismo de mi cocina.

—Anouk ¿qué haces en París?

Él dio dos zancadas y la enfrentó tirando el queso sobre la isla de la cocina, ella le sonrió dejando la maleta apoyada contra la pared, y suspiró sacándose los zapatos.

—Descansar, mi vida, me doy un baño y me voy a la cama. Llévame una aspirina, por favor, tengo una migraña horrible.

—Yo me voy.

Chantal, con la cara desencajada, cogió su bolso y salió disparada hacia la puerta principal, él

saltó y la siguió hasta el rellano, estiró la mano y la sujetó por la muñeca.

—Podemos comer tranquilos, se meterá en su cuarto y...

—¿Y? —Lo observó con los ojos abiertos como platos— ¿Podremos echar un polvo con tu mujer a dos metros de distancia?

—¡No!, pero ¿qué estás diciendo?, sabes que...

—Yo no sé nada, por no saber, ni siquiera sabía que vivías con tu mujer.

—Mi exmujer.

—Da igual, seguís viviendo juntos bajo el mismo techo ¿Por qué no me lo habías contado?

—No tiene importancia, seguimos juntos por el bienestar de Chiara, ella no quiere andar de casa en casa y nosotros...

—Vale, suficiente, no quiero oír nada más —Levantó las dos manos y caminó hacia la escalera.

—¡Chantal!, no te vayas así, vamos a hablarlo.

—Adiós, Luca, y no te olvides de la aspirina para tu mujer.

Le soltó desapareciendo por la escalera, él bufó desconcertado, sin saber qué hacer, y al final decidió no presionarla y regresar sobre sus pasos. Se fue directo a la habitación de Anouk, abrió la puerta sin llamar y la increpó señalándola con el dedo.

—No sé qué coño pretendes, pero como me sigas jodiendo la vida, te la voy a empezar a joder yo a ti.

—No sé de qué me hablas.

—¿No sabes de qué te hablo?, ¿no te das cuenta de cómo actúas con Chantal? ¿Qué te crees?, ¿qué voy a soportar tu mala educación y tus desplantes el resto de mi vida?

—No he hecho nada, no es culpa mía si no le habías dicho a la señorita cruasán que aún vives conmigo.

—Mira, Anouk, si te tolero es por Chiara, pero, gracias a Dios, esto está punto de acabar. He soportado tus idioteces, tus complejos, tus impertinencias e incluso tus infidelidades y al capullo de tu novio Avery, pero no voy a tolerar que me vuelvas a faltar al respeto, menos aún que se lo faltes a mi novia. Así que cuidadito o atente a las consecuencias.

—¿Tu novia?, ¿Chiara lo sabe?, porque no creo que le haga mucha gracia.

—¿Se lo cuentas tú y así acabas el trabajo sucio?

—¿Yo?

—¿Crees que no me doy cuenta de cómo la manipulas en mi contra?, la pregunta es: ¿por qué lo haces?. ¿Te jode que sea feliz y tenga pareja? ¿Te jode por norma que el mundo sea feliz mientras tú mendigas amor a un tío lamentable y cobarde como Avery Lefebvre? ¿Qué coño te pasa, Anouk?

—No hables así de Avery.

—Nunca he hablado mal de Avery, pero a partir de ahora, como oses hablar mal de Chantal o pongas a Chiara en su contra, la veda queda abierta y la guerra será sin tregua. Ya me has hartado, Anouk.

—Soy la madre de tu hija, no te atrevas a...

—Lamento decirlo, pero menuda mierda de madre has sido, así que mejor preocúpate por mejorar y no hacer más daño a tu hija.

—Preocúpate tú por no hacer daño a tu hija, sabes que jamás aceptará que te largues con esa mujer...

—No me largo a ninguna parte, la única que se ha largado aquí has sido tú con tu jefe hace

cinco años, y todos tuvimos que tolerarlo y respetarlo. ¿Con qué cara te atreves ahora a interferir en mi vida personal? ¿Qué pasa?, ¿te preocupa que tenga otras prioridades y deje de cubrirte las espaldas?, ¿te asusta tener que asumir, por una vez, tus responsabilidades como madre? ¿Es eso?

—Vete a la mierda, Luca.

—Y una cosa más.

Se giró antes de cerrar la puerta y la observó con toda la paz del mundo, como si al fin hubiese soltado la mayor carga de su vida (que era justamente lo que acababa de hacer) y respiró hondo antes de hablar.

—El 15 de agosto llevo a Chiara a Gales, el 16 quiero que te marches de aquí. Tu presencia en mi casa ya no tiene ningún sentido.

—Este es nuestro hogar conyugal.

—Esta es MI casa, porque nunca has colaborado en pagar un solo céntimo de la hipoteca, así que se acabó, quiero que te marches. Necesito empezar a vivir mi vida con normalidad.

—Voy a llamar a mi abogada.

—Estupendo, te explicará que en el convenio de divorcio queda claro que esta propiedad es mía, teníamos separación de bienes y nunca te perteneció. Si vives aquí es porque yo lo permito, por el bien de mi hija, pero como ni siquiera te ha dado la gana de ejercer de madre y no has hecho más que fastidiarme, *arrivereci*. Se te acabó el chollo.

—¿Qué?!, ¿todo esto porque te has encoñado?, si tu madre supiera...

—¿Si mi madre supiera? ¿No le has dicho a mi madre que te querías largar a Canadá en cuanto Chiara entrara en el internado?

—Yo...

—Pues ya está, vete a Canadá tranquila, Anouk, yo me seguiré ocupando de nuestra hija, como siempre —Le sostuvo la mirada y luego le dio la espalda—. Tienes hasta el 16 de agosto para recoger tus cosas.

16

—Es una locura. ¿Quién vive con su ex tres años después de firmar un divorcio?

—Bueno, muchas parejas no se pueden permitir...

Susurró su madre, que había pasado por el taller a saludarla, y se la habían encontrado subiéndose por las paredes por culpa de la dichosa Anouk Santoro —porque seguro que encima seguía usando el apellido de Luca— y se le acercó para acariciarle el brazo.

—Muchos ex siguen conviviendo por el bien de los niños o porque la economía no les permite independizarse, no le des mayor importancia, hija.

—¿Que no le dé mayor importancia?!, creo que es para darle suficiente importancia. Es una información crucial que tienes que contar si pretendes salir con alguien. Él lo sabe todo sobre mí y yo nunca sé nada. Siempre me pillan en bragas, porque no pregunto y él no habla, y al final pasa lo que pasa.

—¿Lo has llamado?

—¡No!, no pienso hablar con ese hombre hasta que se me pase el cabreo. ¿Sabes lo altanera, sobrada y arrogante que es esa tía?, ¿tengo yo que aguantar eso?

—No, cariño, pero...

—Y tiene novio, hace cinco años se largó con su jefe, sigue con él, lo va a ver a Canadá o a Suiza constantemente y... ¿se atreve a marcar territorio conmigo? Porque eso fue lo que hizo, marcar territorio y dejar claro que Luca y su casa son suyos y de nadie más. Me trató como una puta mierda, y a mí nadie me habla así. Si vuelve a pasar, te juro por Dios que le rompo esa cara de engreída que tiene.

—¿Te preparo una tila?

—Ya me he tomado dos, gracias, mamá.

—Vale, escucha...

—Luca es un tío de cuarenta y cuatro años, su hija acaba de cumplir los trece, lleva separado una eternidad, no entiendo que siga manteniendo esa relación y en su propia casa.

—Cada uno sabe dónde le aprieta el zapato, Chanty, no seas tan dura con él.

—No sería tan dura si se comunicara conmigo, si me mantuviera al tanto de su vida y sus historias. No es justo que me deje en babia y luego tenga que comerme yo sola estos marrones.

—Vale, pues díselo.

—Se lo diré, algún día se lo diré, ahora solo quiero ahorcarlo, a él y a su señora esposa, que es más mala que un dolor, solo hay que verla.

—Hija...

—Te lo juro, si supieras cómo es, es... en fin... suele pasar, las personas más egoístas son a las que más se les aguanta todo... es matemático —suspiró— ¿Te quedas a merendar?, voy a trabajar un rato, quería descansar, pero mejor mantengo la mente y las manos ocupadas.

—Venga, ponme un café. Vamos.

Entraron en la trastienda y se fue a buscar unos cafés pensando en el mal rato que había pasado hacía solo una hora en el piso de Luca, porque había sido muy heavy que la mujer de tu amante, o su exmujer, o lo que fuera, te pillara en su cocina y te hiciera sentir como una intrusa apestosa.

La tía, que todo lo que tenía de guapa lo tenía de maleducada, había entrado en la casa y se la había quedado mirando con tal desprecio que la había paralizado en su sitio. Le había costado

reaccionar, porque lo último que se le podría haber pasado por la cabeza era encontrársela allí, y se había quedado muda, claro, pero solo hasta que ella había hablado expresándose como la madrastra de Cenicienta y le había tocado contestar.

Afortunadamente, Luca había aparecido justo a tiempo y había evitado el desastre, porque cinco minutos más a solas y habrían acabado por los pelos, estaba segura, porque ella no era la más delicada de las criaturas, y, desde luego, Anouk tampoco.

La primera vez que se habían visto en el despacho de Luca ya había dejado bien clara su postura, ya había marcado territorio sin ningún derecho, y en su casa, que era donde vivía sin que ella lo supiera, había ido a saco, solo le había faltado largarla a la calle. En realidad, no le había dado tiempo, pero seguro que esas eran sus intenciones, y en el fondo no podía entender por qué.

¿Por qué, si había sido ella la que se había ido con otra persona, continuaba allí ejerciendo sus derechos sobre Luca y su casa?, ¿por qué si estaban divorciados?, ¿cuál era el problema?, ¿qué había detrás de esa vida en común tan peculiar? Y, lo más importante, ¿por qué él lo toleraba?

Muchas preguntas sin resolver que no sabía si quería hacer porque, total, ellos no eran una pareja estable, ni con futuro. Solo eran amigos con derecho a roce y ninguno de los dos tenía derecho a preguntar ni a exigir explicaciones.

Si él no quería hablar claro con ella sobre su ex, su casa o sus acuerdos, no podía presionarlo y obligarlo a abrir su corazón, ya bastante presión tenía el pobre con esa mujer y con su hija, que por un segundo había visto reflejada en su madre, como para encima pretender que se explicara con ella.

Ellos sabrían cómo vivían y se organizaban, y no iba a ser ella, que estaba de paso y acababa de conocer a Luca Santoro, la que pidiera explicaciones.

—Chantal.

Oyó su voz grave y varonil por la espalda, levantó la cabeza y miró a su madre, le dio más fuerza a la masa de los cruasanes que estaba haciendo, y luego se giró para mirarlo a los ojos.

—Hola, Luca, te presento a mi madre, Claire.

—Encantado, señora Durand.

—Encantada de conocerte, Luca, ¿cómo estás?

—Muy bien, gracias. No quisiera interrumpir, pero... ¿Chantal podemos hablar un segundo?

—Habla, tengo trabajo que sacar y mi madre es de confianza.

—A solas, por favor.

—Por supuesto.

Dijo su madre y le hizo un gesto para que se lo llevara a la tienda. Ella bufó, pero, para no empeorar las cosas obedeció, se limpió las manos y le hizo un gesto para que la siguiera; salieron de la cocina, se le puso delante y le prestó atención poniéndose las manos en las caderas.

—No vengo a pelearme contigo, Chantal.

—Yo tampoco quiero pelearme contigo.

—Siento muchísimo que te hayas encontrado con Anouk, no estaba previsto que estuviera en París y...

—Si hubiese sabido que vivías con ella jamás hubiese subido a tu piso ¿lo sabes?

—Lo sé, y siento no habértelo contado, pero es que la mayor parte del tiempo intento no pensar en mis circunstancias familiares. Lo tengo completamente aislado en el fondo de mi mente y no suelo hablar de eso con nadie.

—Conmigo tendrías que haberlo hablado.

—Ahora lo sé y lo siento mucho.

—Vale.

—Ella vive en mi piso porque pensé que era lo mejor para Chiara. Tener a la niña de casa en casa según determinara un juez me parecía absurdo pudiendo compartir un apartamento tan grande y... bueno... no había supuesto ningún problema hasta hoy, porque en realidad eres la primera chica a la que invito a mi casa. Sin embargo, te doy mi palabra de honor, no volverá a pasar, le he pedido que se mude en cuanto Chiara se marche al internado.

—Mira, yo...

—La pura verdad es que es una madre bastante negligente, esto jamás lo diría en público, pero tú tienes que saberlo. Todo el peso de la crianza de Chiara ha recaído en mí siempre, soy yo quién resuelve problemas y apaga fuegos, quién la cuida, y por esa razón también he preferido que vivamos bajo el mismo techo. No hubiese estado muy tranquilo dejando a mi hija bajo su total responsabilidad durante quince días al mes, que era lo que había determinado el juez. Este trato ha sido cómodo para ella, para mí y para nuestra hija durante años, pero ya se ha acabado. No pienso arriesgarme a perderte por su presencia en mi vida y creo que ha llegado el momento de que siga su camino en Canadá o donde sea, pero bien lejos de nosotros.

—Luca, escucha, no quiero que hagas nada por mí, entiendo perfectamente tus circunstancias y no voy a ser yo la que te exija cambiar tu vida o vuestra dinámica familiar. Tú tienes mucho más que perder que yo y jamás, jamás, permitiría que nuestra relación se convierta en un problema para ti o para tu ex y mucho menos para tu hija.

—Ellas no entran en esta ecuación, Chantal, se trata de ti y de mí, y para mí tú jamás serás un problema, todo lo contrario, tú eres lo mejor que me ha pasado en mucho tiempo.

—Tú también eres muy importante para mí, pero...

—Lo único que necesito saber es si estamos los dos en el mismo barco.

—¿A qué te refieres?

—¿Crees que podemos dejarnos de chorradas y medias tintas y empezar de una vez por todas una relación seria y estable?

—Bueno, yo...

—Sé que vengo con muchas cargas y que tengo una existencia algo complicada, pero podré conciliarla contigo. Podremos lograrlo si me dices que lo intentarás conmigo.

—Y ¿qué pasa con tu hija?, ¿crees que ella aceptará que tú...?

—Tendrá que aceptarlo, lo hablaré con ella y avanzaremos juntos. No puedo prometer que todo será perfecto y maravilloso desde el principio, pero conozco a Chiara y estoy seguro de que irá bien. Sé que puede comprender y aceptar que su padre también necesita ser feliz. Ella no me preocupa, lo que me preocupa en este momento es saber si tú te quedarás conmigo.

—Ya estoy contigo —Miró sus ojazos negros y quiso acercarse y abrazarlo, pero él sonrió y dio un paso atrás.

—Tengo cuarenta y cuatro años, necesito algo más que unos encuentros sexuales esporádicos, por muy excepcionales que sean —sonrió—. Estoy dispuesto a hacerte feliz, Chantal, porque estoy seguro de que lo mejor que podemos hacer es intentar construir algo juntos. ¿Te apuntas?

—Madre mía... —Se le llenaron los ojos de lágrimas, porque le pareció precioso que dijera eso y respiró hondo—. Me apunto a vivir el día a día y ya veremos.

—¿Ya veremos?, ¿no quieres ser mi novia?, ¿no te quieres comprometer conmigo?

—¿Compromiso?, los dos ya hemos pasado por ahí, no necesitamos...

—Yo lo necesito.

—¿Por qué?

—Porque me he enamorado de ti.

—¡Chantal!

Su madre los interrumpió sin piedad y ella dio un paso atrás con el pulso a cien, no muy segura de si había oído bien lo que había oído, y tragó saliva enganchada en los ojos oscuros y honestos de Luca, hasta que sintió la mano de su madre en el brazo y no le quedó más remedio que prestarle atención.

—¡Chanty!

—¿Qué pasa, mamá?

—Ha llamado Étienne, Sol se ha puesto de parto, ha roto aguas, ya están en la clínica y te pide que vayas, su suegra tardará aún unas horas en llegar a París.

—¿En serio?, pero si aún le faltan tres semanas.

—De ahí la urgencia. Vamos, te llevo en coche.

Se sacó el mandil y miró a Luca, que estaba sonriendo con esa sonrisa hermosa que tenía, hizo amago de hablar, pero él se acercó y le dio un beso en la frente.

—Tranquila. Vete, luego te llamo y seguimos charlando.

—Étienne...

Acarició la espalda de su amigo y él abrió un ojo, se sentó mejor y fijó la vista en la incubadora donde estaba su bebé, un niño precioso que había nacido solo seis horas después de que su madre se pusiera de parto.

Le sonrió y luego se asomó para contemplar al pequeñajo, que era precioso y rubito, igual que su padre.

—¿Cómo está Sol?

—Sigue durmiendo, no te preocupes, su madre y la tuya están con ella.

—Ahora voy a verla, no quería dejar al bebé solo. Acabo de hablar con la pediatra.

—¿Qué ha dicho?

—Que gracias a Dios está perfecto y que mañana, si a Sol le dan el alta, nos podremos ir los tres a casa.

—Estupendo.

—Tres kilos cuatrocientos es más que suficiente y lo demás perímetros están en percentiles normales. No hay de qué preocuparse, me ha repetido, pero a mí me angustia verlo aquí —Se levantó y se le puso al lado—. Es tan pequeñito.

—Es un querubín precioso. Qué suerte tienes, Étienne.

—La verdad es que sí, y Sol se ha portado como una campeona, es increíble.

—Es una guerrera y en el parto no iba a ser menos.

—Se ha pasado el director de la clínica para felicitar me y decirme que es la primera madre, en años, que rechaza la epidural. Ya le expliqué que mi mujer está hecha de otra pasta.

—Ya te digo. ¿Estás bien? —Lo miró con atención y luego la hora—. ¿Bajamos a cenar?

—¿En una cafetería de hospital?, no, gracias.

—No seas capullo, la cocina la lleva Amada Moreau, la conozco bien y me consta que está todo buenísimo. Vamos, llevas unas doce horas en tensión, relájate un poco, el bebé está perfectamente atendido y no te hace ni caso.

—Eso es verdad, vamos.

Miraron al niño un segundo más, él la agarró por el cuello y la sacó al pasillo para coger el ascensor y bajar a la cafetería de esa clínica donde Sol había dado a luz hacía cuatro horas. Un sitio que más parecía un hotel que un hospital, y donde todo el mundo los trataba con actitud reverencial, no en vano, lo habían elegido para traer al mundo al primer nieto de la aristócrata y filántropa Geneviève De La Roche, de casada Clermont-Tonnerre, que donaba cada año ingentes cantidades de dinero a su departamento de oncología pediátrica, como hacía con otros tantos centros hospitalarios de Francia.

—¿Ya habéis decidido el nombre?, tiene cuatro horas y le seguimos llamando bebé.

—Creo que sí, Sol está muy segura, pero...

—Señor Clermont-Tonnerre, disculpe, me llamo Fabianne Simon —Los interceptó una mujer madura muy elegante y los dos se detuvieron y la miraron entornando los ojos—. Disculpe, soy la directora de las relaciones públicas de la clínica. Lo primero, enhorabuena por su hijo. Todos estamos muy honrados de tenerlos aquí, y lo segundo, tenemos a la prensa encima preguntando por el nacimiento del bebé. La secretaria de su madre me ha pedido que haga un comunicado

oficial en nombre de la clínica, pero no pienso hacer nada sin su autorización expresa.

—Muchas gracias. No haremos nada, mi esposa y yo no estamos interesados en hacer público el nacimiento de nuestro hijo.

—Perfecto, muchas gracias.

—Gracias a usted por consultarlo conmigo. Adiós.

—Vaya por Dios, ya es famoso y ni siquiera ha cumplido un día de vida —Bromeó Chantal y Étienne bufó, entrando con ella a la cafetería vacía a esas horas no la noche.

—Si por mi madre fuera mandaría una foto a los periódicos.

—Es una abuela orgullosa, por cierto, he hablado con tu padre hace una hora. Al fin había conseguido vuelo desde Nueva York. Ahora mismo debe estar volando hacia aquí.

—Vale, la verdad es que, a menos mejor, ya recibiremos a todo el mundo en casa.

—También he avisado a Jean-Jacques.

—No hacía falta, pero gracias.

—¿Cómo que no hacía falta?. Se ha alegrado mucho por vosotros.

—Vale.

—Étienne...

Observó cómo se pedía un café y unas tostadas, y ella lo imitó y pidió lo mismo, se lo sirvieron de inmediato y ambos cogieron sus respectivas bandejas para sentarse en una mesa junto una ventana.

—Debí haber encargado al Saint-Malo algo de cena, seguro que Sol se despierta con hambre.

—Bueno, ya veremos, es la una y media de la madrugada, dudo mucho que le apetezca comer. Mañana le traeré algo especial para el desayuno.

—No está nada mal —Bebió el café, mordisqueó una tostada y la miró a los ojos— ¿Qué?

—¿Pasaría algo si Jean-Jacques quiere venir a conocer al peque?

—¿Crees que vendría?

—No lo sé, pero...

—No fuerces las cosas, Chanty, deja ya de empeñarte en imposibles.

—No voy a tirar la toalla hasta que volváis a ser amigos. Ambos sois mi familia, mis hermanos, y no pienso pasarme el resto de la vida viéndoos por separado. Tal vez el nacimiento de tu hijo obre el milagro y podáis hablar.

—Eso no pasará.

—Si no se intenta, pues...

—Lo he intentado todo, Chantal, tú eres testigo. Le pedí perdón, fui a buscarlo, mandé mensajes con mis excusas y nada.

—Lo sé, pero...

—También me debe una disculpa y no se la he pedido nunca.

—Es verdad, pero él no es como tú, o como yo, a él la herida le sigue doliendo. Os dijisteis cosas muy duras.

—Yo solo me defendí.

—Lo que le dijiste no solo le afectó a él, también afectó a su familia, a su padre, su orgullo, no sé...

—No sabía que su padre les había ocultado que mi familia había pagado su educación, si lo hubiese sabido jamás lo hubiese mencionado. No pretendía sacarle en cara nada, solo quería que entendiera que sus sueños no eran exclusivos, que también eran los míos, y que los dos habíamos tenido las mismas oportunidades, aunque me atacara diciendo que yo era rico, que siempre había

jugado con ventaja y que le había robado sus ideas por puro capricho.

Lo observó con calma y supuso que no era el momento ni el lugar para recordar aquella pelea que había mandado al traste toda una vida de amistad. Estiró la mano y le acarició el brazo, él subió los ojos claros y ella le sonrió.

—Lo siento, es un día muy feliz, no quería remover las cosas.

—Nunca le he robado nada, Chantal, ni sus ideas, ni sus sueños, el Saint-Malo era un proyecto de ambos. Además del dinero, puse el mismo esfuerzo, y el mismo empeño que él, nunca pretendí quedarme con nada, ni hacerle sombra, y si de verdad me conociera lo sabría. Así que menos dramas y pasemos página, que somos adultos.

—Tienes razón.

—Vale. Hablemos de otra cosa, ¿qué tal con Luca?

—¿Luca? —susurró y sin querer sonrió.

—¿Qué?, ¿qué tal os va?

—Bueno, poco a poco, pero hoy me ha dicho que quiere ir más en serio.

—Genial, es un tío cojonudo, Chanty, no lo dejes escapar.

—Es un tío estupendo, pero también tiene una mochila muy pesada y no las tengo todas conmigo. No quiero volver a equivocarme.

—¿Mochila pesada?, ¿su hija?

—Su hija está claro que no quiere a nadie cerca de su padre y que yo le caigo fatal.

—¿Tú le caes fatal?, eso es porque no te conoce.

—No sé, pero tampoco pretendo ganármela o ser su amiga, no soy idiota, no pienso inmiscuirme en su relación, comprendo perfectamente lo unidos que están. Lo que me preocupa es que Luca no pueda combinarlo todo sin morir en el intento, él está decidido a conciliar su vida familiar conmigo, pero... no sé, Étienne, también tiene una ex muy presente. La pregunta es: ¿estoy preparada yo para volver a jugármela por alguien? ¿Podré integrarme en su vida sin afectarlo a él ni afectarme a mí? Sabes que si me entrego será al 200% y no quiero salir escaldada. Ya tengo treinta y cinco años y me he vuelto más cautelosa, y también más egoísta.

—Tú no has sido egoísta en tu vida, cielo, y la cautela es normal después de tu experiencia matrimonial. Mi opinión es que si hay alguien que puede con esa mochila y con mucho más eres tú. La cuestión es si crees que Luca lo vale.

—Claro que lo vale, es la mejor persona que he conocido en muchos años, de hecho, su compromiso con la familia, con su hija, lo honra. Admiro que sea así y me encanta en muchos aspectos, me gusta muchísimo y me siento segura y muy a gusto con él, pero...

—Ningún pero, nada te ha detenido nunca tratándose de lo que sientes, que nada te detenga ahora. Luca lo vale, todos los sabemos, y es una suerte que haya aparecido en tu vida.

—Lo sé, pero...

—Tampoco tienes que casarte mañana, no pienses en el futuro, solo vívelo, Chanty, te lo mereces.

Sonrió y Étienne le sujetó la mano y se la besó. De pronto todo se aclaró en su cabeza, la maraña se despejó y quiso levantarse y correr a buscar a Luca, pero antes de poder hacer nada el móvil su amigo sonó y él se puso de pie contestando a Sol.

—*Ma chérie, amour.* Estoy en la cafetería con Chantal, voy subiendo. ¿Estás bien?... ¿en serio?... voy...

—¿Qué ha pasado?

—La pediatra le ha llevado al bebé, dice que no hace falta que siga en la incubadora.

—¡Ay qué bien!, vamos, vamos.

Corrieron por el *hall* y subieron las escaleras a pie, llegaron a la suite donde estaba Sol con su madre y su suegra, entraron sin llamar y se la encontraron sentada en la cama con su preciosísimo hijo en brazos, dispuesta a darle el pecho. Étienne dio dos zancadas y se le acercó para darle un beso en la boca antes de acariciar la cabecita rubia del pequeño.

—¿Va a comer?

—Sí, es lo mejor para ambos —explicó la pediatra, que estaba a los pies de la cama con una enfermera—. Ya ha mamado un poco en el paritorio y vamos a probar otra vez. Vamos, mamá, inténtalo.

—Hola, Étienne, mi vida ¿quieres comer un poquito?

Susurró ella poniéndoselo al pecho y las dos abuelas se le acercaron con cara de pregunta.

—¿Étienne?, ¿se va a llamar Étienne?

—Sí, tiene carita de Étienne y es un nombre precioso ¿Verdad, mi amor? —Miró a su marido y él asintió.

—Tú tenías la última palabra, *ma chérie*.

—Decidido, pues, se llama Étienne —miró a su suegra y le sonrió—. No llores, Geneviève, por favor, que me vas a hacer llorar a mí.

—Es que... ya sabes lo importante que es para mí... mi padre estaría tan orgulloso...

—Lo sé, ay... —se quejó un poco—, santa madre de Dios, se coge con mucha fuerza.

—Esa es buena señal. ¿Qué tal si dejamos a los papás y al bebé a solas? —Apuntó la enfermera—. Es su primera vez y necesitan espacio.

—Claro.

Salió con las abuelas al pasillo y miró la hora, las dos de la mañana. Era tardísimo, llevaba todo el día ahí y decidió irse a casa para descansar un poco. Se despidió de las dos, que se habían hecho muy amigas, aunque ninguna hablaba muy bien el idioma de la otra, pidió un Uber y mandó un mensaje a Luca.

No pretendía despertarlo, solo quería contarle las novedades y ponerlo al día sobre el pequeño Étienne, pero antes de llegar a la calle él la estaba llamando y le respondió con una sonrisa.

—Hola, disculpa si te he despertado.

—No pasa nada, estaba leyendo, me había desvelado. ¿Así que va todo bien?

—Sí, Sol estupenda, la he dejado dando el pecho al niño, que ha pasado cuatro horas en la incubadora, pero ya se lo han entregado. Con suerte mañana mismo se van a casa.

—Me alegro muchísimo.

—Se llamará como el padre y es igualito a él.

—Será un chico guapo entonces.

—Sí, de tal palo tal astilla.

—¿Tú cómo estás?

—Bien, ha sido estupendo poder estar aquí con ellos, pero ahora me voy a casa a dormir un poco, así podré volver mañana temprano.

—¿Cómo te vas a casa?

—Acabo de pedir un Uber.

—Anúlalo, voy a buscarte y yo te llevo a Belleville, estoy a diez minutos de la clínica.

—No hace falta.

—¿Qué no hace falta?, ya estoy saliendo.

—Luca...

—¿Qué?

—He estado pensando y... me apunto a todo contigo, creo que yo también me he enamorado de ti.

Dos meses después

Milán. Italia.

—*Santo Dio! è meraviglioso!*

Exclamó su madre y Luca dejó lo que estaba haciendo para asomarse a la cocina y observar cómo Chantal recibía aplausos haciendo una reverencia.

Su padre, su madre y su hermano Marco parecían alucinados con el resultado de su Tiramisú (la tarta más famosa de Italia y la especialidad más preciada de Milán) y se echó a reír, se acercó y la abrazó por la espalda.

—Os dije que era una artista.

—Ya, pero un Tiramisú en Milán es una apuesta arriesgada y lo ha bordado. Enhorabuena, *bellissima* —Sentenció su hermano sirviéndose una porción enorme—. La tuya es la mejor, *mamma*, pero esta es inmejorable.

—Esta es mucho mejor que la mía. Vamos, sentaos, os voy a poner un poco a todos.

—A mí no, ahora vuelvo y ya me sirvo yo, tengo una videollamada pendiente. Enhorabuena, *amore*.

Besó a Chantal en la boca y la dejó con su familia, en la cocina, donde se llevaba ganando a sus padres una semana entera, porque todos estaban entusiasmados con ella y con lo bien que cocinaba.

A su madre le daba igual que fuera una chef graduada en Le Cordon Bleu y con un máster de repostería en Suiza, para ella Chantal solo era una gran cocinera, una con instinto y que guisaba con cariño. Una chica perfecta para su hijo, que había sufrido tanto, decía, y por eso, superadas las precauciones iniciales, le había abierto los brazos y prácticamente la había adoptado, algo que él agradecía especialmente, porque a Anouk nunca le había hecho el menor caso.

Anouk, pensó, sentándose frente al ordenador para esperar la videollamada con Chiara, y se pasó la mano por la cara.

Le había costado una barbaridad que dejara el piso de La República, incluso había tenido que pedir un requerimiento judicial para que se marchara, algo que jamás hubiese querido hacer, pero había sido imprescindible para que se tomara en serio su “desalojo”, y solo así, con un apremio judicial, había aceptado lo inevitable y se había ido.

Lo primero que había hecho había sido mudarse a casa de sus padres, sus exsuegros, que a él le habían retirado la palabra, y lo segundo mudarse a Suiza con Avery, que estaba en Ginebra con un nuevo puesto de trabajo y donde podían vivir solos y a su aire, porque él había dejado a su familia en Quebec.

Aún no tenía ni idea de si pensaban quedarse allí para siempre o si vivirían a caballo entre Canadá y Suiza, afortunadamente, ya no era de su incumbencia, solo le preocupaba mantenerla informada de los avances de Chiara en el colegio y de las visitas que podían hacer al internado, que no eran muchas, porque ella apenas se preocupaba de la agenda de su hija, o de las tutorías con sus profesores, o de lo que estaba pasado, así que, aún a riesgo de parecer pesado, le mandaba todos los enlaces, los avisos y las circulares del colegio. Un colegio, por lo demás, ideal

y de ensueño para Chiara, que estaba en su elemento, integrada y muy feliz.

La había dejado en Gales el 15 de agosto y se había quedado tres días más cerca del Atlantic College, así había podido conocer a todos sus profesores, a sus nuevos compañeros, al psicólogo del colegio, a los jefes de estudio y al director. Habían compartido jornadas abiertas y varias actividades en grupo, hasta que habían aconsejado a los padres volver a casa, porque era contraproducente estar encima de unos niños que a partir de ese momento iban a vivir internos y casi aislados.

Por supuesto, todo eso lo había hecho él solo con Chiara, porque Anouk no había querido ir, y a Chantal no la había podido incluir en sus planes, aún no, o tal vez nunca podría, porque Chiara se había agarrado un berrinche del quince cuando le había hablado de ella como de su pareja.

—Es fea y vieja —Le había dicho en París, cuando la había invitado a cenar a su restaurante favorito para hablar tranquilamente antes de viajar juntos al Reino Unido—. Al menos los padres de mis amigas se buscan novias jóvenes y guapas cuando abandonan a sus mujeres.

—No estoy abandonando a nadie, tu madre y yo llevamos más de cinco años separados y tres divorciados.

—Sigue siendo vieja y fea.

—¿Tú no eras feminista y contraria a los estereotipos que cosifican a las mujeres?

—Sí, pero ahora estamos solos y doy mi opinión sincera. Ya que tienes novia, al menos podrías haberte buscado a una barbie de esas que te tiran los tejos en todas partes.

—Tiene treinta y cinco años, diez menos que yo, es preciosa, inteligente, una persona maravillosa y la quiero.

—¿Inteligente?, ¿no se gana la vida haciendo pasteles?

—Como yo reformando casas y tu madre sirviendo comidas en los aviones —Había contestado empezando a enfadarse—. Al menos, si quieres argumentar, argumenta con algo de lógica, Chiara, porque si sigues por ese camino me vas a acabar cabreando de verdad.

—¿Por qué no te vas a vivir a Milán ahora que mamá se ha ido a Suiza?

—¿A qué viene eso?

—Creo que deberías volver a Italia, ya que no vivirás ni con mamá ni conmigo en París. Los abuelos te necesitan, la *nonna* siempre lo dice.

—Vaya donde vaya, que no es asunto tuyo, seguiré con Chantal, así que no gastes saliva.

—Entonces yo no iré a verte.

—Madre mía, hija, a veces te conviertes en una niña insufrible.

—No soy una niña, tengo trece años y tengo derecho a...

—Tienes derecho a todo, ese es el problema, que te he dado derecho a todo, incluso a opinar sobre mi vida privada, cosa que no pienso tolerar más. Solo te estoy contando que después de muchos años separado de tu madre me he enamorado, tengo novia y ella estará presente en nuestra vida te guste o no.

—En mi vida no tiene por qué estar presente, no tengo por qué verla, menos ahora que me voy a Gales.

—A ella no, pero a Avery sí, ¿por qué?

—Es majó y es el novio de mamá, eso me da más igual.

—Y ¿no te da más igual que yo quiera ser feliz?

—Si tú lo dices, haz lo que quieras.

—Por supuesto, no estoy pidiendo tu autorización, solo te estoy contando algo bueno que estoy viviendo.

—Mientras no la metas en mi casa.

—A MI casa puedo invitar a quién me dé la gana, Chiara.

—Vale, pero me voy a cabrear y no te gusta verme cabreada. Igual no vuelvo a hablarte nunca más.

—Pensé que ibas a mostrarte amable y comprensiva, como sueles ser habitualmente con todo el mundo, pero ya que no lo eres conmigo y creo que te importa muy poco lo que yo siento, dejémoslo estar.

—Ya me lo decía la abuela Brigitte, que en cuanto me quitaras de en medio te irías con cualquiera.

—Yo no te estoy quitando de en medio, de hecho, has sido tú la que se ha querido ir a estudiar a un internado fuera de Francia. Tu abuela es muy mezquina, y muy injusta diciendo eso, teniendo en cuenta, además, que llevo dedicado a ti en exclusiva desde que naciste. Yo te quiero, hija, eres lo más importante de mi vida y lo serás siempre, aunque me enamore y quiera compartir mi vida con otra persona. A lo mejor ahora no lo entiendes, pero espero que algún día te alegres por mí.

—Bla, bla, todos los padres decís lo mismo y luego hacéis lo que os viene en gana.

—¿Sabes qué?, fin de la charla, es imposible hablar contigo.

Y ahí había acabado la conversación, y a él se le había roto el alma, porque descubrir lo egoísta y dictadora que podía llegar a ser su hija, a la que había criado con todo el amor, los buenos principios, las oportunidades, los caprichos y la dedicación de la que había sido capaz, lo había devastado. Lo había hecho polvo, y se había pasado muchos días tocado y preocupado, aunque finalmente la terapeuta familiar le había aconsejado ignorar la pataleta, confiar en que la niña recapacitara y madurara lo sucedido, y pudieran pasar página para volver a vivir en paz.

De eso ya había pasado más de un mes, habían viajado juntos a Gales, la había dejado en su maravilloso colegio de lujo, y había regresado a París para recuperar su vida y pasar más tiempo con Chantal, con la que prácticamente se había instalado a vivir en Belleville.

Al fin le habían terminado la obra, la casa había quedado preciosa, Giselle se había marchado a Roma para pasar el verano haciendo prácticas en un hospital italiano, y él había empezado poco a poco a llevar sus cosas allí, a quedarse a dormir a diario, y casi sin darse cuenta habían empezado a mantener una relación estable y serena, con mucha naturalidad y sin dramas, ni discusiones, ni tensiones, ni presiones. A los cuarenta y cinco años recién cumplidos al fin estaba viviendo sin sentirse continuamente obligado a satisfacer los deseos y las necesidades de los demás, y todo era gracias a Chantal que, como le había dicho Jean-Jacques Garnier una vez, era la persona más generosa del planeta, y no solo en lo material, sino en lo más importante: el amor, el cariño y el respeto.

Gracias al cielo, a los milagros y a los amigos como Jean-Jacques, que había actuado como Cupido propiciando que se conocieran, él, por primera vez en muchísimo tiempo, se podía considerar un hombre feliz y enamorado, el más afortunado de los mortales cada vez que se despertaba junto a ella, cada vez que la miraba, la escuchaba o le hacía el amor.

Ambos estaban en la gloria, todo su entorno lo notaba, vivían como en una nube haciendo planes de futuro y hablando de un “nosotros”, y por eso la quería cada día más, y por eso también la había invitado de vacaciones a Milán, para que su familia y sus amigos la conocieran y fueran testigo de su felicidad.

—Papá...

—*Ciao, tesoro. ¿Qué te pasa?*

Respondió la llamada a Chiara y se puso tenso de inmediato al verla llorando a borbotones.

—*¿Qué ocurre?, ¿estás bien?, ¡Chiara!*

—*Es mamá...*

—*¿Qué le pasa a tu madre?, ¿no se ha presentado a recogerte?*

—*Sí, pero, pero...*

—*¡¡Qué?!!*

—*Dice que va a tener un bebé.*

—*¿Está embarazada?*

Frunció el ceño un poco extrañado, porque Anouk había jurado que nunca más pasaría por un embarazo y mucho menos por un parto, de ahí que jamás hubiesen podido aumentar la familia, y Chiara negó con la cabeza.

—*Aún no, pero se está haciendo un tratamiento de esos de fertilidad, dice que tiene cuarenta y cuatro años y que es su última oportunidad para tener un bebé...*

—*Bueno, todo puede pasar, pero está en su derecho a querer tener otro hijo.*

—*Es que...*

—*No llores, ¿qué te preocupa, cariño?*

—*Al final os vais a olvidar los dos de mí.*

—*Nadie se va a olvidar de ti, eso es imposible* —Le sonrió, pero ella lo miró hecha un mar de lágrimas.

—*Me ha dicho que tú seguro que haces lo mismo con tu novia y que tengo que ir acostumbrándome.*

—*Chiara...*

—*Todas mis amigas con hermanastros acaban más solas que la una.*

—*Eso es mentira, tesoro, es...*

—*Te echo de menos, quiero verte, papá.*

—*Yo también te echo mucho de menos, cariño.*

—*¿No puedes venir a verme ahora?*

—*Voy el próximo viernes, antes no me dejarán verte.*

—*Sí te dejarán, hay padres que vienen a buscar a sus hijos para cenar o comer o...*

—*Tengo billete para el viernes, a las dos de la tarde te recogeré y pasaremos el finde en Cardiff, será estupendo.*

—*Vale... ¿tú vas a tener un bebé?*

—*Hija, mira...*

—*Me lo dirías ¿verdad?* —Le clavó los ojos desolados y él sintió cómo se le partía el alma.

—*Por supuesto que te lo diría, pero eso no va a pasar, así que no te preocupes.*

—*¿Estás seguro?*

—*Claro que estoy seguro, yo ya fui padre, te tuve a ti, me siento el hombre más afortunado del mundo por tenerte en mi vida y no necesito ni quiero más hijos. Tú siempre serás mi único bebé, Chiara, te lo prometo.*

—*Vale, voy a colgar, tenemos un torneo de ajedrez en diez minutos* —Le sonrió y le tiró un beso.

—*Te quiero, tesoro...*

Cerró el portátil, se giró y se encontró con sus padres, Marco y Chantal quietos y en silencio. Los cuatro estaban observándolo con cara de circunstancia, sobre todo su madre, pero él les

sonrió y Chantal, que parecía más seria de lo habitual, habló moviéndose hacia el pasillo.

—Marco dice que ya nos vamos a Como, voy a recoger mis cosas.

—Claro, *amore* —La siguió con los ojos y luego miró a su familia— ¿Qué?

—Madre mía, Luca —susurró su hermano.

—¿Qué?

—Ve y habla con tu novia, Luca, a veces pareces tonto.

Su madre lo increpó y le dio la espalda, lo mismo su padre y Marco, así que caminó hacia la habitación de invitados, entró y se encontró a Chantal preparada para irse.

—¿*Amore*? —Buscó sus ojos azules y ella lo miró.

—He oído lo que le estabas diciendo a tu hija, bueno, no solo yo, lo oímos todos.

—¿El qué?

—Antes de despedirte de ella, lo más importante, supongo, eso de que no necesitas ni quieres tener más hijos. Tú y yo nunca hemos hablado del tema y ha sido muy raro oírte hablar así.

—Estaba disgustadísima, solo...

—¿Le has mentido para tranquilizarla?

—No, no es eso, no le miento, solo intento que no sufra más de lo necesario. Anouk no debió soltarle lo del embarazo justo ahora, cuando toda su vida ha cambiado, está lejos de nosotros y...

—Yo creo que Anouk ha hecho lo correcto, no puede andar ocultando sus decisiones a una niña de trece años que, además, es más inteligente que todos nosotros juntos.

—Bueno, la inteligencia no ayuda tratándose de las emociones y Chiara necesita más tacto y mano izquierda que la mayoría. Creo que ya lo habíamos hablado.

—Muy bien... ¿nos vamos? —Dio unos pasos y él la sujetó por el codo.

—A ver, ¿qué está pasando aquí?

—No sé —suspiró—, no sabía que no quisieras tener más hijos.

—¿Tú quieres tener hijos conmigo?

—Bueno, ahora no, pero... tengo casi treinta y seis años, Luca, y pienso en esas cosas ¿sabes? Anoche lo estábamos hablando con tus padres aquí mismo, soy una persona familiar, me gustan los niños, quiero una familia, hijos...

—Me siento muy halagado de que pienses en tener hijos conmigo —Le guiñó un ojo y ella entornó los suyos.

—No estoy bromeando, para mí es un tema muy serio.

—No bromeo, lo siento... Chantal... ven...

—Déjalo, ya hablaremos en otro momento.

—Escucha: Chiara está creciendo muy rápido, si Anouk tiene un bebé pronto descubrirá que no era para tanto, le encantará y estará preparada para que yo...

—¿Me estás diciendo que podrías contemplar la idea de tener hijos si tu hija está preparada para asumirlo?

Lo interrumpió, él parpadeó desconcertado porque dicho así sonaba fatal, la miró a los ojos y ella sonrió moviendo la cabeza.

—Es bueno saberlo, Luca.

—*Amore*...

Quiso detenerla, pero ella lo esquivó y salió de la habitación sin mirarlo.

—Vaya... es muy complicado...

Sol, que estaba igual de delgada y estupenda que antes del embarazo, se apoyó en la encimera de la cocina y respiró hondo sin saber qué decir. Chantal besó al pequeño Étienne en la cabecita y cerró los ojos disfrutando de su aroma a bebé, hasta que miró a su amiga y se encogió de hombros.

—No es tan complicado, salgo con un tío de cuarenta y cinco años, padre de una hija “peculiar” de trece, que ha tardado cinco años en dejar de vivir con su ex para tomar su propio camino individual. No sé qué esperaba sacar de allí.

—Y ¿qué piensas hacer?, ¿no irás a dejarlo?

—¿Qué harías tú?

—Si estuviera enamorada cruzar los dedos y tener un poco más de paciencia.

—No sé, a veces pienso que no puedo hipotecar mi vida por una persona que nunca estará al cien por cien conmigo.

—No seas tan radical, prácticamente acabáis de empezar a salir juntos, todo necesita un ajuste.

—Pero ¿ves normal lo que me ha dicho?, porque yo no. Si tengo que esperar a que su hija le de permiso para todo, incluso para en un futuro tener hijos conmigo, ¿qué opciones me está dejando?

—Tienes razón, pero Luca es un tipo tan estupendo, hacéis una pareja tan bonita, no sé... —suspiró— ¿Lo habéis vuelto a hablar con calma?

—No, después de esa charlita tan interesante nos fuimos dos días al Lago Como con su hermano y no quise estropear las vacaciones insistiendo en el tema. Al final él se fue a Gales a ver a su hija, yo me vine a París y aún no hemos tenido tiempo de hablar, pero ya lo haremos, porque acaba de aterrizar y esta noche nos veremos en mi casa.

—Vale, lo importante es charlar a fondo antes de tomar decisiones drásticas. Hay que vivir el día a día, cielo, nunca sabes cuándo o cómo pueden mejorar las cosas.

—Lo sé.

—Estáis enamorados, os queréis, os merecéis seguir luchando un poquito más. No tires la toalla tan pronto, Chanty, por favor, tú no eres de las que se rinde tan rápido.

—No, pero todos tenemos un límite.

Le sonrió y acunó al bebé, que ya tenía diez semanas, para hacerlo dormir. Se acercó a la ventana del salón que daba a Notre Dame, se quedó observando embobada la catedral y el Sena rodeándola, y cerró los ojos con ganas de echarse a llorar, porque, aunque le estaba contando así de relajada sus historias a Sol, lo cierto es que tenía el corazón roto y estaba indignada, pero no con Luca, que el pobre era una víctima más de sus circunstancias, sino con la vida, porque nunca se lo había puesto fácil.

Ya bastante había sido superar a Harry y todo el daño que le había provocado, rehacerse y empezar de cero, tragándose la depresión y la pena para sobrevivir y ganarse la vida, como para encima hundirse otra vez con otro hombre equivocado, el hombre perfecto que, siempre lo había sabido, era inalcanzable.

Pura y genuina mala suerte.

Luca Santoro era maravilloso, era justo lo que había estado soñando toda su vida, pero estaba imposibilitado para mantener una relación sentimental saludable y plena, porque vivía lastrado por sus historias familiares, por su hija y por todo ese universo que él veía como normal, aunque el resto del mundo no lo entendiera, y, por lo tanto, debía empezar a aceptar que ella no iba a encajar nunca en su vida, porque nadie, ninguna pareja, podría resistir a esas presiones con las que él estaba tan acostumbrado a convivir.

Por lo tanto, a esas alturas del partido y teniéndolo todo muy claro, la pregunta que quedaba por hacer era muy simple: ¿cuánto tiempo pensaba retrasar lo inevitable?, porque antes o después iban a romper, y, seguramente, lo más sensato era hacerlo cuanto antes.

—Hola...

Susurró para no despertar al bebé, pero respondió el teléfono al ver que se trataba de Jean-Jacques. Se apartó de la ventana y le prestó atención.

—¿Qué tal, JJ?, ¿va todo bien?

—¿Dónde estás?

—En casa de Étienne y Sol, he venido a ver al bebé.

—Vale, coge un taxi y vente al Lariboisière.

—¿Lariboisière?, ¿a qué te refieres?

—Al hospital.

—¡¿Qué?!, ¿qué pasa?, ¿estás bien?

—Estoy bien, no se trata de mí, se trata de Luca, ha tenido un pequeño accidente en el restaurante y...

—¿Cómo?, ¿qué accidente? —Miró a Sol y le entregó al niño— ¿Qué le ha pasado?

—Se ha caído de una altura considerable, está bien, consciente, pero se ha roto unas costillas y el médico dice que eso le ha provocado un neumotórax. Lo van a intervenir, pero es algo simple, no te preocupes, yo...

—¿Lo van a operar y es algo simple?

—Lo que le van a hacer se llama videotoracoscopia, o algo así, no tengo ni idea de lo que es, pero se lo hacen en un quirófano y acaba de entrar.

—Madre de Dios, voy para allá.

—No traigas el coche, ven tranquila y en taxi. Todo va a ir bien, ¿de acuerdo?, yo te espero aquí.

—Gracias... —Buscó la mochila con los ojos y luego miró a su amiga—. Era Jean-Jacques, Luca ha tenido un accidente y tiene un neumotórax, ha entrado en quirófano y... dice que está bien, pero...

—Vale, vale, tranquila. ¿Dónde está?

—El Lariboisière, en el Distrito X, mi madre trabajaba allí cuánto éramos pequeñas.

—¿Te acompaño, llamo a Étienne o vas sola y luego...?

—Voy sola, Jean-Jacques estará allí, luego os cuento las novedades.

—De acuerdo, te pido un taxi, tú ve bajando.

Se dieron un abrazo y bajó las escaleras con calma, aunque tenía muchas ganas de correr, y cuando llegó a la calle esperó unos dos minutos hasta que la recogió un taxi y entonces se subió rezando, porque no podía hacer otra cosa que rezar. Rezó hasta que se le ocurrió llamar a su madre, que era enfermera, para contarle lo que estaba pasando y pedirle que le explicara lo del neumotórax y lo que era una videotoracoscopia.

Ella se lo explicó todo con calma, le dijo que la videotoracoscopia era un procedimiento

habitual, muy poco invasivo y sin mayor riesgo que el normal en estos casos, y le prometió llamar al hospital, a sus antiguos colegas, para ponerlos en antecedente y pedirles que le facilitaran las cosas, y así, hablando con su madre, llegó al Lariboisière, se bajó en la zona de urgencias y se encontró con Jean-Jacques, que al verla se le acercó y le dio un abrazo.

—¿No sabes nada?, ¿ya ha salido?

—No, cariño, me han dicho que la intervención dura al menos hora y media, así que aún nos queda un rato.

—Vale, mi madre dice que la dichosa videotoracoscopia es mínimamente invasiva y que es una suerte que se la hagan, porque solo la hacen a partir del segundo neumotórax.

—Es que es el segundo, al parecer sufrió otro buceando.

—Dios mío, a veces pienso que no sé nada de su vida.

—Bueno, suele pasar, entremos.

—Y ¿cómo se rompió las costillas?

—Ya sabes como es, subió de un salto para revisar la chimenea del salón principal, resbaló y cayó mal, te juro por Dios que sentí el crujido del hueso, fue muy... vale... —La miró de reojo —, lo importante es que se pondrá bien. Toma su móvil, su hija no para de llamar.

—Habrá que explicarle lo que le ha pasado a su padre.

—¿Tú crees?

—Claro... —Miró el teléfono y vio que tenía ocho llamadas perdidas de Chiara—. No voy a dejarla en la inopia, seguro que ya está empezando a preocuparse.

—Tú misma.

Asintió, se lo pensó y decidió que lo correcto era avisarle, porque Chiara ya tenía trece años, estaba lejos y si llamaba tanto era porque lógicamente le extrañaba que él no respondiera. Respiró hondo, cogió el móvil de Luca, pulsó el código de desbloqueo y la llamó.

—¿Papá, dónde te metes? —Respondió enfadada.

—Hola, Chiara, soy Chantal.

—¿Qué haces tú con el teléfono de mi padre?

—Escucha, tu padre ha tenido un pequeño accidente en el trabajo, lo han traído al hospital y lo están atendiendo, por eso no puede coger el teléfono, pero tranquila porque está bien, ¿de acuerdo?, solo se ha roto unas costillas y...

—¿Seguro que está bien?

—Está bien, pero la rotura de costillas ha provocado un neumotórax que los médicos le están tratando en este momento, ¿sabes lo que es un neumotórax?

—Sí, tuvo uno en Cerdeña hace cuatro años.

—Exacto, eso les ha contado a los doctores y por eso lo están sometiendo a una intervención nada invasiva y muy segura para confirmar que está bien. En cuánto le dejen usar el móvil le diré que te llame para que lo compruebes tú misma.

—¿Cómo se ha roto las costillas?

—Se cayó revisando una chimenea en el restaurante de mi amigo Jean-Jacques Garnier y él mismo lo ha traído al Hospital Lariboisière.

—Vale, gracias.

Le colgó y Chantal respiró hondo sin saber qué hacer, miró a Jean-Jacques un poco desconcertada y cinco minutos después Chiara la estaba llamando otra vez.

—Mi madre no me coge el teléfono, debe estar de viaje y me gustaría ir a ver a mi padre, para eso necesito que ella o él llamen a la dirección del colegio, ¿puedes arreglarlo?

—Claro, se lo diré en cuanto salga o...

—¿Podrías llamar a mi madre?, yo tengo que entrar a una clase.

—Por supuesto, dame su teléfono y tú quédate con el mío, veré qué se puede hacer.

Se dieron los números de teléfono, la cría actuando muy tranquila, aunque bastante fría, y ella se pasó la siguiente media hora intentando localizar a Anouk, que no había forma humana de que cogiera el móvil, aunque daba señal. Así, mientras charlaba con Jean-Jacques y se paseaba por la sala de espera muy inquieta, hasta que una llamada del Reino Unido le entró en su móvil y la contestó de un salto.

—¿Señorita Chantal? —Preguntó alguien en inglés y ella le respondió en el mismo idioma.

—Sí, soy yo, ¿quién llama?

—Soy Sarah Livingstone, la tutora de Chiara Santoro.

—Hola, buenas tardes. ¿En qué la puedo ayudar?

—Chiara nos ha dicho que su padre ha tenido un accidente laboral y que usted le ha asegurado que no revierte gravedad, sin embargo, insiste en ir a verlo a París y me gustaría pedirle más información al respecto.

—El accidente no ha sido grave, pero tiene un neumotórax, el segundo en cuatro años, y ahora está pasando por una videotoracoscopia, no sé cómo se llama esto en inglés.

—La entiendo perfectamente. ¿Cree necesario que la niña vaya?

—Si ella quiere ver a su padre, aunque no sea nada grave, pero así se quedará más tranquila, por supuesto que me parece necesario, no obstante, podríamos esperar a que él salga de quirófano, pueda hacer una videollamada y lo decidan juntos, ¿le parece?

—Me parece perfecto y, si no le importa, volveré a llamarla dentro de un rato para preguntar por la evolución del señor Santoro.

—Claro, sin problema, llame cuando quiera. ¿Cómo se encuentra Chiara?

—Está bien, muy tranquila, ha oído toda esta llamada.

—Estupendo, gracias.

—Hasta luego, señorita Chantal.

—Adiós.

Colgó, se sentó al lado de Jean-Jacques, le cogió la mano y de repente Anouk dio señales de vida y no le quedó más remedio que contestar.

—Hola, Anouk...

—¿A qué tanto alboroto?, tengo doce llamadas perdidas tuyas, ¿quién demonios eres?

—Soy Chantal Durand, la amiga de Luca. Él ha tenido un accidente laboral, no es grave, pero ha sufrido un neumotórax y lo están interviniendo.

—¿Y a mí qué me cuentas?

—Chiara se ha enterado y me ha pedido que te llame.

—¿Para qué?, estoy en Bali.

—Primero para que lo sepas y segundo porque quiere venir a verlo a París y su colegio necesita que lo autorices.

—¿Cómo si estoy en Bali?, ¿no me has oído?

—Supongo que con una simple llamada bastará —Miró a Jean-Jacques moviendo la cabeza y él le sonrió.

—Vale, que haga lo que quiera. ¿Puedes ocuparte tú?

—¿Cómo dices?

—Yo les llamo, pero tú compra el billete y te ocupas de todo lo demás. Si quieres estar con

Luca, es hora de que empieces a pringar, bonita. Adiós.

Sintió el clic del teléfono y miró a su amigo sin dar crédito del comportamiento de esa mujer tan mal educada.

—Ni siquiera me ha preguntado si Luca está bien, ¿será impresentable la tía esta? Espero que al menos llame a su hija.

—Lo dudo, menudo tormento la tal Anouk —Bufó Jean-Jacques.

—Nunca entenderé cómo mujeres de ese perfil, que lamentablemente abundan, acaban liando a tíos buenos y decentes como Luca. Es matemático, siempre hay alguna bruja como ésta aprovechándose de alguna buena persona.

—Amén... —Le acarició la mano—. Respira y pasa de ella.

—Sí, no queda otra.

—Afortunadamente, Luca ha salido del embrujo y te ha encontrado a ti, que eres nuestro ángel de la guarda —Le guiñó un ojo y Chantal sonrió— ¿Qué?

—¿Qué vas a decir tú?, que me miras con buenos ojos.

—Es la pura verdad, es un tío con suerte y él lo sabe.

—Ya... —Miró la hora y se pasó la mano por la cara sintiendo un agujero enorme en el centro del pecho.

—¿En qué piensas, bombón?

—En que hace dos horas estaba contemplando la idea de romper con Luca y ahora, sentada aquí, con él dentro de un quirófano, no puedo ni imaginar lo que sería mi vida sin... ya sabes, sin él, porque si le pasara algo, yo...

—¿Romper con Luca?, ¿por qué?, creí que os estaba yendo de maravilla.

—A veces todo es perfecto, pero otras veces siento que nunca voy a poder encajar en su vida, con su hija, su... no sé... ahora hasta me da vergüenza decirlo en voz alta, al parecer me he estado comportando como una puñetera egoísta.

—¿Egoísta tú?, no, eso es imposible, todo el mundo tiene derecho a tener sus dudas o a reclamar su espacio, Chanty, tú ni queriendo podrías ser egoísta.

—Eso no es cierto, soy tan egoísta como el que más y sin querer he estado haciendo justamente todo eso que critico de su entorno.

—¿El qué?

—Supongo que también lo he estado presionando, no de una forma abierta o salvaje, pero sutilmente también se lo pongo difícil a veces, y no es justo, no es justo porque es la mejor persona que he conocido en toda mi vida, ¿sabes? —Se echó a llorar y Jean-Jacques la abrazó besándole la cabeza.

—Cielo, me consta que Luca Santoro se siente el hombre más afortunado del planeta desde que está contigo. No para de repetirlo, está enamorado y feliz. No sé si lo has estado presionando, pero, que yo sepa, él no lo ha percibido y está completamente loco por ti.

—Debería ser más comprensiva y justa, debería darle más cuartelillo y quererlo más, no andar cuestionando todo lo que hace o deja de hacer con su hija o con su ex o...

—Vale, tampoco te tortures, eres humana y a veces los seres humanos exigimos algunas cosas y criticamos otras.

—Pues no deberíamos hacerlo con las personas que amamos.

—Eso en un mundo ideal, pero la realidad a veces nos supera y cometemos errores, sin embargo, siempre podemos enmendarlos, ¿no?

—Sí.

—Vale —Suspiró y levantó la cabeza para mirar el techo— ¿Has oído eso de que no hay mal que por bien no venga?

—Claro, ¿por qué?

—Porque si este puto accidente ha evitado que rompieras con Luca, sé que a él le habrá valido la pena.

—No digas eso.

—Tú estabas pensando en romper con él, cuando él estaba pensando justo en lo contrario...

—¿Los acompañantes de Luca Santoro?

Un médico los interrumpió y los dos se pusieron de pie de un salto, lo siguieron a un pasillo y él los miró a los ojos.

—El señor Santoro está perfectamente, bueno, con dos costillas rotas, pero el neumotórax ha sido subsanado con éxito, ahora estará un par de horas en recuperación y luego lo pasaremos a planta.

—Gracias a Dios —Exclamó Chantal llorando otra vez.

—Se quedará de tres a cuatro días por aquí, pero se recuperará pronto. Está despierto y ha preguntado por Chantal.

—Soy yo.

—Venga conmigo si quiere verlo unos minutos, usted puede acompañarnos.

Le dijo a Jean-Jacques, y él la abrazó por los hombros para seguir al médico por un pasillo larguísimo hasta unas escaleras, y de ahí a una zona acotada donde les dio un pase y los acompañó a la sala de reanimación donde Luca estaba reposando en una cama impoluta, con los ojos cerrados y buen color, lo que la tranquilizó de inmediato.

—Luca —susurró, él abrió un ojo y le regaló su preciosa sonrisa levantando una mano para tocarla— ¿Cómo estás, cariño? Y, lo más importante, ¿qué coño hacías subiéndote a una chimenea?

—*Mio amore* —masculló soltando una risa y le rozó los labios—. *Ti amo tanto, amore.*

—Yo también te amo —Se inclinó, le besó la frente y luego le acarició el pelo— ¿Estás bien?, ¿ya no hablas francés?

—Sí, solo estoy un poco cansado.

—¿Te duele mucho?

—No, me han puesto muchos analgésicos. ¿Cómo estás?, ¿Jean-Jacques?

—Hola, colega —Jean-Jacques se acercó a la cama—. Menudo susto, tío, cuanto te recuperes del todo habrá que salir a celebrarlo.

—Eso está hecho. ¿Se lo has dicho a Chantal?

—¿El qué?

—Que me voy a casar con ella.

—Madre mía, sí que estás grogui —Soltó ella muerta de la risa y le besó la mano.

—No está grogui, esta mañana, antes del accidente, me enseñó el anillo.

—¿Qué? —Parpadeó y los miró a los dos con cara de duda.

—Te lo iba a pedir esta noche. Quiero casarme y tener una docena de niños contigo, *amore.*

—Ya hablaremos...

—Te quiero y no dejo de pensar en eso, era en lo único en lo que pensaba cuando me traían en la ambulancia y cuando desperté de la anestesia y... ¿te casarás conmigo, Chantal Durand?

—Luca...

—Quiero una respuesta ahora, delante de tu mejor amigo y estas señoritas tan majas —Miró a

las enfermeras y ellas la observaron con la boca abierta—. Vamos, Chantal, mírame y atrevete a decirme que no.

—Esto no se hace.

—Venga, no me hagas suplicar, he tenido un neumotórax.

—Madre mía...

Se pasó la mano por la cara con ganas de echarse a llorar, pero no lo hizo, se giró para mirar a Jean-Jacques y él asintió; respiró hondo y luego miró a su maravilloso amor italiano a los ojos.

—Por supuesto que me casaré contigo, mi amor, jamás me atrevería a decirte que no.

EPÍLOGO

2 de noviembre, día de su treinta y seis cumpleaños y ahí estaba, en el Palacio del Elíseo, sede del gobierno francés, sirviendo una merienda para cuarenta personas.

Se miró de reojo en un espejo, se alisó el uniforme de chef, se repasó un poco el moño que se había hecho de prisa antes del salir del taller, y salió al enorme y elegante salón donde tenían repartidas varias mesitas con café, té y repostería, y una más grande con más delicias dulces, tartas, quesos e incluso champán, como solía servir Geneviève, la madre de Étienne, en sus eventos de media tarde.

Cuánto había aprendido siempre de protocolo y etiqueta gracias a Geneviève, pensó involuntariamente, y se acercó a la mesa más grande para supervisar el servicio y cortar una tarta de vainilla con chocolate que se estaba acabando muy rápidamente. Subió la vista, le hizo un gesto a Marie para que fuera a buscar otra a la cocina y de inmediato sintió la presencia de la primera dama a su lado.

—Buenas tardes, *madame*...

—Hola, cariño, vaya... menudo predrusco —la interrumpió ella, le sujetó la mano para admirar su anillo de compromiso y Chantal sonrió— ¿Te has comprometido?

—Sí, hace poco.

—Enhorabuena, tu novio tiene muy buen gusto.

—La verdad es que sí —Observó con ternura su precioso solitario de diamantes, suspiró y luego la miró a los ojos—. Necesita algo, ¿está todo a su gusto?

—Está perfecto, Chantal, pero están arrasando, espero que no nos hayamos quedado cortas.

—No se preocupe, tenemos existencias de sobra.

—Me alegro —se le acercó y le susurró—. Un pajarito me ha contado que es tu cumpleaños, felicidades.

—Muchas gracias.

La dama le sonrió, le acarició el brazo y desapareció para seguir atendiendo a sus invitados. Chantal revisó por encima lo que les iba quedando, contó todo lo que faltaba en esa mesa, hizo un repaso por las mesitas más pequeñas y regresó a la cocina para abrir más cajas y colocar más género al alcance de sus camareros, que no los había elegido ella, sino la secretaria de la primera dama, pero que funcionaban de maravilla.

Salió a la zona de descarga para recuperar de la furgoneta más cajas con los Éclairs de Sol, que se había pasado dos días haciéndolos en la cocina de su casa, y sin perder de vista a su bebé, y los llevó dentro para colocarlos en sus respectivas y primorosas bandejas. Una tarea mecánica y relajante que la sustrajo inmediatamente del ajeteo y la hizo pensar en Luca, su maravilloso amor italiano, que había vuelto esa mañana a la oficina después de un mes de reposo casi absoluto en Belleville.

Afortunadamente, solo había estado cuatro días en el hospital, porque se había recuperado muy rápido del neumotórax, sin embargo, le habían mandado reposo absoluto por las costillas rotas, y para que se recuperara del trauma, y ella, tomando las riendas de la situación, había decidido llevárselo a su casa, dónde lo había podido cuidar y vigilar para evitar que hiciera locuras antes de tiempo.

Era un tiarrón de metro ochenta y cinco de estatura, en plena forma y con una condición física

envidiable, le habían dicho los médicos, pero era necesario ir despacio y dejarse mimar, y eso había hecho sin abandonar el teléfono y el portátil, claro, porque había sido imposible que se olvidara de su empresa, como solía pasar con todos los trabajadores autónomos, a pesar de lo cual había descansado, se había quedado en la cama y se había rendido a la evidencia de que necesitaba recuperarse.

Por su parte ella, que lo había pasado fatal con su accidente, también se había recluso en casa al menos tres semanas. Había dejado el taller en manos de Marie y se había dedicado a hornear y decorar en su cocina y con sus medios, cumpliendo puntualmente con sus encargos mientras no perdía de vista al amor de su vida. Ese hombre maravilloso, generoso y hermoso, que antes de salir del hospital le había puesto un anillo de compromiso en el dedo jurándole amor y devoción, y compañerismo eterno, algo que ella había oído con lágrimas en los ojos antes de darle el sí definitivo.

A pesar del dolor y la angustia de aquellos primeros días todo había sido muy romántico y les había cambiado la vida para siempre. Él, después de su convalecencia, ya no iba a volver a su piso de La República. Sin drama ni mucha charla, habían decidido que se quedaría a vivir con ella de forma permanente y ella no se podía sentir más feliz e ilusionada.

Aún tenían algunas cosas que ajustar, como las visitas de Chiara a París, que seguramente las haría quedándose en su casa de toda la vida, pero algo en su corazón la hacía albergar esperanzas de mejora con respecto a la niña. Una cría especial y única, como solía decir su padre, con la que había mantenido una charla escueta, pero muy decisiva, el día que la había recogido en el aeropuerto para llevarla al hospital a ver a su padre.

Después de algunas gestiones, solo veinticuatro horas después del accidente de Luca, había conseguido que viajara desde Gales para que pudiera pasar dos días con él. Una auxiliar de vuelo se la había entregado en la zona de llegadas del Aeropuerto Charles de Gaulle tras firmar varios papeles, mientras Chiara apenas la miraba a la cara, pero en cuanto se habían subido al coche había buscado sus ojos y le había hablado con ese tono adulto y sereno que solía emplear.

—Muchas gracias por llamarme y avisarme del accidente de mi padre —Le había dicho—. Normalmente, mi madre o mis abuelos me lo hubiesen ocultado, porque no me conocen y creen que soy muy niña para entender algunas cosas; solo papá me trata como a una persona adulta y agradezco que tú también lo hicieras.

—De nada.

—Y gracias por traerme.

—Sé que lo único que quiere tu padre es verte, Chiara, le hará muy bien pasar un par de días contigo.

—Pero ¿está bien?

—Perfectamente, ya lo verás tú misma. Un poco cansado y dolorido, pero está muy bien, gracias a Dios.

—Te creo.

—Gracias —La había mirado, le había sonreído y había puesto el coche en marcha—. Me alegra mucho verte.

—No tenemos que ser amigas.

—Por supuesto, no tenemos que ser amigas. No tenemos nada en común salvo a una persona que las dos queremos muchísimo, por eso, aunque no seamos amigas, creo que vale la pena poder hablarnos y tratarnos con cordialidad.

—Estoy de acuerdo.

Y eso había sido todo. No habían vuelto a charlar, salvo lo estrictamente necesario. Ella se había quedado por el día con su padre y por la noche con sus abuelos maternos, que habían ido a recogerla sin subir a visitar a Luca, y al segundo día la había llevado al aeropuerto, la había dejado en manos de una azafata y se habían despedido con educación.

Desde entonces no hablaban directamente, pero era perfectamente consciente de que a su padre lo cuidaba ella, que se lo había llevado a su casa para que se recuperara, que le había pedido matrimonio, que ella había dicho que sí, y que él había decidido quedarse a vivir en Belleville de forma permanente. Unos pasos de gigante y unas decisiones que no se habían convertido en un problema, ni en una tragedia, ni en un motivo de discusión, lo que la hacía albergar esa pequeña lucecita de esperanza de que tal vez, algún día no muy lejano, podrían llegar a llevarse bien, no ser amigas, por supuesto, no aspiraba a tanto, pero al menos convertirse en una familia, que era la máxima aspiración de Luca.

Luca, masculló pensando en sus ojazos negros, y se le llenó el corazón de amor, porque era imposible no enamorarse cada día un poquito más de él, que era el hombre más maravilloso e increíble que pisaba la tierra.

—Ya hemos acabado y ha sido todo un éxito.

Le dijo Marie entrando en la cocina y ella la miró y soltó un bufido de alivio.

—Estupendo, ya empezaban a escasear algunas cosas.

—Se están yendo todos y la primera dama me ha pedido que te dé las gracias y me despida de ti.

—Muy bien. Recogemos y nos vamos.

—*Allez, allez!* Recogemos, dejamos todo limpio y perfecto y nos marchamos, chicos. Enhorabuena y gracias a todos.

Gritó Marie y ella recogió codo con codo con el equipo, salió a la carrera, se subió a la furgoneta y condujo hasta Belleville charlando con su gente y muy feliz porque no solo habían salido más que airosos del servicio, sino también porque les habían pagado una factura estupenda.

—Recojo los frutos rojos y me voy, ya me imagino que quieres estar a solas con Luca. No te preocupes.

Le juró Marie llegando a su casa, donde se había empeñado en ir justo esa noche, la de su cumpleaños, y Chantal aparcó moviendo la cabeza y pensando en el menú que Luca le tendría preparado, porque se había comprometido a preparar la cena y seguro que le había hecho una pasta de película.

Caminó hacia la puerta principal de la casa y lo vio todo muy oscuro, miró a su espalda, sintiendo un escalofrío muy raro, al final lo desechó y metió la llave en la cerradura, la giró, abrió la puerta y de repente se encendieron las luces y estallaron los aplausos.

—¡Feliz cumpleaños!

Todo el mundo empezó a gritar, ella dio un paso atrás tapándose la cara, y de refilón vio a Étienne con Sol, a sus padres, a su hermana, sus amigos, gente del taller, incluso a Marco Santoro, y en un rincón a Jean-Jacques con una copa de champagne en la mano.

Se emocionó hasta las lágrimas, hizo amago de buscar un pañuelo, pero antes de hacer nada apareció Luca, la abrazó por el cuello muy fuerte y ella se aferró a él con las dos manos.

—Feliz cumpleaños, *amore mio. Ti amo.*

—Madre mía, no lo había ni sospechado y están todos.

—Todos te quieren y han querido estar contigo.

—Muchas gracias, mi amor, no sabes cuánto te quiero.

—¡*Ascolta tutto!* —Gritó él llamando la atención de todo el mundo—. Hoy es el cumpleaños de esta preciosa y maravillosa mujer, nuestra querida Chantal, pero principalmente es el cumpleaños de mi amor, de la mujer de mi vida, de mi otra mitad, de mi compañera, y, para todos los que aún no lo sepáis, también de mi futura esposa, porque le he pedido matrimonio y me ha dicho que sí.

—¡Bravo!

Estallaron otra vez los aplausos y Chantal se puso de puntillas para besarlo en la mejilla.

—Hace un año no nos conocíamos y ahora no podemos vivir el uno sin el otro. Solo os quiero decir que la vida da muchas vueltas, pero que espero que las sigáis dando con nosotros. Gracias a todos por venir. Feliz cumpleaños, *amore*.

La gente volvió a aplaudir y ella lo sujetó por el cuello para darle un beso, un beso de película que acabó con más aplausos y vítores, y con una grandísima sensación de amor que la hizo llorar de felicidad.

INFORMACIÓN SOBRE LA AUTORA

Emma Madden es periodista, trabaja desde hace más de diez años en el mundo de las celebrities y los famosos. Nació en Madrid, pero reside en Londres con su marido, al que le debe su apellido.

Lleva muchos años escribiendo, pero debutó en 2019 con la Serie DIVAS, que incluye CHLOE,

GISELLE y PAISLEY, una serie romántica dedicada a tres mujeres fuertes, ricas y famosas.

Continuó con la Serie SUEÑO AMERICANO, que incluye BRADLEY, CONRAD y TAYLOR,

dedicada a tres hombres de una misma familia, con profesiones muy diversas, y que representan la quintaescencia del sueño americano. La SERIE ESCOCESES, dedicada a cuatro escoceses del

siglo XXI, ANDREW, DUNCAN, EWAN y KYLE; la SERIE AUSTRALIA, que nos cuenta la

historia de tres hermanos que se conocen tras la inesperada muerte de su padre, que incluye los

libros WILLIAM, ALEX y OLIVER, y la SERIE PARÍS, dedicada a tres amigos de la infancia,

ÉTIENNE, CHANTAL y JEAN-JACQUES, chefs de profesión, que viven sus apasionantes e

intensas vidas en París, la ciudad del amor.